

MARIO ESCOBAR



de

Monday

Lectulandia

Tres años después de su primer caso juntos en Gernika, Alfonso Ros continúa trabajando para el SIMP (Servicio de Información y Policía Militar). Ha llevado varios casos tanto dentro como fuera de España. La Guerra Civil ha terminado, pero Adolf Hitler quiere que España entre en la Segunda Guerra Mundial, para ello presionará por varios medios. La muerte de un diplomático alemán en Tánger, ciudad que Franco acaba de ocupar con la excusa de la guerra en Europa y la desaparición de una conocida aristócrata española puede poner en peligro los planes conjuntos de España y Alemania.

Alfonso Ros y Raymond Maurer deberán descubrir al asesino del embajador, rescatar a la mujer y recuperar unos papeles que son alto secreto. Para ello deberán recorrer Cádiz, Madrid, Lisboa, Berlín y Londres, intentando que los documentos lleguen a las manos de los aliados, pero en su investigación descubrirán que hay un complot aún más terrible que puede llevar a Europa al límite de sus fuerzas.

Lectulandia

Mario Escobar

Hendaya

Alfonso Ros y Raymond Maurer - 2

ePub r1.0

Titivillus 02-04-2019

Título original: *Hendaya*
Mario Escobar, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

«Prefiero que me arranquen cinco muelas antes de volver a hablar con ese hombre».

Adolf Hitler a Benito Mussolini sobre el encuentro de Hendaya

«Además han llegado a mis oídos que en determinados círculos presume de apellidos de origen hebreo, todo por un poco de respaldo diplomático, y de la mismísima Virgen, sus piadosas apariciones y la Santa Inquisición que no hizo sino perseguir a mahometanos y protestantes por lapidar y abrasar merecidas p... (hizo un amago de proferir un insulto) desviadas (*adúlteras y brujas*)».

Adolf Hitler

«Entre los mitos más prominentes en el discurso general sobre la historia contemporánea de España, sobresalen dos. El mito de las izquierdas es que la Segunda República seguía siendo democrática durante la Guerra Civil y el mito de las derechas, o al menos de los franquistas, es que Franco no estaba al lado de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial».
«Ambos mitos son falsos».

Stanley G. Payne
(Historiador norteamericano)

Prólogo

Tánger, 1 agosto de 1940.

El minarete de la mezquita de la Kasba resplandecía con los últimos rayos de aquel brillante día de verano. Los cielos azules de Tánger se tornaban rojizos a la caída del sol. Para Anita la ciudad en algunos puntos se asemejaba tanto a su amada Sevilla, que se imaginaba recorriendo las intrincadas callejuelas del barrio de Santa Cruz, donde su familia la había criado. Las huellas de los musulmanes a ambos lados del estrecho eran tan palpables que a la mujer de don Juan Ángel de Moncayo, secretario de negocios de la embajada española en la ciudad, se le antojaba una extensión de su amada Andalucía. La guerra había terminado hacía un año, pero ella apenas recordaba las tragedias y angustias que había despertado el conflicto en su matrimonio. Su marido había luchado junto a los legionarios en la mayoría de las batallas más sangrientas de la guerra, pero había salido ileso, al menos en lo que al cuerpo se refiere. Su alma, en cambio, parecía poseída por el demonio de la ambición. Nada era suficiente, tampoco ella, que no podía darle hijos ni se comportaba como el nuevo Régimen esperaba que debía ser una fiel y leal esposa.

Anita se había criado en una familia liberal de la alta burguesía sevillana, pero su padre se había librado del paseíllo gracias a su matrimonio con uno de los Moncayo y a la amistad con algunos de los miembros del Movimiento en la ciudad. Un matrimonio de conveniencia, como se habían acordado muchos en su familia, pero ella no era como sus antepasados, una raza de inquietos y estoicos mercaderes que habían logrado ennoblecer el apellido familiar de los Sanz, simplemente quería ser feliz, disfrutar de su juventud y no pensar demasiado en el futuro que le esperaba.

La mujer cruzó la callejuela de la Medina y dio tres golpes a la puerta de la casa. Apenas retumbó la madera maciza de encina, cuando una de las sirvientas de Demian Von Burkhard abrió la puerta casi de inmediato, como si

estuviera esperando su llegada. Anita atravesó el bellissimo patio de luces cubierto de plantas y sintió cómo se le erizaba la piel por el frescor. En contra de lo que muchos compatriotas creían, las ciudades bañadas por el océano Atlántico eran muy frescas por la noche.

Llegó a la escalinata de madera y subió a toda prisa los peldaños, como si sus pies se quemaran pisando la arena abrasadora del mediodía. Cuando llegó al largo pasillo y contempló la cortina de la puerta flotando por la corriente frunció el ceño. Demian odiaba que las puertas estuvieran abiertas, ella pensaba que aquella manía tenía que ver con su procedencia alemana y la obsesión por el orden que siempre tenían sus compatriotas.

Anita apartó la fina tela con la mano y miró hacia la oscuridad del cuarto. La mosquitera estaba echada sobre la cama, como la vela de un barco y los cojines de diferentes tamaños se desperdigaban por todo el suelo. Al aproximarse vio la sombra del cuerpo de Demian sobre la cama y una mancha oscura sobre las impolutas sábanas blancas. Tuvo que aproximarse para percibir el olor a sangre y el charco que había junto a la cama.

—¡Demian! —le llamó con urgencia, como si no quisiera creer lo que sus ojos intentaban atisbar en la penumbra.

El cuerpo continuó impasible hasta que ella lo tocó con su mano temblorosa. Estaba frío y húmedo. Ahogó un grito y salió del cuarto corriendo. No se detuvo hasta encontrarse frente a la puerta. La criada se apresuró a abrirla y sus ojos se cruzaron unos segundos.

—¿Qué sucede? Mi señora.

—¿Quién ha estado en la casa?

—Nadie, bueno un hombre, habló con el señor y después se marchó.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará una media hora —contestó la criada, con el pelo cubierto por un hermoso pañuelo morado que brillaba bajo la luz de la lámpara.

No se cruzaron más palabras, la mujer salió a la calle y observó el callejón unos segundos, después caminó lo más rápido que pudo sobre el suelo empedrado, el eco de sus zapatos de tacón repiqueteó en el silencio de la noche que ya se cernía sobre la Medina. Miró un par de veces a su espalda e intentó llegar a la avenida para tomar un taxi. Apenas había caminado un poco más cuando una mano fuerte y callosa le tapó la boca, abrió mucho los ojos como si por sus pupilas pudiera pedir ayuda, pero enseguida la mano fue sustituida por un pañuelo impregnado de alguna sustancia que le hizo perder el conocimiento y caer en un profundo sueño.

1ª Parte: Tánger

Capítulo 1

La ciudad de las maravillas

Madrid, 4 de agosto de 1940.

Alfonso Ros se apeó del taxi y caminó con paso rápido hasta la sede de la Tercera de Información, el organismo creado por el Estado Mayor para labores de contraespionaje. El edificio no podía ser más viejo y cochambroso, nada que ver con los fondos ilimitados del SIFNE que había dirigido el general Mola, ni siquiera con el conocido SIM, que controlaba el temido José Ungría Jiménez, que en aquel momento controlaba el Servicio de Seguridad Nacional. Entró en el portal y subió las escaleras desconchadas sin cruzarse con nadie hasta llegar a la planta de las oficinas. A excepción de tres secretarías y un teniente, el resto del personal era voluntario y únicamente acudía a la sede por la tarde, por lo que aquellas horas la oficina se encontraba casi desierta.

El agente se aproximó a una mujer mayor para anunciar su visita.

—Hola señora doña Pilar, le puede decir al coronel Vicente Fernández Bascarán que ya ha llegado su mejor agente en el extranjero —bromeó Alfonso. Sabía que era uno de los pocos miembros del cuerpo que el gobierno mantenía fuera de España, si se exceptuaba los que había en Tánger y algunos agentes más en Londres, Berlín, París y Roma.

—El coronel le está esperando —contestó lacónicamente la secretaria. Aquella mujer entrada en carnes y militante de la Sección Femenina de la Falange parecía más un cabo mayor de carácter avinagrado y agrio que la seductora candidata que la había precedido en el cargo.

—Gracias —dijo el hombre quitándose el sombrero y entrando en el amplio despacho del coronel.

El oficial no le miró cuando entró en la sala y apenas le prestó atención mientras se sentaba en una de las butacas color burdeos.

—Señor don Alfonso Ros llevo esperándole toda la tarde —dijo el hombre con el ceño fruncido cuando levantó la vista. El bigotillo negro del coronel se replegó sobre sus finos labios y esperó una respuesta complaciente.

El agente esbozó una sonrisa, desde sus tiempos como comisario republicano en Santander, nunca había aceptado de buen grado la autoridad

de un superior, pero sabía cuándo tenía que abrir la boca y cuándo era mejor permanecer callado.

—En cuanto recibí el telegrama tomé el primer avión a Madrid, pero el espacio aéreo estaba cerrado por los alemanes y los trenes tampoco funcionan en este momento de confusión. Al final logré alquilar un coche y conducir sin descanso durante dos días. Lamento no haber podido llegar antes.

El coronel pareció darse por satisfecho con la explicación. Sabía que desde el armisticio de Francia, el país había caído en un caos administrativo sin precedentes. El estado intentaba reagruparse en Vichy y la administración alemana del norte y oeste del país no estaba asentada del todo.

—El asunto por el que le he convocado es muy grave. Muy grave. No teníamos una crisis de seguridad como esta desde el 1937 y ya sabe cómo fue ese año.

—Sí, mi coronel.

—No contamos con medios, el general Franco nos ha pedido que hagamos un gran esfuerzo por nuestra nación que empiece a levantar cabeza después de la guerra, pero este asunto es de suma importancia. ¿Lo entiende?

Alfonso había servido al bando nacional desde casi el principio de la guerra y conocía a la perfección los asuntos a los que se refería el coronel. Incluso algunos que su superior desconocía. Tras la muerte del general Mola, que había doblegado a los carlistas y el golpe dentro de la Falange, el general Franco había sumido la jefatura del Estado e instaurado su dictadura militar. Alfonso había participado en varias misiones peligrosas a ambos lados de las líneas. También había estado infiltrado en Madrid en 1939 moviendo los hilos del golpe del coronel Segismundo Casado en la Capital contra la presidencia de Juan Negrín y en la persecución de algunos miembros del gobierno en Francia, pero sobre todo controlando que los moderados y monárquicos no intentaran restablecer al candidato Borbón o el sistema parlamentario de antes de la guerra.

—Sí, mi coronel.

—Hace unos días se produjo un asunto muy turbio en Tánger, ya sabe que hace unos meses el gobierno de España terminó con el estatuto de ciudad internacional y controla el territorio.

—Sí, estoy al tanto.

—El 1 de agosto asesinaron a un alto funcionario de la embajada alemana y la mujer de un diplomático español ha desaparecido.

El agente intentó encontrar la conexión, pero lo único que se le ocurrió era un asunto de faldas.

—Detrás de ambos crímenes creemos que puede estar el gobierno británico, los servicios secretos de Mohamed V o incluso el servicio de inteligencia fascista. Son muchos los que no desean una expansión española en la zona. Ya me entiende.

—Pero ¿qué tiene que ver la muerte de...?

—... Demian von Burkhard y la desaparición de la señora doña Ana de Moncayo. Pensamos que estos hechos están relacionados con la desaparición unos días antes de unos papeles secretos en la sede de nuestro gobierno en la ciudad. Alguien sustrajo esos documentos del despacho de Manuel Amieva Escandón, el nuevo representante de España en la ciudad. Aunque los funcionarios han sido purgados, aún puede haber elementos partidarios de la República en la administración. Tiene que descubrir quién mató al alemán y encontrar a la mujer, ella puede facilitarnos la pista de los papeles extraviados y quién está detrás de su desaparición.

Alfonso sacó un cigarrillo y cuando estaba a punto de encenderlo el coronel le hizo un gesto negativo. Guardó la pitillera y se apoyó incómodo sobre la mesa.

—Tiene que salir ahora mismo para Cádiz. Allí tomará un barco que le llevará hasta Tánger, cada minuto cuenta.

—Pero coronel, llevó dos días sin dormir.

—Podrá hacerlo en el avión que le espera en Cuatro Vientos y durante la travesía marítima —zanjó el coronel. Después inclinó la mirada a los papeles que tenía sobre la mesa y esperó a que el agente se marchara.

—Necesitaré fondos, mis asuntos en Francia me han dejado sin blanca.

—Está bien, hable de eso con doña Pilar, pero quiero recibo de todo. Nada de gastos innecesarios, esto no es el SIFNE ni el SIM. ¿Entendido?

Alfonso se colocó el sombrero y caminó de nuevo hasta la secretaria. Como si esta hubiera estado escuchando la conversación, sacó un sobre con billetes de diferentes nacionalidades y le hizo firmar un recibo antes de retirarse.

El agente bajó al trote las escaleras del edificio y llegó hasta el portal. Salió a la calle más próxima a Cuatro Caminos y recorrió Bravo Murillo mientras observaba las terrazas de los cafés en las aceras. Todo el mundo parecía animado a pesar de las cicatrices de la guerra que aún se veían por todas partes. Solares con montañas de escombros, socavones inmensos en las aceras y militares caminando de un lado al otro. Nada que ver con la ciudad bulliciosa y alegre de tiempos de la República, con aquel aire despreocupado y lúdico de los habitantes de la mayor ciudad de España. A pesar de las

órdenes, el hombre se desvió por una de las calles y entró en un edificio vulgar y algo destartado. Subió las escaleras hasta la tercera planta y llamó a la puerta. Una chica joven le abrió de inmediato y entró en la oscuridad que parecía dominar toda la casa. La última vez que había estado en la casa de doña Conchita había sido casi seis meses antes. Los prostíbulos eran los únicos negocios que no habían sufrido escasez durante la guerra, siempre tenían clientes de ambos bandos dispuestos a olvidarse un poco de su vida cotidiana y darse a los placeres de la carne. Aunque el nacionalcatolicismo anunciara una nueva era de virtud cívica y moral cristiana, el negocio más antiguo del mundo siempre tendría clientes dispuestos a saltarse las normas.

Capítulo 2

El amigo alemán

Madrid, 4 de agosto de 1940.

El alemán pasó con su descapotable blanco delante del Café París y aparcó en una de las calles paralelas. Se apeó del vehículo y caminó con soltura enfundado en su traje de lino blanco y con su sombrero de paja. Acababa de llegar de Tetuán, donde los alemanes tenían uno de sus centros de espionaje más importante para intentar servir de enlace ante la llegada de un agente a la ciudad. El Führer había felicitado a Franco por la toma de la ciudad, aunque el alemán conocía perfectamente la realidad. Su gobierno estaba nervioso, no entendía por qué aquel general regordete y de voz aflautada gobernaba el país, no se fiaban de él ni de sus intenciones. Alemania quería abrir un consulado en la ciudad, pero todo aquello quedó en el aire tras la muerte del diplomático: un joven aristócrata que hacía las veces de contacto hasta que se establecieran formalmente en la ciudad.

El alemán se sentó en la terraza del café y abrió el periódico, tendría que esperar un rato hasta que llegara el hombre con el que había quedado. El *Dépêche marocaine* centraba sus noticias en la situación de Francia tras el armisticio y podía leerse entrelíneas la preocupación de la comunidad francesa de Tánger ante la llegada de los alemanes. Unas semanas antes había estudiado el origen de la ciudad, a la que se consideraba la ciudad de los extranjeros. Invasión por griegos, fenicios, romanos, vándalos, bizantinos y árabes. Era el resultado de culturas milenarias que habían redibujado sus calles y convertido a la cosmopolita ciudad en una de las más prósperas del norte de África. Posesión portuguesa primero y española después, en el siglo xv, había sido dominada por ingleses, norteamericanos, italianos; más tarde se convirtió en una ciudad internacional regida por varias potencias occidentales hasta que, hace unos meses, España había sumido el control total de la ciudad, aunque de manera provisional.

El calor apretaba y el viento del interior del continente ascendía la temperatura a más de cuarenta grados con mucha humedad. El alemán sudaba por cada poro de su piel, mientras intentaba calmar la sed con un té con hielo, un hombre delgado, de piel increíblemente pálida, se sentó a su lado.

El hombre le hizo un gesto al camarero y pidió una limonada.

—Herr Richter, espero que haya tenido un buen viaje.

—En esta zona del mundo no existen los buenos viajes: el calor del desierto, este olor pestilente a camello hervido y esos moros hacen muy difícil las misiones. ¡Dios mío cuánto anhelo regresar a mi amada Alemania!, pero por el bien del pueblo y del Führer todos tenemos que hacer ciertos sacrificios.

—Lo entiendo —dijo el hombre delgado con aquel aspecto de funcionario gris de segunda fila.

—Ahora la muerte de nuestro agregado en la embajada ha complicado mucho más la situación. Hemos perdido la información que tanto nos estaba costando recopilar.

—Yo he intentado informarme, pero no he conseguido nada. El alto comisario español en Tetuán, el general Asensio y el secretario general de la Alta Comisaría, García Figueras, no tienen conocimiento de lo que han robado a Demian von Burkhard. Creo que los ladrones tampoco lo encontraron, de otra forma no tendría sentido que se llevaran secuestrada a la esposa del señor Moncayo. ¿No cree?

—El cónsul alemán en Tánger, Herbert Noehring, no se fía de su colega en la ciudad, tiene relación directa con Von Ribbentrop, el ministro, y está preocupado por la filtración. Debemos localizar a la señora de Moncayo cuanto antes.

El español se tomó de un trago la limonada y pasó su lengua blanca y seca por el bigote.

—Si no han encontrado el informe, ¿qué nos importa lo que pueda suceder a esa mujer? Al fin y al cabo era una puta que se acostaba con su amante.

—Los españoles siempre tan moralistas. Nos importa muy poco con quién se acostara esa señora. Lo que queremos saber es lo que decía el informe. Creo que ella sabe dónde se encuentra —dijo el alemán perdiendo el último atisbo de calma que le quedaba. Aquel tipo no entendía que trabajaba para él y no estaba en disposición de proponer u opinar nada.

—Está bien, intentaré que todos mis ojos y oídos en la ciudad estén atentos. Si aún están en Tánger los encontraremos, no es tan difícil descubrir a unos extranjeros en la ciudad.

El alemán se apoyó de nuevo en el respaldo del asiento y sintió cómo la camisa sudada se le pegaba a la espalda. El español se levantó, se puso su ligero sombrero blanco y salió calle arriba como alma que lleva el diablo. El

espía dio un par de sorbos al té y enseguida sintió la necesidad de tomarse una copa. El alcohol era una de las pocas formas de soportar aquel destino. La muerte del diplomático lo había complicado todo. Ya no podría regresar en otoño a Alemania. No sabían qué más cosas se habían podido llevar de la casa de aquel hombre, pero si la lista de espías, dobles agentes e informadores había caído en malas manos, el trabajo que había realizado en los últimos dos años no habría servido para nada. Tendría que empezar de cero antes de que la guerra estallase. Aquel enclave era primordial. Junto a Gibraltar eran dos de los puntos estratégicos que abrían el Mediterráneo; la potencia que los controlase podría paralizar el comercio con Oriente y la movilidad militar en la zona.

El alemán se puso en pie, dejó unas monedas sobre la mesa y se dirigió al hotel. Estaba agotado. Descansaría un poco antes del almuerzo, después tendría que coordinar a todos sus hombres para que encontraran a la mujer. No podían arriesgarse a perder más tiempo.

Capítulo 3

Un viejo amigo

Madrid, 5 de agosto de 1940.

El viaje en avión fue terrible. Aquel monstruo de aluminio y hierro se zarandeaba como el cascarón de un barco en medio de una tormenta. Alfonso Ros estuvo dos veces a punto de vomitar, pero logró controlar sus tripas. Tomó algunos tragos de su vieja petaca e intentó pensar en otra cosa. Aquella misión le recordaba mucho a su primer servicio importante para la agencia. Su investigación sobre la muerte de un aviador de la Legión Cóndor y sus conexiones con los intentos alemanes para sustituir a Franco por un general más afín. Tras tres años de servicio ininterrumpido se sentía algo cansado. Después de aquella misión pediría un traslado a la Brigada Político-Social o el Cuerpo General de Policía. El primer cuerpo pagaba sueldos mucho más altos, pero estaba algo asqueado de desatascar las cloacas del poder. Sabía que en muchos casos, los estados se deshacían de gente como él, que se encargaba del trabajo sucio. Además, con el tiempo comenzaba a sentirse hastiado. Era consciente de que la gente con la que trataba, y a la que a veces tenía que eliminar, no era precisamente unas almitas de la caridad. El Régimen estaba podrido desde sus mismos cimientos, no había lugar para el idealismo y mucho menos para esperar nada bueno del hombre que dirigía el país como si fuera un cuartel militar, aunque la alternativa de un régimen comunista tampoco le apasionaba. España era un país de extremos. Siempre le venían a la memoria las palabras de Antonio Machado: “En España, de diez cabezas, nueve embisten y una piensa”.

Miró por la ventana y vio a sus pies la ciudad de Cádiz. Muchos la llaman la “Tacita de plata” por su belleza inigualable. Y pensar que aquel lugar había sido el único de la Península que había resistido a los franceses, no dejaba de sorprenderle. Más bien parecía una ciudad pequeña y frágil.

El avión comenzó a descender lentamente. Estaba amaneciendo y el sol parecía avivar sus esperanzas de disfrutar de un buen desayuno en la ciudad antes de tomar un barco para Tánger. La ciudad había recuperado su antiguo esplendor muy rápidamente, no había sufrido los terribles envites de la guerra como otras ciudades. Ros sabía que, tras el triunfo del golpe del 18 de julio, el

bando nacional había fusilado al menos a mil personas, sobre todo a los habitantes del famoso barrio Rojo, pero apenas se percibían cicatrices en el casco antiguo.

El aeroplano aterrizó en el cercano aeródromo de la ciudad y un coche le llevó hasta la sede del gobierno militar en la ciudad. Antes de descansar unas horas debía recibir instrucciones de un alto mando del ejército, cuyo nombre no le había querido desvelar su jefe.

Subió las escaleras de dos en dos con su maleta en la mano y llegó hasta la oficina principal. Había estado allí una vez, justo en 1938, pero apenas se acordaba del edificio.

—Señor Ros, le estábamos esperando —dijo una secretaria de rostro delgado y gafas gruesas de miope.

—Espero que no tardemos mucho, estoy agotado y creo que el barco parte del puerto esta tarde.

—No se preocupe, le quedan casi ocho horas y la reunión no será muy larga, el general tiene muchas reuniones hoy.

Aquella afirmación le intrigó mucho más. ¿Por qué tenía que reunirse con aquel general? Su jefe ya le había indicado en qué consistía la misión y, a grandes rasgos, no parecía excesivamente complicada.

La secretaria abrió la puerta y Alfonso pudo comprobar que debajo de su vestido anaranjado se traslucía una bonita figura. El recogido pelo rubio y los azules ojos, empequeñecidos por las gafas, parecían más hermosos de lo que había imaginado en un principio. Después pensó que llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer. Su misión en Francia había sido un desastre y en los últimos meses se había tenido que contentar con visitar algunas casas de citas. Él era un especialista en caza mayor y aquellas pobres prostitutas, muchas de ellas aficionadas que intentaban sobrevivir en la España mojigata de Franco, eran unas aficionadas.

—Señor Ros —dijo una voz desde la parte más oscura del despacho. Escuchó unos pasos y vio la silueta de un hombre vestido de uniforme. Desde el primer momento aquel timbre le sonó familiar, pero no lograba identificar a quién pertenecía.

—Por favor, siéntese. En unos momentos vendrá un oficial para acompañarnos, pero antes tengo que facilitarle más información sobre el caso.

Ros se sentó y dejó la maleta a un lado de la silla, se cruzó de piernas y comenzó a encender un cigarrillo.

—Si me permite. Creo que estos le gustarán mucho más —dijo el general colocando delante de su cara una caja de puros canarios.

—Gracias —dijo Alfonso levantando la vista y observando por primera vez el rostro de su interlocutor.

—¡General!

—¿No me había reconocido? Bueno, han pasado algunos años y por lo que tengo entendido usted ha estado sirviendo a nuestro país en el extranjero.

—Sí, señor.

El general Valera era uno de los miembros más importantes del nuevo gobierno. Ministro del Ejército desde hacía casi un año, era uno de los hombres más poderosos del país. Al contrario que algunos de sus compañeros de armas, el general Valera siempre parecía sonriente y relajado. Era un carlista declarado y muchos decían que por eso Franco le había elegido como ministro, para evitar las suspicacias de uno de los bandos que se creía menos beneficiado tras el final de la guerra. Las aspiraciones carlistas de poner a su candidato como rey de España habían caído en saco roto. Sus enfrentamientos con monárquicos y falangistas eran notables y la tensión crecía cada vez más.

—Ya sabe la razón por la que le enviamos a Tánger. El asunto del diplomático muerto es muy grave, también el secuestro de la señora Anita Sanz de Moncayo. Sabemos que los culpables han robado material sensible, ya me entiende.

—Sí, señor —dijo Alfonso mientras encendía el puro y saboreaba la primera bocanada.

—Además de a su superior me tendrá que tener informado de todos los avances a mí. Los alemanes se han puesto nerviosos, dentro de poco habrá una reunión de máximo nivel de nuestros dos países y no debemos minar la confianza que tienen puesta en nosotros. Como sabrá, nuestros aliados pueden ayudarnos a recuperar nuestra economía y devolvernos la vieja gloria de nuestro imperio.

—Los alemanes son muy astutos, general. Desean controlar el Estrecho para apretarle las tuercas a los ingleses. Durante nuestra guerra vendieron armas a ambos bandos y no dudaron en aliarse con la Unión Soviética para conquistar Polonia.

El general borró por primera vez su perenne sonrisa, su sangre gaditana le brotaba de los cuatro costados. Era uno de los viejos militares que se había hecho un nombre en el norte de África y de los primeros que se habían opuesto a la República. En 1932 ya se había situado del lado de los que querían restaurar la monarquía y había apoyado el intento de golpe del general Sanjurjo.

—Los aliados siempre tenemos intereses comunes. Ya me habían comentado sus salidas de tono. No hay nada más peligroso que creerse intocable. No olvide su pasado, nosotros le dimos una segunda oportunidad y eso es mucho más de lo que hemos hecho por la mayoría de los rojos de España.

Alfonso se sintió molesto. Él había servido lealmente al Régimen. Puede que no creyera las patochadas que cantaban a los cuatro vientos los falangistas y la Iglesia católica, pero su pistola había conseguido consolidar a los militares en el poder.

—Entiendo, no quería contrariarle general. Lo único que digo es que...

—No me importa lo que piense. En nuestra nueva España lo que realmente cuenta son los hechos. Mantenga la boca cerrada con respecto a sus opiniones, pero infórmeme cada día. Necesitamos resolver esta crisis cuanto antes: en un mes el ministro de asuntos exteriores viaja a Berlín y debe llevar respuestas convincentes y el caso tiene que estar cerrado. ¿Entendido?

—Sí, mi general.

—Aquí tiene la forma de enlazar con nuestros hombres en la ciudad. No puede fiarse de todo el mundo. En Tánger aún no hemos realizado una limpieza a fondo, la ciudad acaba de caer bajo nuestro control.

—Entiendo.

—Tendrá que llevar un compañero, el trabajo puede ser peligroso y es una de las exigencias de nuestros aliados —dijo el general sentándose en su butaca de piel negra.

—Yo siempre trabajo solo —dijo Ros molesto. No se fiaba de nadie y mucho menos de un tipo que sirviera a Valera.

—No le estoy consultando, son órdenes —dijo Valera mientras apretaba el botón del interfono.

Un hombre alto abrió la puerta y se quedó justo detrás de Alfonso. Lo primero que percibió fue un fuerte olor a perfume y después el fuerte acento alemán.

—Alfonso Ros. No creo que se haya olvidado de mí.

El español se giró despacio y se quedó unos segundos contemplando al agente.

—¡Válgame el cielo! Nunca pensé que le volvería a ver. Es el mismo Raymond Maurer.

—¿Se conocen? —preguntó Valera frunciendo el ceño.

—Sí, claro. Ambos investigamos el caso de un piloto de la Legión Cóndor asesinado en Salamanca.

Bueno, entonces nos ahorraremos las presentaciones. El destructor *Lepanto* está en el puerto, sale a las ocho de la noche. Espero que no pierdan el transporte, mañana al mediodía estarán en Tánger.

—Sí, mi general —dijo Ros levantándose del asiento y colocándose al lado del alemán. Le observó por unos segundos, apenas había cambiado en aquellos tres años, únicamente tenía las sienes completamente emblanquecidas por las canas.

Salieron del despacho y cruzaron la oficina sin apenas mirarse, salieron del edificio y comenzaron a caminar hacia el centro de la ciudad.

—¿Cómo es que te han enviado a una misión en España? Te hacía fuera del ejército —preguntó al fin Alfonso.

—A veces las cosas no suceden como pensábamos. Cuando regresé a Alemania en 1937, todo parecía distinto. No hubiera podido hacer nada en el servicio civil. Dado mi expediente y mi antigüedad dentro del partido nazi, me ofrecieron un puesto en el Abwehr. La agencia la dirige Wilhelm Canaris y al menos es un tipo honorable. Algo muy difícil de encontrar en los tiempos que corren —le contestó el alemán.

—Veo que no has cambiado mucho. Siempre has sido un idealista que cree que el mundo puede ser diferente.

—No creo que el mundo pueda convertirse en un lugar mejor —dijo el alemán algo molesto.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí?

—Sobrevivir, como todos. En Alemania ya no hay cabida para la ambigüedad: o estás con Hitler o estás contra él.

—Aquí sucede exactamente lo mismo —comentó Alfonso mientras entraban en el Café Royalty, uno de los más elegantes de la ciudad. Se sentaron en una de las mesas redondas de mármol y un camarero con pajarita se acercó a la mesa.

—Señores. ¿Qué desean tomar?

—Un jerez. Tengo la boca seca —contestó Alfonso.

—Yo otro, por favor —dijo el alemán, mientras miraba la decoración del local.

—Pensé que tomarías una cerveza.

—La cerveza española es pis de gato.

El camarero los dejó a solas y el alemán se quedó con la vista perdida, como si estuviera recordando algo.

—¿Qué piensas? —preguntó Alfonso intrigado. Habían llegado a llevarse muy bien durante su misión, a pesar de sus grandes diferencias.

—Estaba acordándome de Dalila. ¿Qué sucedió después de que me marchara?

—Bueno, es una larga historia. Estuvimos unos meses juntos, ella vivía en Burgos y yo regresaba a la ciudad cada vez que terminaba una misión, pero más tarde decidió regresar a Italia. Imagino que pidió el divorcio de su estúpido marido y en la actualidad habrá embaucado a otro incauto.

Las palabras del español parecían llenas de amargura, como si aún no hubiera logrado olvidarla por completo. Dalila siempre había sido un alma atormentada en el interior de una belleza deslumbrante. Había sufrido desde niña mil y un abusos, nos se amaba a sí misma y era incapaz de amar verdaderamente a nadie.

—Lo lamento —dijo Raymond sin mucho convencimiento. Él también había amado a aquella alocada italiana y habría vendido su alma al diablo por sentirse correspondido.

Se hizo un largo e incómodo silencio, después Raymond apuró la copa, como si quisiera que se marcharan de allí. Al menos paseando por las calles de Cádiz no tendría que soportar esa sensación de zozobra. Después de tantos años sentía que estaba en el mismo punto, aunque era consciente de que quedarse estancado era retroceder.

—¿Cómo te ha ido a ti? Querido amigo teutón.

El alemán se recostó en la mesa y apoyó la barbilla en los nudillos de su mano derecha. Recordar era siempre doloroso, aunque al menos tenía la garantía de que el pasado no volvería para devorarte.

—Bueno, al principio estuve dando traspies de un lugar a otro. No quería regresar a mi unidad y convertirme en un miembro más del servicio secreto. El año 1937 en Alemania fue muy duro, después de las olimpiadas de Berlín la ciudad cayó en una especie de ensimismamiento. Volvieron a cerrarse los supuestos garitos decadentes; se persiguió a todo el que fuera diferente y al final la gente regresó a su vida anodina e insignificante. Después la propaganda asfixiante convenció al pueblo alemán de la necesidad de anexionar Austria y más tarde los Sudetes. Nada que ver con la idea original de formar un estado popular sin clases en el que los alemanes progresaran y vivieran en paz.

Ros tomó un largo sorbo de la copa de jerez. A veces le sorprendía su viejo amigo. Al menos Raymond había sido en algún momento idealista, él, en cambio, nunca había creído en nada. No aceptaba ni a dios, ni patria ni a ningún rey. Sabía que el mundo estaba gobernado por el dinero, la ambición y sexo. Lo único que ambicionaba en el mundo era obtener un poco de los tres.

—Eres un romántico.

—Los nazis están quemando Alemania, la gente aún no lo ve, pero muy pronto despertará y será demasiado tarde.

—¿Por qué no dejas el país? Nadie te obliga a vivir allí —dijo Ros con cierto desdén. Al menos él no se quejaba de su suerte, sabía que era una pieza sin mucha importancia en el engranaje represivo del estado.

—Lo he pensado más de una vez —comentó el alemán acariciando una cicatriz que tenía en una mejilla de su hermoso rostro.

—¿Cómo te hiciste eso? —le preguntó el español.

—Precisamente esta herida me hizo desistir de un viaje a Sudamérica. Un millonario había contratado a un grupo de mercenarios para que protegiera una colonia que había fundado en Paraguay. Estaba en Hamburgo justo antes del viaje, pero por un asunto de juego y deudas tuve una pelea mortal. Pasé una semana en el hospital, pero mi contrincante ya no podrá contar lo que le sucedió a él.

—Entiendo. No sabía que te movías en esos ambientes, cuando te conocí parecías casi un cuáquero.

—Eso fue lo que me hizo reaccionar. Después regresé a Berlín y entré de nuevo en el servicio. Es lo único que me mantiene cuerdo. Pienso que al menos sirvo a mi país.

Alfonso dejó algo de dinero sobre la mesa y se puso en pie. El alemán le imitó. Los dos salieron por la puerta principal. El calor apretaba aquella hora, pero al menos la brisa del mar de vez en cuando les permitía darse un respiro. Caminaron por el paseo y contemplaron la majestuosa catedral: aquel lugar había sido la cuna de la libertad y la resistencia al francés. Se dirigieron al barco y subieron a bordo. Su próximo destino era Tánger.

Capítulo 4

Mohammed V

Rabat, 5 de agosto de 1949.

El sultán caminaba de un lado al otro del salón mientras uno de sus secretarios le leía la carta enviada desde Francia. No se fiaba del nuevo gobierno de la metrópoli, pero temía aún más a los españoles. A los franceses se les podía convencer, era gente civilizada, pero los españoles eran malas bestias, apasionados y crueles. Su país llevaba más de cuarenta años dividido entre las dos naciones, pero sabía que el día de su liberación no estaba demasiado lejos. Ahora que Francia estaba ocupada por los alemanes, lo mejor era actuar e intentar que su país recibiera la independencia. Sabía que los españoles preparaban una invasión de la parte francesa y por eso debía ponerse en contacto cuanto antes con Hitler.

El sultán había leído y escuchado algunas alabanzas del dictador alemán al islam. Aunque despreciaba todas las razas que no fueran germánicas, el dictador había afirmado que si Carlos Martel no hubiera frenado a los musulmanes y Europa se hubiera convertido al islam, los alemanes se habrían posicionado como su vanguardia y conquistado el mundo. Hitler consideraba la religión de Mahoma mucho más viril que el cristianismo. Además conocía el odio visceral de los musulmanes hacia los judíos y los imperios francés e inglés. Por eso los consideraba aliados naturales.

Mohammed no odiaba a los judíos, su país tenía una de las comunidades más prósperas y viejas del planeta. Era gente industriosa, sagaz, culta y poderosa, pero podía convertirse en moneda de cambio si las circunstancias lo requerían.

Él no había llegado al poder por herencia directa. No le correspondía aquella pesada corona, pero sabía que la única manera de mantener su posición y convertirse en el rey efectivo de Marruecos era uniéndose al más fuerte.

Los Estados Unidos e Inglaterra también le cortejaban. Por algo poseía los territorios que abrían el Mediterráneo a ambos bandos, pero vendería su lealtad muy cara. Cada paso que daba era muy importante, un traspies podía echar todos sus planes por tierra.

Durante la Guerra Civil había apoyado abiertamente al bando nacional, con la vana esperanza de que los militares le permitieran una cierta autonomía. Ahora era consciente del engaño en el que había caído.

—Entonces, majestad. ¿Qué contestaremos al mariscal Petain?

El sultán se cruzó de brazos y se asomó a la terraza, una neblina cubría el horizonte, pero se observaba perfectamente la ciudad. Los colores blancos y rojizos componían una bellísima composición que simbolizaba a la perfección las dos realidades de su nación. Por un lado, la modernidad traída de occidente y, por el otro, la tradición árabe. Él soñaba con un país fuerte y moderno, que lograra igualar a los europeos, pero el viaje sería muy largo. Debía asegurar cada tramo del camino.

—Por ahora no contestaremos y esperaremos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Mis servicios secretos me han informado sobre la muerte de un diplomático alemán en Tánger. Creen que los asesinos se llevaron algunos documentos muy importantes del gobierno español. Mi prioridad en este momento es descubrir los planes del general Franco, no me fío de ese zorro. No hay nadie que ame y odie al mismo tiempo con más ahínco a nuestro amado país.

—Charles Noguès no se estará quieto, nos vigila muy de cerca —dijo el secretario algo inquieto. No le gustaba contradecir al sultán, pero él y su padre llevaban varias generaciones sirviendo a la casa real y Mohammed V no dejaba de ser todavía demasiado joven e inexperto.

—A veces saber esperar es la única forma de permitir que las cosas avancen. Observemos cómo nuestros enemigos se despedazan entre ellos y roguemos a Alá que luche a nuestro favor.

Capítulo 5

La corresponsal

El mar estaba en calma cuando salieron del puerto de Cádiz, pero un par de horas más tarde una tormenta de verano zarandeaba al destructor *Lepanto* como si fuera una cáscara de nuez. El capitán los había recibido con la cortesía característica de la marina española: les había dejado un camarote para oficiales y los había invitado a la cena en la mesa principal. Lo cierto es que Alfonso no tenía el estómago para darse una comilona y Raymond prefería dormir algo, pero no podían rechazar la hospitalidad del capitán.

Santiago Cortés era un oficial joven que había logrado escapar con vida de un destructor que estaba en el bando republicano. Natural de Cartagena, parecía siempre relajado y sonriente, como si la guerra no hubiera hecho mella en su buen humor. Al parecer estaba casado con la hija de un famoso almirante y muchos creían que en pocos años lograría un ascenso vertiginoso en su carrera militar. En España era mucho más importante los contactos que pudieras tener que el talento o habilidad que poseyeras. La única forma de medrar era tener padrino y, en ese sentido, el capitán Cortés era un privilegiado.

Los dos hombres subieron a la cubierta principal y caminaron torpemente hasta el salón de oficiales. El mar parecía algo más calmado, como si intentara dejarles una pequeña tregua aquella noche, pero aún sentían los efectos del mareo. Entraron en el salón y vieron a media docena de oficiales con sus uniformes de gala, tres camareros y tres sillas vacías. Se sentaron junto al capitán y después de los saludos formales se dispusieron a comer.

—Tenemos que esperar un poco, caballeros. Aún queda una persona por unirse a nosotros —dijo el capitán sonriente. Su impecable uniforme no podía disimular su aspecto juvenil.

—No sabíamos que había más pasajeros a bordo —dijo Alfonso, intrigado por el misterioso compañero de travesía.

El capitán estaba a punto de anunciar su nombre cuando vieron que entraba por la puerta. Alfonso no pudo contener su sorpresa al ver a aquella atractiva mujer, vestida con un traje negro de noche. Sus oscuros ojos y el negro pelo parecían hacer juego con el impresionante vestido de raso.

—Bueno, permítanme que les presente a Helen Kirkpatrick, corresponsal del *Chicago Daily News*.

Todos los oficiales se pusieron de pie, el último en levantarse fue Alfonso Ros, que aún parecía sorprendido por la aparición de la mujer.

—Por favor, siéntense caballeros. No me gustan los protocolos.

—La señorita Kirkpatrick es norteamericana, creo que oriunda de Nueva York —comentó el capitán.

—Es un placer —dijo Raymond, que no parecía tan impresionado por la presencia de la reportera.

—¿A dónde se dirige? —preguntó Alfonso, algo intrigado.

—Imagino que al mismo sitio que ustedes. Primero visitaré Tánger, aunque mi intención es ir hasta Rabat y entrevistar al sultán Mohammed V.

—No estoy seguro de que se deje entrevistar por una mujer. Los musulmanes no son muy comprensivos con las mujeres como usted —comentó Alfonso, que había trabajado entre ellos en el pasado.

La mujer frunció la nariz sin dejar de sonreír y se sentó junto al español.

—Me fascinan los retos. Lo mismo me dijeron del duque de Windsor y logré entrevistarle hace un año.

—¿El que abdicó por amor? —preguntó el capitán, al que le fascinaban aquel tipo de historias.

—El mismo. Lo cierto es que es todo un caballero. Su visión del mundo es muy distinta a la de la Casa Real británica. Un hombre moderno, casado con una mujer también muy despierta y adelantada a su tiempo.

—Puede que sea muy moderno, señorita Kirkpatrick, pero muy listo no parece —comentó Alfonso, que odiaba por igual a todas las monarquías del planeta.

—¿No cree en el amor Señor...?

—Alfonso Ros, para servirla —contestó a la mujer, mientras realizaba un gesto burlesco.

—Señor Ros, me temo que a los hombres les gusta más hacer la guerra que el amor.

Los oficiales parecieron escandalizarse, no estaban acostumbrados a un comportamiento tan atrevido de una dama, sobre todo desde que la Iglesia católica había tomado de nuevo las riendas morales del país.

—Le aseguro que soy mucho más aficionado a lo segundo que a lo primero. Es la única batalla que me interesa, la que se puede hacer sobre un colchón de sábanas revueltas.

El capitán parecía contrariado por los derroteros que tomaba la conversación y propuso un brindis, para reconducir la charla.

—Espero que todos tengamos una feliz travesía. El barco debe detenerse primero en Ceuta, espero que eso no estropee mucho sus planes, pero mañana al mediodía estaremos en Tánger y dentro de dos días continuaremos hasta Rabat. Llevamos a otro pasajero que ha preferido quedarse en su camarote.

Todos levantaron sus copas y brindaron mientras los camareros comenzaban a servir la cena. El ambiente se relajó un poco y todos charlaron amigablemente.

—Señorita... —dijo Alfonso a la corresponsal, pero esta le interrumpió.

—Llámeme Helen, por favor.

—Helen, no quiero que malinterprete mis palabras. Le aseguro que admiro a las mujeres independientes y decididas. Puede que no sean mi tipo, pero reconozco que en un mundo de hombres es muy difícil encontrar un hueco en el que abrirse paso.

—Se lo agradezco, pero la displicencia es casi tan nociva o más que la abierta hostilidad. Las mujeres del siglo XX no queremos que nos ayuden a alcanzar lo que nos pertenece por derecho propio. Hasta hace poco no podíamos votar y en la actualidad se nos discrimina en la mayoría de los trabajos, pero es cuestión de tiempo que estemos en todas las áreas sociales y profesionales.

—Me temo que en España las cosas irán mucho más despacio. El nuevo Régimen no parece muy abierto hacia la igualdad con las mujeres. Las leyes de igualdad de la República están revocadas y en las escuelas se enseña que el papel de la mujer se reduce a ser madre y estar en el hogar.

—Lo sé, me temo que las cosas en Europa irán a peor, los nazis no parecen mucho más avanzados en ese terreno. Quieren que las alemanas de raza aria paren sus crías como conejos para mayor gloria del Tercer Reich.

Alfonso se rio de la ocurrencia, aunque la mujer no parecía que aquel tema le hiciera mucha gracia.

—Malos tiempos para todos —añadió Alfonso.

—¿Qué les lleva a Tánger? —preguntó la corresponsal.

—¿Curiosidad femenina o periodística?

—Ninguna de las dos, simple cortesía.

—Bueno, nos llevan los negocios, no es seguro ir en barcos civiles tal y como están las cosas y nos facilitaron este transporte. Mi amigo es alemán y además mi socio.

—Entiendo, aunque si le soy sincera no tienen aspecto de hombres de negocios.

—¿No? ¿Por qué lo comenta? ¿Qué aspecto tienen los hombres de negocios?

La mujer sonrió, como si la conversación en el fondo la estuviera entreteniéndola.

—Suelen ser más comedidos y menos directos. Ustedes parecen más bien espías.

Alfonso se rio a carcajadas, miró a su compañero y este le lanzó una mirada fulminante.

—Me temo que no engañamos a nadie, querido Raymond —le dijo mientras comenzaba a degustar el primer plato de la cena y dejaba que el excelente vino del capitán le hiciera olvidar en parte sus viejas heridas de perro viejo y apaleado.

Capítulo 6

Pasajero misterioso

Después de la cena Alfonso subió a cubierta para fumarse un cigarrillo a la luz de la luna. La tormenta había pasado y el mar parecía una inmensa balsa de aceite. La luna llena se reflejaba sobre las aguas negras y las estrellas brillaban como pequeños diamantes lanzados sobre un tapete de terciopelo negro. Era una noche perfecta para disfrutar de las cosas simples, sin preocuparse por el futuro ni por la ruina en la que se había convertido su vida. Siempre había pensado que con aquella edad estaría casado, con varios hijos y una esposa fiel que le esperara cada tarde al llegar a casa. Sus padres habían sido una pareja muy feliz. Vivían en el centro de Santander, en un piso de clase media y veraneaban en Burgos, de donde era originario su padre. Sus tres hermanos, dos hembras y un varón, eran un dechado de virtud, conservadores y tradicionales, amigos del orden y guardianes de la moral. Su vida no podía ser más diferente.

—¿En qué piensa? —le preguntó una voz femenina a su espalda.

—En estos momentos en nada. Quería contemplar las estrellas y sentirme vivo, que no es poco.

—Le entiendo. A todos nos engañaron al contarnos que la vida es lo que hacemos y no lo que somos —dijo Helen, apoyándose en la barandilla.

—Así que la vida es igual en todas partes. Y yo que quería irme a vivir a América.

La mujer dio un largo suspiro, después sacó un cigarrillo y antes de que intentara encenderlo Alfonso prendió un mechero. El rostro de la corresponsal brilló por unos instantes y sus grandes ojos oscuros se clavaron en los suyos.

—América y Europa son muy distintos. Aquí todo es una comparsa de cinismo, pesimismo y decadencia. En los Estados Unidos aún creemos en ideas tan absurdas como la libertad, la igualdad y la felicidad.

Alfonso soltó una cascada de humo por los labios y después se giró hacia la mujer.

—¿De verdad va a entrevistar al sultán?

—Sí, es mi trabajo —dijo con una sonrisa.

—No será una espía *yankie*.

—Todos los espías son iguales, ven colegas suyos por todas partes.

El español soltó una carcajada. Al menos aquella norteamericana tenía algo de sentido del humor. Si echaba algo de menos en aquella España mojigata y beata era la alegría de vivir.

—¿Para qué van ustedes a Tánger?

—¿Me está haciendo una entrevista?

—No creo que sea un tipo tan interesante —dijo la periodista con una media sonrisa.

—Es la única verdad que ha dicho en toda la noche —contestó Alfonso tirando el cigarrillo al agua.

—¿Sabe quién es el pasajero misterioso? Ya me entiende, del que ha hablado el capitán.

—No tengo la menor idea —dijo el hombre encogiendo los hombros.

La mujer lanzó el cigarrillo al agua y se quedó mirando al fondo, como si esperara ver su reflejo, pero todo lo que observó fue una gran oscuridad.

—¿Cree que la guerra terminará pronto? Francia y el resto del continente están a los pies de los nazis. Gran Bretaña no resistirá mucho y mi país prefiere la paz antes que entrar en una nueva guerra mundial.

Alfonso se pensó la respuesta. No quería verse como un maldito profeta, el ser humano era tan soberbio y estúpido que, en muchos sentidos, era imprevisible.

—Todos dijeron que la Gran Guerra sería corta y fue una de las más largas y cruentas de la historia. Los dos bandos que se enfrentaban en España pensaron que la Guerra Civil sería muy breve, pero duró cuatro años. Sin duda queda mucha guerra por delante. Aún no se ha cumplido el primer año y me temo que no hemos visto sino el comienzo. Los nazis se volverán contra la Unión Soviética, a pesar de que todavía parecen respetar el tratado que firmaron para invadir Polonia; los británicos se rendirán fácilmente e intentarán involucrar a su país y luego está Japón, Italia...

La mujer apretó con las manos la barandilla. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado le horrorizaba la guerra y todo lo que conlleva, pero por otro sabía que era una oportunidad increíble para lanzar su carrera.

—La guerra nos cambia a todos —terminó diciendo Alfonso antes de que la mujer se diera media vuelta y se marchara a su camarote.

Alfonso caminó por la cubierta, pero antes de bajar por las escaleras vio a dos hombres caminar hasta la proa. Los siguió discretamente y se quedó unos segundos escuchando su conversación.

—¿Cuándo partiremos para Rabat? —preguntó una voz que le era totalmente desconocida.

—Mañana por la tarde, después de pasar por Ceuta y Tánger —comentó el capitán.

—Ya sabe quién nos envía y que no podemos esperar más. Es el momento de actuar. En Ceuta tenemos que recoger a Adolf P. Langenheim que ha contactado con las tribus del norte. Tenemos las armas y la oportunidad —dijo el hombre con su fuerte acento alemán.

Alfonso se atrevió a asomarse por un lado. Los dos hombres estaban cerca de una de las lámparas de cubierta. Al lado del joven capitán se encontraba un tipo de estatura media, algo grueso y con aspecto más bien corriente. Entonces le reconoció. Se trata Johannes Bernhardt, uno de los comerciantes alemanes más influyentes en España. Para muchos su intervención fue imprescindible para la victoria de los nacionales en España. A poco de estallar la guerra viajó junto al capitán Francisco Arranz Monasterio y Adolf Langenheim, para pedir aviones a Hitler para transportar las tropas de África a la Península.

Alfonso le conocía muy bien, al menos de manera indirecta. El embajador alemán en Madrid, Eberhard von Stohrer, le odiaba por sus injerencias ante Franco, pero Hitler creía que podía ser determinante para que el dictador español se decidiera a intervenir en la guerra al lado de Alemania.

—La muerte de Demian von Burkhard puede complicar las cosas —comentó el capitán.

—No se preocupe, no creo que se hayan llevado la información que buscaban.

Alfonso golpeó sin querer una barra de hierro y los dos hombres se giraron, corrió hacia la cubierta inferior y entró a toda velocidad en su camarote.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó molesto Raymond que estaba comenzando a dormirse.

—Me temo que nuestros superiores no nos han contado toda la verdad. Acabo de ver a Johannes Bernhardt y si ese tipo anda cerca, la venta de armas y una posible guerra están a punto de producirse —dijo Alfonso mientras se quitaba la chaqueta, dejaba la cartuchera sobre la silla y comenzaba a desatarse los zapatos.

—¿Una guerra? Creo que has bebido demasiado. Ya estamos en guerra.

—España aún no lo está —contestó Alfonso mientras se metía en la cama medio vestido. No podía creer que Franco accediera a entrar en la guerra con un país devastado y empobrecido, pero la ambición de un dictador no tenía límites y sus ansias de poder tampoco.

Capítulo 7

Un paseo por Ceuta

Ceuta, 6 de agosto 1940.

Por la mañana escucharon la sirena del barco y se despertaron sobresaltados. El vino y el cansancio los habían adormilado, además era la primera noche que descansaban en algo parecido a una cama. Se vistieron a toda prisa y se dirigieron a la cubierta. El puerto estaba en plena actividad. Camiones, carruajes tirados por caballos y hasta algunos dromedarios circulaban caóticamente por las inmediaciones. También se veía a porteadores musulmanes que bajaban las mercancías de los barcos y pasajeros que subían a los ferris que los llevaban de nuevo a la Península. Para Alfonso Ceuta era una falsa imitación de una ciudad norteafricana. Ceuta era una urbe andaluza en el continente equivocado.

—¿Por qué me has hecho vestirme con tanta prisa? Pensaba que estábamos en Tánger, pero esto es...

—Ya lo sé, pero tenemos que seguir a alguien.

—¿Tenemos que seguir a alguien? Nuestra misión es descubrir quién ha asesinado a un diplomático alemán en Tánger, salvar a una aristócrata española y recuperar la información que se hayan llevado los presuntos asesinos.

—¿Crees que desconozco nuestra misión? Los alemanes siempre sois unos cabezas cuadradas, sigues siendo el mismo teutón que en 1937. Si quieres puedes acompañarme, pero puedes quedarte en el barco si lo prefieres.

—¿Qué pasará si zarpa sin nosotros a bordo?

—Eso no sucederá, al tipo que seguimos es el pasajero misterioso y, por cierto, se nos va a escapar si continuamos de cháchara.

Alfonso comenzó a correr por la pasarela, el alemán puso los ojos en blanco y le siguió a toda prisa. Un tipo con gorro gris y gabardina, a pesar del calor sofocante de la ciudad, tomó un taxi y el coche salió a toda prisa de la zona del puerto. Los dos espías pararon otro vehículo y comenzaron a seguirle.

Se mantuvieron a cierta distancia, el coche salió del casco urbano y continuó por el Paseo de Ronda, bordeando el mar hasta que el taxi torció a la

derecha y se introdujo por un camino entre árboles hasta una tapia alta, alguien les abrió y el vehículo se introdujo en las tierras de lo que parecía un palacete estilo musulmán.

—¡Mierda! —gritó Alfonso al ver la valla y el portalón de hierro pintado de negro.

—Creo que nuestra persecución ha terminado.

—Espérenos al comienzo del camino, si ve salir un coche escóndase entre los árboles —ordenó el español al conductor, un marroquí vestido con chilaba.

Salieron del taxi comenzaron a caminar por un lado de la valla buscando algún punto flaco. Al final vieron una gran roca, ascendieron por ella y desde allí saltaron al interior. La altura al otro lado era de algo más de tres metros, pero aterrizaron sin problemas en un manto de hojas. Se dirigieron al palacete confiados en que no hubiera guardas.

El día era luminoso y el sol pegaba con fuerza en las cristaleras traseras de una amplia terraza con vistas al mar. Allí se encontraban el alemán, a su lado Adolf Langenheim, un líder marroquí y otro tipo que parecía español.

Alfonso hizo un gesto a su compañero para que se agachase.

—¿Qué hacen? —preguntó el alemán.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

Se quedaron un rato en silencio hasta que lograron escuchar la conversación con toda claridad.

—¿Creen que el sultán accederá?

—Es muy astuto, pero al mismo tiempo es un joven inexperto —dijo Johannes.

—La única forma de conseguirlo es regalar esta magnífica pieza al Caudillo, ya saben que se mueven muchos intereses en contra —comentó Adolf con su voz ronca.

—Ya apoyó a Franco una vez, no veo que pueda impedir que lo haga una segunda —dijo el árabe.

—El momento es ahora. Antes de que Francia se reorganice y las cosas se compliquen —explicó Johannes.

—La desaparición de los papeles puede echar al traste nuestros planes. Esa mujer tiene que morir y debemos capturar a los autores antes de que salgan de Tánger —dijo Adolf.

—No tardarán en caer en nuestras manos. Los españoles y alemanes han mandado a dos de sus hombres, pero ellos no conocen bien la zona y les

impediremos que den con los verdaderos culpables; si lo piensan bien todo lo sucedido puede beneficiarnos.

Alfonso levantó la cabeza, sacó una cámara pequeña que guardaba en uno de los bolsillos de la chaqueta e hizo una foto, su jefe debía saber que los alemanes habían tenido una reunión y posiblemente los servicios secretos podían identificar a los otros dos hombres.

—Tenemos que irnos —le advirtió el alemán.

El español le hizo un gesto para que esperara, pero escucharon el gruñido de varios perros a pocos metros.

—Joder, son mastines —dijo Alfonso comenzando a correr hacia la valla. Su compañero le siguió, pero apenas habían conseguido correr unos metros cuando los canes los alcanzaron. Les mostraron sus fauces mientras los miraban fijamente y no dejaban de gruñir.

—No te muevas —dijo Raymond mientras levantaba las palmas de las manos hacia los perros.

—¿Qué demonios haces?

—Crie perros en las SA. Tranquilo, tienen que percibir que no somos una amenaza.

—No conoces al mastín español, no tiene nada que ver con tus malditos pastores alemanes. Es un asesino implacable.

—Todos los perros son iguales —dijo el alemán, pero apenas había terminado la frase cuando los tres canes se abalanzaron sobre ellos.

Corrieron con todas sus fuerzas hasta la tapia, pegaron un salto y se aferraron a los barrotes mientras los perros daban dentelladas a pocos centímetros de sus zapatos. Lograron subir hasta los barrotes terminados en lanza y saltar al otro lado. Después se dirigieron hasta el taxi y regresaron al barco a toda prisa. Al menos habían escuchado parte de la conversación y tenían una foto con todos los miembros de la reunión. Eran conscientes que si España entraba en la guerra podía facilitar las cosas a Alemania, pero los documentos robados podían tener la clave que precipitara la guerra o decantase definitivamente a los españoles por la neutralidad.

Capítulo 8

El Pardo

El Pardo (Madrid), 6 de agosto de 1940.

El general Juan Yagüe dio un puñetazo sobre la mesa de roble macizo y Franco se giró furioso. Aquella era su casa y él era el generalísimo, algo que parecía que no le entraba en la cabeza a algunos de sus antiguos camaradas.

—Es nuestro momento. No hemos hecho esta cruzada para conformarnos con las migajas. España tiene que recuperar su antiguo esplendor, ahora que nos hemos desecho de los comunistas, masones y anarquistas, ha llegado la hora del nuevo imperio.

—Mi general —dijo con tono suave Serrano Suñer—, todos queremos lo mismo, pero en política la oportunidad lo es todo. No tengo tan claro que Hitler pueda ganar la guerra en Rusia, esos malditos tártaros ya han puesto de rodillas a más de un imperio. Soy el primero que admira a Adolf Hitler y lo que está haciendo por la civilización occidental, pero antes de entrar en una nueva guerra debemos asegurarnos de que los alemanes nos dan todo lo que les pedimos.

Juan Luis de Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores, era el único que permanecía sentado en el cómodo sillón tomando las pastas de té que les había servido la esposa de Franco.

—Luis, ¿qué tienes que decir tú? Eres el ministro de Exteriores y lo único que haces es comer pastas —dijo Franco girándose hacia el general.

—Los alemanes han conquistado en menos de un año Polonia, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. Toda una hazaña, pero Rusia y Gran Bretaña es otro cantar. Esos son países de primera fila. Los italianos son unos inútiles, más un lastre que una ayuda. Ya sabéis el ridículo que hicieron en nuestra guerra. Lo que realmente debería preocuparnos es qué harán los norteamericanos. Si los alemanes tienen que luchar en dos frentes perderán la guerra, además no tienen una flota seria y eso les impide la invasión de Inglaterra. En conclusión, yo no veo clara su victoria, al menos por el momento.

—Han derrotado a Francia, el país con el ejército más poderoso de Europa —dijo Serrano.

—Puede que hace cincuenta años fuera cierto, pero esos franceses son unos decadentes, igual que los ingleses, pero no tenían un mar que los protegiera.

—¡Joder, Luis! Eso es hablar y no decir nada —dijo Franco frunciendo los labios.

—Lo que importa ahora no es lo que los alemanes nos pueden dar, lo más importante es lo que podemos tomar nosotros con nuestras propias fuerzas —dijo el ministro de Asuntos Exteriores.

—¡Sin la ayuda alemana! —exclamó Juan Yagüe—, nuestro ejército está mal armado y agotado. La mayoría no son soldados de verdad, las únicas unidades fiables son las de África.

Franco se dirigió al amplio ventanal y observó la dehesa que rodeaba el palacete. Aún no se creía que estuviera en la jefatura del Estado y dominara todo el país. Una cosa era ser el líder de los nacionales y el jefe supremo del ejército y otra gobernar España. El país estaba cuajado de traidores, por no hablar de todos lo que habían huido a Francia, aunque los que más le preocupaban eran sus supuestos amigos. Los carlistas le odiaban, los falangistas le aborrecían, los monárquicos le despreciaban y los católicos, bueno esos le adoraban.

—Tenemos que reunirnos con Hitler, es lo mejor, veremos hasta dónde están dispuestos a llegar.

—Sí, generalísimo —contestó Serrano, con el tono servil con el que hablaba a su cuñado en público.

—Ramón, no me vengas con coñas marineras. Tú tienes buenas manos con los alemanes. Será por los ojos azules y el pelo rubio, tenemos que preparar una reunión cuanto antes.

—Vale Paco, pero antes debemos resolver lo de los papeles de Tánger, si caen en malas manos...

Franco pareció enfurecerse de repente.

—Lo que no entiendo es por qué no estaban bajo llave y quién se los llevó al alemán. Esa ciudad es un maldito nido de espías, tienes que limpiarla Serrano. Manda a gente allí, que quiten de en medio a los funcionarios republicanos y a los espías rojos que campan a sus anchas. Iría yo mismo si no tuviera sobre mis espaldas el peso del Estado.

—Hemos enviado a dos hombres para dar con la mujer y los papeles —le comentó Beigbeder.

—Eso está cojonudo, pero además hay que mandar a algunos pistoleros para que hagan una limpia —añadió Yägue.

—Los mandaremos hoy mismo —contestó el ministro.

—No entiendo qué hacéis, todo lo tengo que pensar yo. Al final un país es como un cuartel, si alguien no da las órdenes, todo está sumido en el caos. Ahora dejadme solo con mi cuñado.

Los dos generales abandonaron el despacho y Franco se acercó a Serrano, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Eres el único en el que confío. Todos esos son unos lameculos, si pudieran me despellejarían vivo. Ganar una guerra no ha sido suficiente, ahora quieren que le regale España al príncipe Juan o al otro, para que la vuelvan a estropear. Ya sabes que yo antes era monárquico, pero los borbones son todos unos viciosos y unos vándalos. España necesita mano dura, ya sabes cómo somos los íberos. Una paella de vascos, catalanes, gallegos, manchegos, andaluces, canarios, castellanos, valencianos, navarros y baleares. Lo único que mantiene a este país unido es el miedo, pero no es suficiente, lo que une realmente a los pueblos es la gloria. ¿Lo entiendes Luis? El imperio perdido, eso es lo que me tienes que conseguir. Todo lo demás no vale para nada. En eso Adolf Hitler es un maestro, ha devuelto la gloria a su país.

—No te preocupes, me encargaré de llevar las riendas del asunto. Ya sabes que yo recomendé a Beigbeder, pero me han llegado noticias de que últimamente está visitando al embajador británico en Madrid.

—¿No confías en el ministro? —preguntó el Caudillo.

—No, creo que no debemos confiar en nadie.

Capítulo 9

Una mujer intrépida

Camino a Tánger, 6 de agosto de 1940.

Mientras escapaban hacia el taxi Alfonso vio una figura que se movía entre los árboles, se desvió y corrió paralelo a ella hasta que logró cruzarse y derrumbarla.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras giraba el cuerpo menudo cubierto por completo por una chaqueta de camuflaje. El rostro del desconocido estaba tapado por completo, pero enseguida reconoció en los ojos a la periodista norteamericana que los había acompañado en la travesía.

Raymond llegó a la carrera y se quedó de pie observándolos.

—¿Qué demonios hace aquí? —le preguntó sorprendido.

—Imagino que lo mismo que ustedes dos. No me fiaba mucho del tripulante misterioso y le he seguido.

—¿Ha escuchado la conversación? —le dijo Raymond colocándose en cuclillas.

—No he podido escuchar mucho debido a dos espías torpes que se encontraban justo en medio, pero al ver a los presentes me hago una idea. ¿Qué pueden hacer un grupo de vendedores de armas, miembros de los servicios secretos y empresarios alemanes juntos? Estoy segura de que conspiran para derrocar al sultán y obligar a Hitler a que acepte una serie de hechos consumados —dijo Helen mientras la ayudaban a ponerse en pie y se sacudía el polvo anaranjado de su ropa.

—Muy sagaz, pero puede que sea al revés, que Adolf Hitler esté conspirando para obligar a España a entrar en la guerra —dijo Alfonso, que sabía que por el momento el gobierno español no era muy propicio a meterse en un nuevo conflicto.

La mujer cruzó los brazos, se sentía humillada por aquel par de estúpidos jugando a ser espías. Lo único que le interesaba era conseguir un buen titular y demostrar a todos que una mujer era capaz de hacer el mismo trabajo de un hombre y en su caso, aún mejor.

—¿Cómo ha venido hasta aquí? —le preguntó el alemán.

La mujer señaló una moto medio escondida entre los árboles.

Escucharon los ladridos a lo lejos, movidos por el viento cálido del interior del continente y corrieron hasta el coche, pero el taxista se había largado.

—Mi motocicleta —dijo la mujer.

—¿Podrá con los tres? —preguntó Raymond.

—No tenemos más opciones —contestó Alfonso encogiendo los hombros. La arrancó y los tres se subieron a toda prisa.

Escucharon voces y algunos disparos al aire, pero lograron llegar al camino principal y tomar la carretera en dirección al puerto. Cuando llegaron a la ciudad dejaron la motocicleta cerca de unas cajas de madera y se encaminaron al destructor.

—¿Creen que nos habrán reconocido? —preguntó la mujer.

—Es posible, pero el barco sale en menos de una hora. No podrán hacer nada para retenernos —comentó Raymond sudando por cada poro de su piel.

—Bueno, eso es cierto, pero HISMA, la empresa dirigida por los nazis en España tiene mucho poder y sus raíces se extienden por todo el protectorado español y francés —les advirtió Alfonso.

Mientras subían a cubierta la periodista se giró y le preguntó al español.

—¿Qué es HISMA?

Entraron en uno de los salones y pidieron a uno de los camareros que les sirviera algo de beber. Tras la huida se habían quedado secos.

—HISMA, las siglas significan Compañía Hispano-Marroquí de Transportes. La fundaron algunos nazis como Johannes Bernhardt, el pasajero misterioso que nos acompaña, pero hay testaferros españoles, que los ayudan en sus turbulentos negocios como José María Martínez Ortega, conde de Aguillo y Enrique de la Mata. Se dedican principalmente a la explotación agraria y minera, pero sirvió durante la Guerra Civil para vender armas al bando nacional sin levantar sospechas ni relacionar a la Alemania de Hitler con el bando de Franco. Ya sabe que supuestamente se debía respetar la neutralidad.

La periodista estuvo a punto de sacar una libreta para apuntar todo lo que comentaba Alfonso, pero no quería que este gesto le impidiera continuar hablando sobre la empresa fantasma.

—Nuestro amigo, Johannes Bernhardt es una buena pieza. Fundó una empresa naviera en Hamburgo tras la Gran Guerra, su principal cliente era Stoltzenberg, una empresa química encargada entre otras cosas de producir armas químicas para países como la Unión Soviética y España. Una fuga en la planta química y la muerte de cientos de personas le obligó a dejar el país e

instalarse en el Marruecos español, primero en Larache y después en Tetuán. Fue el contacto entre los militares que se levantaron contra la República y desde entonces continúa siendo uno de los intermediarios más importantes entre el Estado español y el alemán.

—Pero no he visto a HISMA en el listado de las actuales empresas alemanas en España —dijo la periodista que había estado investigando las conexiones entre los nazis y el gobierno de Franco.

Raymond dejó su bebida sobre la mesa y comenzó a decir:

—Eso es cierto, en la actualidad la empresa o conglomerado de empresas se denomina SOFINDUS, Sociedad Financiera Industrial y tiene su sede en Tetuán, para ser más exactos en la calle O'Donnell 12.

—Increíble y ¿qué hay en España que interese tanto a los alemanes?

—La industria armamentística alemana es una especie de monstruo insaciable, pero uno de los minerales que más necesita y más escasea es el wolframio. Al parecer el general Franco pretende pagar los 212 millones de dólares que debe a Alemania con la producción de ese mineral.

La mujer frunció el ceño. No entendía para qué servía aquel maldito mineral, aunque no se atrevía a preguntar.

El agente alemán observó a la periodista, parecía confundida, sin entender del todo la importancia de aquel mineral casi milagroso.

—El wolframio, también conocido como tungsteno, es un metal difícil de conseguir. Es un material imprescindible para la fabricación de muchas máquinas modernas. Normalmente se utiliza maquinaria en de precisión, soldaduras de electrodos, pero el ejército alemán lo utiliza para construir la punta de sus proyectiles antitanque y la coraza de sus blindados.

—¿España posee mucho mineral de ese tipo? —preguntó Helen.

—Después de China es una de las mayores reservas de ese metal, pero el material que viene de Asia es confiscado por la armada británica —le explicó Alfonso.

Helen se quedó pensativa. Nunca hubiera imaginado que un país tan pequeño y decadente como España fuera fundamental para que los nazis ganasen el conflicto. Si Adolf Hitler y los suyos lograban que el país entrase en la guerra, podía ser como el grano de arena que desestabilizara por completo la balanza.

Capítulo 10

Tánger

Tánger, 6 de agosto de 1940.

El resto de la travesía se produjo sin sobresaltos. Llegaron al puerto de Tánger a las pocas horas de partir de Ceuta. En cuanto el barco se aproximó a la pasarela tomaron sus bártulos y se acercaron a la cubierta principal. Helen había salido a despedirse de ellos y el capitán los observaba desde el puesto de mando.

—Espero que consigan completar su misión —dijo la periodista mientras les daba la mano.

—Tenga cuidado en Rabat, los servicios secretos alemanes son muy peligrosos, pero también los hombres del sultán. Esperamos que regrese de una sola pieza —dijo Raymond besándole la mano.

El español le miró de reojo, sabía que su amigo podía ser muy remilgado y en ocasiones cursi.

—Lo tendré, no se preocupen por mí, puedo apañármelas yo sola.

—No lo dudo —contestó Alfonso—, pero esto es África y las cosas son distintas en esta parte del mundo, se lo aseguro.

—Tal y como anda el mundo, cualquier lugar será más seguro que la vieja Europa —dijo la periodista con una sonrisa. Si algo había aprendido en aquellos años de profesión era que el miedo no conducía a ninguna parte y que cada persona pasaba en la tierra el tiempo que tenía destinado. Hasta que completase su misión en el mundo, algo o alguien que muchos llamaban Providencia, la mantendría con vida.

Los dos hombres tomaron su equipaje y comenzaron a descender, pero antes de que llegaran a la dársena escucharon una voz a sus espaldas, era el capitán del barco.

—Señores, espero que tengan una feliz estancia en la ciudad. Regresamos dentro de dos días, creo que viajarán de vuelta con nosotros a la Península.

—Sí no hay ningún contratiempo, será un placer navegar con ustedes de vuelta a casa —comentó Raymond.

Comenzaron a descender de nuevo cuando el capitán volvió a llamarlos.

—Un momento, casi se me olvidaba, el señor Johannes Bernhardt les envía saludos, no sabía que le conocían.

Los dos agentes se miraron extrañados, aquello únicamente podía significar que los habían reconocido aquella mañana en los jardines de la mansión.

Apenas habían puesto un pie en el puerto cuando un hombre pequeño, con un sombrero blanco, de piel muy pálida y un bigotito moreno les asaltó junto a dos marroquíes.

—Permítanme señores, mis hombres les llevarán las maletas. Mi nombre es Ramiro Jaquete, soy el secretario del general Yuste. Los alojaremos en el Hotel Continental, imagino que han oído hablar de él, es uno de los más antiguos y elegantes de la ciudad —comentó el hombre mientras les abría la puerta del viejo Renault.

—¿Cómo no íbamos a conocerle? La última vez que estuve en la ciudad tuve que alojarme en un sitio mucho más modesto, pero el Hotel Continental es una verdadera leyenda.

Entraron en el coche, los dos agentes especiales detrás, el conductor y el señor Jaquete delante, el otro hombre se quedó en el puerto.

—En el Continental se alojó Winston Churchill cuando era corresponsal de guerra y creo que se hospedó también Emilio Castelar, Jacinto Benavente y Pío Baroja. Ya ven que siempre ha tenido a viajeros ilustres entre sus invitados.

—Bueno, parece un hotel bastante literario —comentó Raymond mientras el coche recorría la parte europea de la ciudad.

El coche salió del puerto y en apenas unos minutos se encontraba frente a la puerta del lujoso hotel. Subido a una pequeña loma, frente al inconmensurable mar, parecía una pequeña gema incrustada en la muralla de la ciudad, muy cerca de la Medina.

Entraron en uno de los patios tras pasar por recepción. A Alfonso le recordó el hotel a la Alhambra de Granada, con sus azulejos de vivos colores, las columnas redondeadas de mármol y los arcos apuntados decorados con relieves vegetales. Se escuchaba el murmurar de las fuentes, el verde de las plantas aromáticas y el color brillante de las cristaleras.

Subieron hasta la última planta, les dieron una suite, con una grandísima terraza con vistas al mar. Mientras los dos hombres observaban el infinito, el secretario se acercó por su espalda.

—Dentro de dos horas les hemos programado una entrevista con el marido de la señora doña Ana de Moncayo. En un rato les subirán una

merienda cena, si les parece bien.

—Perfecto, Señor Jaquete, se me había olvidado lo que era vivir en África —comentó Alfonso mientras sacaba un cigarrillo y se sentaba en una de las sillas de hierro pintadas de blanco.

—Si quieren pido un té y les pongo al día de las últimas investigaciones —dijo el funcionario sacando del bolsillo una libreta roja con las tapas muy desgastadas.

El alemán se dirigió al interior y regresó a los pocos minutos con un pequeño cuaderno y una pluma estilográfica. Alfonso se limitó a poner los pies sobre la mesa y las manos detrás de la nuca.

—Ya saben lo sucedido...

—Por favor, nos puede dar un resumen incluyendo lo que han descubierto los investigadores —dijo el alemán poniendo la fecha a la hoja.

—Eran las seis de la tarde, hacía mucho calor, hemos tenido unos días terribles con el viento del sur que no nos ha dejado vivir ni de día ni de noche.

—Prosiga —comentó Raymond, que no estaba acostumbrado a la forma de narrar pausada de los lugareños. Para ellos todo lo importante se encontraba siempre en los detalles, la historia era casi una excusa para sentarse un rato, tomar un té y charlar.

—Lo cierto es que la señora doña Ana entró en la casa del asesor del consulado alemán, el señor Demian von Burkhard. El alemán llevaba poco más de un año en Tánger, era un buen mozo de casi un metro noventa de estatura, pelo rubio, pero con unas entradas profundas y una frente amplia, brillantes ojos azules y mentón cuadrado. Había sido atleta y conservaba una gran forma física. Según ha contado la criada, la señora fue a las habitaciones, en el segundo piso de la residencia, porque el alemán se había retirado a descansar tras la visita de un hombre, allí debió encontrarlo muerto, porque salió despavorida y hasta ahora nadie la ha encontrado.

Alfonso alzó la ceja izquierda, sabía que una mujer europea no podía pasar desapercibida en la ciudad y menos en el barrio antiguo.

—¿Nadie la vio deambulando por las calles de la Medina? —preguntó mientras apartaba los pies de la mesa. Un camarero sirvió el té y se retiró después de esperar inútilmente a que le diesen una propina.

—Lo cierto es que...

—Primero termine el relato de los hechos —le pidió el alemán.

El funcionario dudó por unos segundos, no sabía a quién debía complacer.

—Lo cierto es que la mujer ha desaparecido y lleva cinco días en paradero desconocido. La policía de la ciudad registró la casa, al parecer no falta nada

de valor, tampoco se ejerció violencia sobre la criada. El diplomático guardaba algunos papeles del consulado, pero lo que teme el gobierno español es que la mujer, Ana, se llevó documentos comprometedores que podrían ponernos en un serio apuro si caen en manos de los británicos —comentó Ramiro.

—¿Cómo mataron al hombre? —preguntó Alfonso tras tomar el primer sorbo de té.

—Le degollaron, seguramente con alguna navaja afilada, murió en el acto y no logró dar ni un leve gemido.

—¿Le mataron en sus habitaciones? —preguntó extrañado el alemán.

—Sí, eso parece.

—¿Qué sabe de la señora de Moncayo?

El hombre se quedó en silencio unos instantes, como si estuviera midiendo qué compartir y qué callarse.

—No me venga con pamplinas. Nos ha enviado el gobierno, tenemos que saberlo todo para solucionar este embrollo, encontrar los papeles y a la mujer —dijo algo molesto Alfonso.

—No sé si hay muchas personas interesadas en que encuentren a la mujer, aquí se la considera una traidora y una furcia, aunque yo no culpo a la pobre. Creo que salió del fuego para caer en las brasas.

Los dos hombres se miraron intrigados.

—Lo cierto es que tras cinco días, lo más seguro es que la hayan matado y el ladrón esté de camino a Londres o Lisboa. Si nosotros no hemos podido dar con él hasta ahora, no creo que ustedes lo consigan.

—Entonces, ¿para qué diablos nos han hecho venir hasta aquí?

—Bueno señores, creo que está claro. Son un simple cebo, ya sabe, quieren que los autores o el autor del crimen se ponga nervioso, pero eso no pasará. Esta ciudad es un nido de espías, traidores, vividores y degenerados. Lo comprenderán muy pronto, tal vez antes de lo que desean.

Capítulo 11

Dos sorpresas en un día

Tánger, 6 de agosto de 1940.

Tras un opíparo almuerzo, aunque para la mayoría de los habitantes de la ciudad por la hora se correspondería con la cena, los dos hombres salieron del Hotel Continental y caminaron con las manos en los bolsillos, como dos despreocupados turistas, por la ciudad vieja. El alemán lo observaba todo con curiosidad, como un niño que ve por primera vez la nieve. Alfonso, en cambio, parecía totalmente indiferente, con su eterna pose de hombre de mundo, muy por encima de las pasiones humanas.

—Tánger es una ciudad blanca, muy blanca, tatuada de minaretes verdes —dijo Alfonso de repente.

Raymond le miró con curiosidad.

—La frase no es mía, no he tenido un acceso poético, son las palabras del gran poeta Rubén Darío. Este es uno de los pocos sitios del mundo donde se puede contemplar a simple vista el mundo antiguo, sin que el tiempo parezca haber pasado por él.

—Creía que eras indiferente a tanta belleza.

—No soy ciego, querido amigo, puede que la maldita Guerra Civil me haya amputado el alma, pero no ha logrado hacerme totalmente inmune a la belleza. Esta ciudad es una hermosa fruta podrida por dentro, aunque los que están realmente corrompidos son los occidentales que viven en ella, más que los lugareños. Los europeos se atreven a hacer aquí lo que no se plantearían en sus países de origen.

—La ciudad parece algo deslucida —dijo Raymond.

—Aún se puede ver su pasada gloria en las fachadas de los edificios, como el teatro Cervantes, en el que cantó el mismo Caruso.

—Todavía es bella.

—Como una mujer que ha llegado a la madurez y esté justo en ese momento de esplendor, antes de comenzar la decrepitud —añadió Alfonso.

—¿Está muy lejos el café?

—El Café París se encuentra muy cerca, el casco viejo es pequeño, poco más que el centro de un pueblo grande.

Caminaron hasta una calle más amplia, donde la ciudad parecía desperezarse de su sueño oriental. Alfonso pensó en las últimas palabras que le había dicho a Dalila antes de que le dejara para siempre: “Todos nuestros momentos se perderán en la inmensidad del tiempo, como tristes lágrimas en la tormenta, ya es hora de morir”.

Llegaron al café y miraron alrededor, no sabían el aspecto del señor de Moncayo, pero no les costó mucho reconocerle. Tenía la pinta estereotipada de los señoritos andaluces. El pelo engominado algo largo y rizado, un bigotillo fino, los ojos verdes aceituna, un traje tallado como de torero y unos zapatos tan lustrados que podías reflejarte en ellos.

—Señor de Moncayo —dijo Alfonso colocándose justo delante.

El hombre levantó la vista, parecía enfadado, furioso, como si la vida le debiera algo.

—Ya era hora.

—Mi compañero y yo hemos volado, viajado en barco y apenas dormido por llegar lo antes posible —le respondió molesto el español.

—Quiero que pase todo este asunto, lo de Anita no tiene perdón de Dios.

Los dos agentes se sentaron, pidieron un té frío y se quedaron frente al hombre, como si se quisieran hacer una idea de qué tipo de personaje tenían enfrente.

—Lamentamos... —comenzó a decir Raymond.

—No lamenten nada. Todavía no está muerta, por el amor de Dios, o al menos no lo sabemos. Aunque la verdad es que me importa una mierda. Esa roja siempre me ha causado problemas. Esto me pasa por no escuchar a la gente, por creer que todos podemos cambiar y merecemos una segunda oportunidad —dijo el hombre con el rostro desenchajado. Era muy atractivo, sus rasgos finos contrastaban con sus gestos de desprecio.

—No le entendemos. ¿Puede explicarnos todo desde el principio? —le pidió Raymond, al que le costaba seguir el cerrado acento del andaluz.

—No sé cómo serán las cosas en Alemania, pero en España los crímenes de honor son muy comunes, los españoles tenemos la honra, pero imagino que eso no podrá entenderlo un extranjero.

—Su esposa le era infiel, su amante era el diplomático alemán. ¿No es cierto?

El hombre se quedó mudo, como si por primera vez no supiera que responder.

—Teníamos un acuerdo, ella era consciente...

—Creo que lo que nos está queriendo decir el señor de Moncayo, es muy simple...

El alemán le observó desconcertado.

—Ella sería mi esposa, tendríamos un par de hijos, no me importaba quién fuera el padre, pero ella debía respetar a mis amantes —dijo por fin el hombre—. Les cuento todo esto de forma confidencial, el cónsul me ha pedido que sea franco, si les miento me lanzará a los perros. Todos nosotros debemos ocultarnos, me entienden. Oficialmente no existimos.

—¿Usted era el amante de Demian von Burkhard?

—Sí, desde hace algo más de tres meses.

—Entonces, ¿dónde demonios está su esposa? ¿Qué fue a hacer a la casa de ese hombre? —preguntó aún confuso el alemán.

—Su familia quería limpiar su nombre y que se olvidara sus antiguos vínculos con la República; la mía que se dejara de repetir por toda Sevilla que su hijo era un marica. Me entienden, un matrimonio de conveniencia. Demian nos engañó a los dos, intentaba sacarnos información y al parecer, cuando no pudo hacerlo conmigo, lo intentó con ella. Debió chantajearla, sacar a la luz el escándalo y ella cedió. Maldita estúpida.

—¿Qué papeles guardaba que puedan comprometer a España? —le preguntó Alfonso.

—Yo no guardaba nada. Ana tenía acceso al consulado y debió llevarle algo a Demian: unos documentos secretos del ejército que habían llegado meses antes, nunca los he leído y desconozco lo que contienen. Ahora él está muerto, por su culpa —dijo el hombre con los ojos brillantes.

—¿Sabe quién podía conocer su doble juego?

—Es difícil de averiguar, señor...

—Alfonso Ros.

—Ros... En la ciudad hay varios garitos de ambiente, sitios en los que no tenemos que disimular, alguien debió vernos juntos y sospechar lo que sucedía. En la ciudad hay espías de todos los países, pero sobre todo franceses, ingleses y alemanes.

—¿No notó que le observaban o seguían?

—No, he hecho mi vida normal hasta ahora.

—¿Puede indicarnos esos garitos? Tal vez allí podamos averiguar algo —dijo el alemán, mientras sacaba su cuadernillo.

—Les aseguro que son sitios poco recomendables. En esta maldita ciudad suceden cosas muy desagradables —dijo el hombre, que ya no parecía tener esa actitud altiva.

—No le comprendo. ¿A qué se refiere? —preguntó el alemán.

—Muchos occidentales vienen hasta aquí a probar el fruto prohibido, experiencias que en sus países no se atreverían ni a soñar. En Tánger no es difícil conseguir chicas vírgenes o muchachos complacientes por un precio casi ridículo. Esto es como Sodoma y Gomorra, pero sin ángeles vengadores.

Los dos hombres comentaron al marido de la desaparecida que se alojaban en el Hotel Continental; ya era casi de noche y una brisa fresca lo invadía todo, se acercaron al paseo marítimo y comenzaron a caminar. La mayoría de los transeúntes eran lugareños, sobre todo pescadores que se echaban a la mar para llevar a primera hora sus capturas a la lonja.

—No me esperaba este giro. Ella quería proteger su acuerdo matrimonial y el amante era su esposo.

—En nuestra España de olor a cirio y sacristía, se ocultan los verdaderos rostros de mis compatriotas. Somos un país de hipócritas y lo que es peor, de envidiosos capaces de despedazar a alguien por destacar de la muchedumbre, acusándole de las mismas debilidades y pecados que ellos mismos comenten.

—A veces no entiendo tu país.

—Llevamos quinientos años de reconquista, demostrando al mundo que somos la reserva espiritual de occidente y que hay algo honorable en ser ignorantes y salvajes.

Mientras continuaban su paseo, vieron cómo se aproximaba por el otro lado una mujer sujeta del brazo de un hombre alto, vestido de esmoquin, como si ambos se dirigieran a una cena de gala.

Él la reconoció al instante. Lo hubiera hecho en cualquier lugar del mundo, aunque le hubieran sacado los ojos. Dalila pareció mirarle por unos instantes, pero después giró la cara y se aferró al hombre, como si le hubiera dado un escalofrío. Llevaba un traje de seda negro y un chal ligero, un bolsito rojo a juego con los zapatos de tacón.

Alfonso notó cómo le daba un vuelco el corazón y se giró al verla pasar. Raymond le miró sorprendido, no sabía lo que le sucedía.

—¿Has visto un fantasma?

—Querido amigo, creo que todos los demonios desatados del mismísimo infierno han salido esta noche para llevarme con ellos.

Capítulo 12

La pista de los papeles

Tánger, 7 de agosto de 1940.

Por la mañana el dolor de cabeza era casi insoportable. Después de una botella de whisky, varios vodkas y otras sustancias ilegales, Alfonso regresó al hotel tambaleándose por las calles de la ciudad dormida. Le habían echado del Tropicana a patadas por meterse con una dama y en algún punto del camino de vuelta perdió el conocimiento. El frío de la mañana le despertó junto al mar, no sabía cómo había llegado allí, pero estaba casi seguro de que le había llevado el dolor del desamor. No había nada más amargo que la pérdida del ser amado, tan solo la muerte podía superarla, porque en cierto sentido era la separación definitiva. Dalila se encontraba en Tánger, en una de esas coincidencias trágicas del destino, como si los dioses, en los que no creía y contra los que blasfemaba hasta en domingos de pascua, le escupieran a la cara. Era la única mujer que había amado y la única que nunca le había amado a él. Ella era el regalo envenenado de Cupido, la macabra broma del único dios al que admiraba de verdad, Baco.

Notaba cómo las sienas le vibraban, sentía los latidos como pinchazos y por nada del mundo deseaba estar sobrio del todo. El alcohol era lo único que podía hacer que la olvidase.

Llegó a la puerta del hotel con la corbata torcida, la camisa y el traje sucios y la barba afilando su mentón cuadrado. Subió hasta la suite y abrió la puerta con torpeza. Su compañero desayunaba en pijama en la terraza.

—¿Dónde diablos has estado toda la noche?

—Buscando a Dante, para que me sacara de su maldito infierno — contestó mientras se dirigía al baño. Tras una larga meada, se metió en la ducha y estuvo casi quince minutos hasta lograr reaccionar.

Salió algo más despejado, pero mucho más triste, como si la lucidez le robara la poca paz que le brindaba el alcohol, se tomó un zumo de naranja y un café cargado.

—Tenemos que interrogar a la criada —dijo al alemán.

—Después iremos al gobierno general, tienen que decirnos que contenía ese maldito informe. Me temo que puede tener relación con lo que

observamos en Ceuta. Esos hijos de puta, esos comerciantes de armas son sanguijuelas. Pueden percibir el olor de la sangre de lejos. Después iré a ver a un viejo amigo, él conoce todo lo que se cuece en la ciudad, seguro que ha escuchado algún rumor. Todo el mundo en Tánger debe estar al tanto de lo sucedido, me extraña que nadie viera a la mujer caminar por la Medina.

—Me parece estupendo, pero tenemos que irnos de inmediato. Siento lo de Dalila, pero espero que eso no te deje bloqueado, te necesito al cien por cien.

—No te preocupes, verla de repente me dejó perplejo, pero ahora lo importante es descubrir qué ha sucedido, quién lo ha hecho y qué le ha pasado a esa mujer.

Alfonso se puso un traje impoluto y se colocó las gafas de sol, para poder soportar la luz, sentía una resaca tremenda, como si le hubieran trepanado el cerebro la noche anterior. Apenas se acordaba de nada. Todo era confuso, pero durante algún instante en esa noche de alcohol y locura, había creído ver a Dalila en el Tropicana, pero después había desaparecido sin dejar rastro. Aquel era otro de los asuntos que trataría con su confidente. Quería saber qué hacía ella en la ciudad y quién era aquel hombre del que iba del brazo por el paseo marítimo.

Capítulo 13

Muñoz Grandes

Madrid, 7 de agosto de 1940.

—¡Son unos traidores! —dijo a gritos Raimundo Fernández Cuesta. El hombre parecía realmente enfadado, arrojó los papeles al suelo y varios secretarios comenzaron a recogerlos a toda prisa. Hacia unos meses que le había relegado de su cargo en el Ministerio de Agricultura y la secretaría del partido.

—Tiene que marcharse a Brasil. Son órdenes del Caudillo —le contestó sosegado Muñoz Grandes, el nuevo líder del movimiento, aunque todos sabían que quien movía los hilos del partido era Serrano Suñer.

—¿No ves lo que están haciendo? Nos están disolviendo dentro del estado como un azucarillo. Dentro de poco no serviremos ni para endulzar esta amarga victoria. José Antonio nunca habría aprobado estas condiciones, ya no queda nada de su proyecto político, únicamente la parafernalia y poco más.

—Es mejor que aceptes el encargo en la embajada, puede que las cosas cambien en un tiempo, pero por ahora Franco tiene un poder absoluto.

—¿No querrá ponernos al Borbón? —preguntó con desprecio Raimundo. Si odiaba a alguien en el mundo después de Serrano, al que consideraba un oportunista, era a los borbones.

—Ni borbones ni carlistas por ahora, pero si logramos que España entre en la guerra, con la ayuda de los alemanes y los italianos, cambiaremos el gobierno y pondremos uno enteramente falangista, pero por ahora tenemos que ser prudentes —dijo el general Muñoz Grandes mientras miraba de reojo a los secretarios que continuaban ordenando el desbarajuste.

—No te preocupes, son leales a la causa. ¿Crees que Franco aceptará las condiciones de los alemanes?

El general se quedó pensativo. Con Franco nunca se sabía qué pensar. Era tan enigmático como imprevisible.

—Muchos de nuestros generales están intentando frenar a los alemanes. Corren rumores muy preocupantes, Serrano parece a favor de la guerra, pero es otro oportunista. Ya sabes que en julio vino el almirante Canaris para proponer a Franco una operación para ocupar Gibraltar, aunque los alemanes

preferían retrasar un poco más la entrada en la guerra de nuestro país. Seguramente para estar a bien con los franceses, no pueden dejar sus tropas en el país si quieren marchar contra Rusia.

Raimundo se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa.

—No lo entiendo, en el discurso del 17 de julio ante el Consejo Nacional de la FE y de las JONS, el Caudillo dejó claro que España lucharía en los Campos de Europa. Canaris regresó unos días más tarde para trazar el plan para invadir Gibraltar.

—Por favor, retírense —dijo el general a los dos secretarios. Los hombres le miraron algo molestos, pero salieron del despacho y cerraron la puerta.

—Ya te he dicho que son de toda confianza, están con el partido desde el principio.

—Eso es lo que no entendéis los “camisas viejas”, ya no se puede confiar en nadie, ni en la hermana de José Antonio. Todo el mundo tiene un precio.

Raimundo se mostró enfadado por el comentario, pero sabía que en el fondo el general tenía razón. Muchos de sus camaradas se habían vendido por un puesto provechoso, alguna casa y cargos honoríficos. Todo se compraba y vendía en la nueva España; a nadie le importaba los ideales que los habían llevado al golpe de Estado y la guerra.

—Llegué hace unos días de Berlín, los alemanes están nerviosos, no logran doblegar a los británicos y eso es un gran inconveniente, están dispuestos a ceder en muchas de nuestras peticiones para que entremos en la guerra, pero los dos sabemos que Franco necesita un empujoncito, por eso es necesario aprovechar lo ocurrido en Marruecos. Seguro que el incidente nos ayudará a acelerar la entrada de España en la guerra.

El general puso una mano sobre el hombro de su compañero, ambos creían en lo mismo, pero el único que podía llevar a cabo el proyecto de convertir al país en un verdadero estado fascista era el general. El ejército era fundamental para lograr el milagro y sus compañeros no seguirían en esa aventura a un civil.

—Al final todo es cuestión de dinero —se lamentó Raimundo.

—Sí, ya lo sé, el que ponga más sobre la mesa se llevará la partida, por eso es tan peligroso lo que ha sucedido en Tánger, si los papeles caen en manos británicas ya podemos despedirnos de una intervención española y, sobre todo, de un giro en el Régimen. El principal obstáculo es Serrano, si logramos neutralizarle...

—No lo creo, Serrano es un simple peón de Franco, para ganar la partida hay que dar jaque mate al rey del tablero, pero necesitamos la ayuda del

ejército. La mayoría de las unidades de Falange están siendo licenciadas y desarmadas, dentro de poco no tendremos armas y estaremos a merced de ese pequeño y ridículo personaje.

—Raimundo, no te equivoques, Franco es mucho más peligroso de lo que parece, no seríamos los primeros que se quita de encima por molestos. Mira lo que le sucedió a Sanjurjo, a Mola y al mismo José Antonio, los tres desaparecieron en el momento más oportuno y dejaron el camino despejado a Franco.

Raimundo se puso las manos en la cara. Le costaba mucho entender cómo el golpe de estado del 36 se había convertido en una ridícula dictadura militar y clerical. Sin duda la muerte de José Antonio Primo de Rivera había sido una de las causas principales, pero también influyó que al Movimiento no le dio tiempo de crecer y desarrollarse, si el golpe se hubiera retrasado un par de años, la Falange se habría convertido en uno de los partidos más poderosos del país.

—Me iré a Brasil, pero en cuanto las cosas cambien hazme llamar, estaré encantado de quitarle el poder a ese gallego fanfarrón y amanerado, después de pegarle un tiro en su cara rechoncha.

Muñoz Grandes frunció el ceño. A pesar de sus dudas sobre la capacidad de Franco para gobernar el país, le respetaba como soldado. Para él no era nada personal, simplemente deseaba que España se alineara con los futuros dueños del mundo y recuperara su papel en la historia.

Capítulo 14

La esposa

Tánger, 7 de agosto de 1940.

El sol brillaba con tanta fuerza que Alfonso sentía cómo los rayos atravesaban sus gafas de sol y se le clavaban directamente en el cerebro. Había tomado una aspirina, pero apenas notaba el efecto. Caminaba un par de pasos detrás de su compañero, mientras el bullicio de la ciudad vieja parecía devorarlos lentamente, como a dos molestos intrusos. Llegaron cerca de la Medina, al portalón de la casa del asesor del cónsul asesinado y llamaron un par de veces, un hombre vestido con una chilaba completamente blanca y un turbante blanco sujetado por una cinta negra les abrió.

—Buenos días, queremos ver a la criada, tenemos que hacerle unas preguntas —dijo Alfonso directamente en español. La mayoría de los habitantes conocían tanto el francés como el español a la perfección, aunque en la ciudad prevalecía el primero.

—Está en la cocina —comentó el hombre con acento francés y los dejó pasar.

Entraron a una galería corrida que rodeaba un gran patio repleto de plantas y un pozo en el centro. Caminaron por el lado derecho y, antes de llegar a la cocina, el aroma del estofado que estaba cocinando la mujer hizo que les comenzaran a sonar las tripas.

—Buenos días, aunque tal vez debería decir buenas tardes —comentó Alfonso—. ¿Qué es eso?

—Es un tajín, señor —contestó la criada algo asustada. No eran los primeros que la interrogaban, pero no esperaba que nadie la asaltase de aquella manera en medio de la cocina.

—¿Para quién está cocinando? —preguntó el alemán extrañado.

—Esta tarde llega el nuevo señor, lo envían desde el consulado alemán —les explicó la criada en un rudimentario español.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas —le pidió Raymond.

La mujer frunció el ceño, tenía un tatuaje justo en la frente, pero el velo lo cubría casi por completo.

—¿Qué sucedió el día en el que falleció su jefe?

La criada dejó la cuchara de palo con la que estaba removiendo el guiso, se limpió las manos en un impoluto mandil blanco y se cruzó de brazos. Sus ojos color caramelo se giraron hacia arriba y comenzó a relatarles la llegada de un desconocido, que poco después de media hora se marchó. Después la visita de la desaparecida, los gritos y la intervención de la policía.

—¿Había visto alguna vez a ese individuo? —preguntó el alemán.

Alfonso miró de nuevo el guiso, parecía realmente sabroso, apenas había tenido tiempo para llevarse nada a la boca.

—Nunca había visto antes a ese hombre.

—¿Cómo era su aspecto?

—Era europeo, tenía poco pelo, la barba pelirroja y vestía de negro.

—¿Le escuchó hablar? —preguntó Alfonso.

—Muy poco.

—¿Cómo era su acento?

La mujer se quedó pensativa. En Tánger podían escucharse media docena de acentos, pero no lograba dar con ninguno parecido.

—Alemán, francés, italiano...

—No, señor. No era de esos.

—Español, inglés, árabe...

—Portugués —comentó Raymond.

La mujer frunció el ceño e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Portugués? —preguntó de nuevo Alfonso.

—Bueno, al menos tenemos una pista de su aspecto y su procedencia —añadió el alemán.

—¿La mujer había venido en otras ocasiones por aquí?

—Dos o tres veces, pero no mucho, el que venía más era su marido, un español.

—¿Qué pasó aquella tarde? ¿Por dónde se fue la mujer?

—Yo le abrí la puerta, estaba sola. Subió a la primera planta, se asustó y bajó gritando. No sabía lo que pasaba, pero corrió hacia la puerta y salió en dirección a la mezquita.

—Muchas gracias —dijo Raymond, después salieron de la cocina y subieron a la planta superior.

Un pasillo corrido comunicaba todas las estancias. Llegaron hasta el dormitorio principal, todo se encontraba limpio y ordenado.

—Ya han recogido todo. Es inútil.

—No, creo que hay algo que explica que el asesino matase al diplomático —comentó Alfonso.

—¿El qué? —preguntó extrañado el alemán.

—Piénsalo bien. ¿Por qué recibir a un extraño en tu alcoba? Hay una buena razón.

—Eran amantes.

—Creo que pretendían serlo. El esposo de Ana de Moncayo le era infiel con hombres, era homosexual como el señor Demian von Burkhard. Sin duda el espía que le mató le conoció en algún lugar de ambiente de la ciudad. Esta tarde iré a ver a mi contacto. Imagino que conoce todos esos locales.

Raymond afirmó con la cabeza. No era una cosa descabellada suponer que el asesino había engañado a su víctima a través de la sección. Si lograban identificarle, salvarían a la mujer y recuperarían los papeles.

Salieron de la casa a la hora de más calor, pero de repente el cielo se nubló y comenzó a caer una intensa tormenta. Escucharon varios relámpagos y se refugiaron en uno de los soportales, Alfonso vio que brillaba algo en el suelo junto a la pared. Lo recogió y examinó por unos momentos.

—¿Qué has encontrado? —preguntó su compañero.

—Creo que fue en este mismo lugar donde atacaron a la mujer, debió forcejear y se les cayó una insignia.

El español se la mostró al alemán. Este le miró sorprendido.

—Es el símbolo de las SS —dijo mientras tocaba con la yema de los dedos la calavera.

—¿Las SS son uno de los cuerpos de élite del partido nazi? ¿Verdad?

—Sí —contestó sorprendido Raymond.

—Creo que Ana no está en manos del asesino. Algunos de tus compatriotas la secuestraron para sacarle información.

Raymond no salía de su asombro. Aquello significaba que los que habían secuestrado a la mujer y el asesino eran dos facciones distintas. Lo que complicaba mucho más la resolución del caso. Su jefe, Herman Göring, estaría muy interesado en descubrir qué hacían las SS metiendo sus narices en aquel asunto. Él era la mano derecha de Hitler y su principal asesor militar, si Himmler estaba planeando algo a sus espaldas se pondría furioso.

Caminaron por las serpenteantes y estrechas calles, regresaron a la zona occidental y llegaron a una amplia plaza custodiada por altas palmeras. Ya había pasado la lluvia, pero las calles parecían ríos desbordados. Llegaron ante la fachada estilo francés del gobierno general y un sargento del ejército les pidió que se identificasen. Les permitió el paso y subieron por unas escaleras hasta el recibidor. Un funcionario con camisa de manga corta y corbata los miró a través de sus anteojos e indicó con desgana las escaleras.

—Planta primera, pregunten por el despacho del comandante Antonio Yuste.

Ascendieron las escaleras y caminaron por el suelo de madera hasta la mesa en la que había un soldado joven revisando unos papeles.

—El comandante los espera —dijo mientras se ponía en pie y les abría la puerta.

Caminaron por el despacho en penumbra, un hombre fumaba un puro en medio de la penumbra.

—Disculpen la oscuridad, pero tengo un terrible dolor de cabeza. Por desgracia he heredado las jaquecas de mi pobre padre. Siéntense, creo que ya se instalaron en Tánger y han comenzado sus investigaciones.

—Sí, mi comandante —contestó Alfonso en tono militar.

—¿Han logrado averiguar algo nuevo? Como ya habrán descubierto esos papeles son de vital importancia. Creemos que la esposa del estúpido señor Moncayo los robó y se los entregó a ese alemán.

—Sabemos que el asesino y ladrón era portugués, también creemos que a la mujer la secuestraron unos alemanes, seguramente miembros de las SS.

El comandante tosió, se enderezó en la silla y los escrutó en la oscuridad. El humo cubría sus facciones.

—¿Los alemanes? Joder, ¿acaso no son nuestros malditos aliados?

—Bueno, tal vez nos ven demasiados reacios a entrar en la guerra e intentan provocar algún tipo de incidente con Inglaterra o el protectorado francés —contestó Raymond.

El comandante miró fijamente al agente alemán, como si le molestase que opinara en una cuestión como aquella.

—Tienen que dar con esa mujer antes de mañana a esta hora, necesitamos averiguar lo que sabe, pero lo más importante son los papeles. Vigilamos todos los accesos a la ciudad y cualquier vía de escape. Facilitaré su descripción a mis hombres —dijo el comandante, mientras tomaba nota en una gran agenda de piel.

—¿Necesita algo más, mi comandante? —preguntó Alfonso.

El hombre hizo un gesto con la mano para que se retirase, pero justo al llegar a la puerta el español se giró y le preguntó:

—¿Sabe que Johannes Bernhardt está en este momento visitando al sultán Mohammed V?

El comandante no contestó a la pregunta, pero dio un profundo suspiro, sabía que aquel hombre era un conspirador, cuyo único interés era hacerse

rico con la venta de armas. Su única lealtad era con el dinero y cuanto más pudiera conseguir, más poderoso se hacía.

—Imagino lo que puede estar haciendo, no se preocupen, la corte del sultán está cuajada de hombres a nuestro servicio.

Capítulo 15

En el ojo del huracán

Tánger, 7 de agosto de 1940.

Alfonso ya había disfrutado del ambiente nocturno de la ciudad, aunque apenas se acordaba de nada, aquella noche no buscaban precisamente entretenerse con los exóticos placeres de Tánger. Buscaban a uno de los confidentes del español. Se habían conocido durante su etapa de comisario en Santander, antes de que comenzase la Guerra Civil y terminara en el bando nacional. Dos años atrás habían coincidido en Tetuán, donde residía su viejo camarada, pero, tras la victoria franquista, se había refugiado en la que hasta hacía unas semanas era una ciudad internacional, sin control directo de los españoles.

—Hola Clemente —dijo Alfonso sentándose en el reservado del local a la orilla del mar.

—Será mejor que no alces la voz, nunca se sabe quién puede estar escuchando en cada esquina. Esta ciudad ya no es lo que era, ahora es un maldito nido de ratas.

—Siempre igual, no te fías de nada ni de nadie —bromeó el español.

El hombre miró desconfiado a Raymond, Alfonso le hizo un gesto para que se relajase.

—Es un camarada, me ayuda en la investigación, no te preocupes por él.

—¿Qué no me preocupe? Es lo único que puedo hacer, desde que el gobierno de Franco se hizo con el control de la ciudad decenas de camaradas están cayendo en sus redes. Llevábamos meses dando cobijo a gente que escapaba de la Península, primero en Ceuta, hasta que pudieran escapar hasta aquí, pero vuestros servicios secretos han desarticulado toda la red. No me extrañaría nada que hubieras sido tú. No sé cómo me fío de ti.

—Tranquilo, ya sabes que yo únicamente trabajo por interés, me importa un bledo si esto es un nido de rojos, la mitad de mis viejos amigos lo son, el único bando por el que lucho es el mío.

Raymond ya estaba acostumbrado a aquellos comentarios de sus compañeros, sabía que eran en parte verdad, pero no dudaba que hubiera traicionado a antiguos amigos o camaradas, si eso podía beneficiarle en algo.

—Bueno, no quiero robarte mucho tiempo. Imagino que conoces el incidente del asesinato del diplomático alemán.

—No se habla de otra cosa en la ciudad. Todos sabían que era homosexual y que se movía en ambientes poco recomendables. En esta ciudad hay lugares realmente sórdidos, por algo de dinero un occidental puede conseguir lo que quiera.

—Ya lo sé, pero quiero que nos enseñes algunos de esos garitos. Al parecer su asesino era un portugués pelirrojo, un tipo fornido, con poco pelo. A la mujer la retienen unos alemanes, seguramente de las SS.

El hombre le miró sorprendido. Los españoles estaban comenzando a ser acosados por los nazis en la Francia ocupada y las SS era la principal de sus pesadillas.

—Hay dos locales de ese tipo en el que se reúnen occidentales, pero creo que vuestro amigo era mucho más sórdido: visitaba un antro de perdición cerca del Gran Zoco, cerca de la Rua de la Playa, se llama Sodoma, por el nombrecito podéis imaginar.

—Está bien, tomo nota. ¿Sabes dónde puede tener las SS su cuartel general en la ciudad? —preguntó Alfonso mientras pedía una cerveza a uno de los camareros.

—Bueno, mi red me ha asegurado que un grupo de alemanes se ha establecido en una villa en la zona del cementerio judío, parece una paradoja, pero a veces los nazis son así de morbosos. La villa se llama Margot, una casa pintada de amarillo pastel y rodeada de limoneros.

—Te prometo que intentaré sacar a algunos de tus amigos, mi jefe sabrá recompensar tu colaboración.

—Gracias, Alfonso. Aún me acuerdo de Santander, aquellos veranos gloriosos de los años veinte. ¿Quién nos iba a decir que todo acabaría de esta manera? España nunca volverá a ser la misma. Este maldito cabrón se morirá en la cama, ya no queda nadie en el país que tenga cojones de pegarle dos tiros.

Alfonso se encogió de hombros, no le gustaba meterse en política, era mejor hacer su trabajo, intentar reunir una pequeña suma de dinero y jubilarse en algún lugar del norte.

Se pusieron en pie, pero antes de lograr salir del local, Alfonso vio a una preciosa mujer rubia vestida con un hermoso traje negro ajustado con escote palabra de honor.

—Dalila —dijo en alto inconscientemente. Parecía que estaba sola. Le pidió a Raymond que le esperara y se dirigió hasta ella.

La mujer se giró justo cuando él estaba a poco más de dos pasos. No hizo ningún gesto de sorpresa, tampoco de molestia o simpatía. Actuó fríamente, como si fuera un completo desconocido.

—Dalila, nunca imaginé que te encontraría en un lugar como este.

—Los caminos del Diablo son inescrutables.

Aquellas palabras le helaron la sangre. Alfonso no era precisamente un hombre mojigato, pero aquella mujer le había robado el alma una vez o al menos lo poco que le quedaba de ella al pasarse al bando enemigo.

—Estás muy lejos de tu tierra —insistió más por obstinación que por verdadero interés. No le importaban los motivos por los que se encontraba en la ciudad, pero sí le torturaba tenerla tan cerca y sentirla tan lejos.

—Me he casado de nuevo, a mi esposo le han destinado al consulado de Rabat, pero esa ciudad es muy aburrida. Allí los imanes tienen mucho poder y no permiten el alcohol y la vida nocturna. ¿Qué te trae a ti por Tánger?

—Trabajo, ya sabes, siempre viajando de un sitio para el otro.

—No veo mucha diferencia entre el amor y el trabajo, las dos son actividades de las que esperamos sacar beneficios a corto plazo.

—No siempre, princesa. A veces el amor es una forma moderna de esclavitud.

—De eso los hombres sabéis mucho, aunque nunca admitís que una mujer pueda entrar en vuestro mismo juego.

Alfonso intentó disimular su nerviosismo, pero tenía la boca seca y una desazón que le hizo dar un paso hacia delante y darle un largo beso. A veces la única forma de no ahogarse era sumergirse debajo de la gigantesca ola que le venía encima.

Ella se apartó entre furiosa y sorprendida. Se le había olvidado el dulzor de sus labios y las noches de pasión que habían pasado en España unos años antes.

—No soy de las mujeres que se quedan esperando en casa a su maridito. Nunca habría funcionado.

—Lo sé, pero al menos lo intentamos —dijo Alfonso mirándola por última vez y girándose para marcharse.

—Hola Dalila, ha pasado mucho tiempo —dijo el alemán que había caminado hasta su compañero con la intención de rescatarle de las redes de aquella mujer fatal.

—Estamos todos, el alemán, el español y la italiana.

—Nos tenemos que ir.

—Espero que nos volvamos a ver. ¿Dónde te alojas?

—Será mejor que no te lo diga —contestó la mujer.

—Lo averiguaré —respondió Alfonso, mientras su compañero le tiraba del brazo.

Salieron del local y caminaron por la calle adormecida hasta el coche que habían alquilado. Se dirigieron directamente al Sodoma, esperaban averiguar más sobre el asesino. No tardaron mucho, en quince minutos habían aparcado a unos veinte metros. Lo primero que le sorprendió fue la discreción del lugar. Nada de carteles ni rótulos, únicamente una puerta negra con un pomo dorado, un gorila en la puerta y unas ventanas con cristales de colores de las que salía un leve murmullo.

—Señores —dijo el matón de la puerta al verlos acercarse.

—Buenas noches, veníamos a tomar una copa —dijo Alfonso, mientras le pasaba unos francos.

—Lo siento, pero este es un local privado. No se admiten a personas ajenas —comentó el tipo mal encarado, con barba de un día y un traje demasiado estrecho para su inmenso cuerpo.

—Somos de la policía y si nos tocas los huevos, te aseguro que tendrás que pasarte una semana en el hospital.

—¿La policía? Aquí no viene la policía, ellos saben que el club es privado y que en él hay gente prominente de la ciudad.

Alfonso no respondió al tipo, se limitó a pegarle una patada en los huevos y, cuando se dobló de dolor, le dio un rodillazo en la cara que le hizo sangrar como a un cerdo el día de San Martín.

Empujaron la puerta y entraron directamente por un pasillo a un salón pintado de rojo, los sillones de cuero negro y las mesitas redondas eran toda la decoración. Se aproximaron a la barra y le preguntaron directamente al camarero, un musulmán vestido con una camisa blanca, un chaleco y una pajarita.

—Necesitamos información sobre un cliente, un alemán llamado Demian —le soltó al camarero.

El hombre negó con la cabeza, como si no le entendiese. Un grupo tocaba música lenta, mientras varias parejas de hombres bailaban agarrados.

—¿Estoy hablando en chino? No, ¿verdad? Creo que soy muy claro, ese tipo está muerto y al parecer se veía con un pelirrojo, algo calvo y de origen portugués. ¿Lo viste alguna vez?

El tipo intentó alejarse de la barra, pero Alfonso lo agarró por la solapa y lo arrastró tirando vasos y botellas a su paso. La música cesó de repente, pero él se giró y gritó:

—¡Que no decaiga la fiesta!

La banda comenzó a tocar de nuevo y el español miró a la cara ensangrentada del camarero.

—Está bien, señor. Ese tipo vino dos o tres veces, le llamaban José de Sousa, se alojaba en un hotel de mala muerte cerca del pueblo, pero hace días que no le veo.

Alfonso soltó al camarero y se giró hacia su amigo. En ese momento vio a dos matones acercándose hacia ellos con porras, pero antes de que intentaran agredirlos, sacó su pistola y los encañonó. Los hombres levantaron las manos y tiraron las porras al suelo.

Salieron del local en dirección al coche, Alfonso se sentó al volante y pisó el acelerador a fondo.

—¿A dónde vamos?

—Antes de buscar a ese maldito portugués, será mejor que rescatemos a nuestra dama en apuros.

—¿Sin refuerzos?

—Tú eres alemán, les pediremos amablemente que nos devuelvan a la mujer. Seguro que ya le han sacado toda la información que querían. Esta noche tenemos que dejar el caso resuelto —comentó Alfonso mientras el coche atravesaba la ciudad silenciosa y brillante, y la luna se reflejaba en la profunda oscuridad del mar.

Capítulo 16

Escapando hacia Lisboa

Tánger, 7 de agosto de 1940.

Estaban a punto de dar las doce de la noche cuando llegaron a las inmediaciones de la finca. Una tapia baja rodeaba todo el recinto y, por lo que pudieron comprobar al aproximarse, aún había luz en algunas de las ventanas.

—Están despiertos —dijo preocupado Raymond. Desconocían cuántos individuos podían encontrarse en la casa. Era una locura asaltarla sin más, sin saber lo que había en su interior.

—No creo que sean más de dos o tres. Únicamente tienen que vigilar a una mujer indefensa.

Las palabras de su compañero no le convencían demasiado, pero saltaron la tapia y se acercaron con cuidado hasta la casa. Miraron por una de las ventanas, pero los cristales estaban sucios y las cortinas en parte echadas.

—Tú entra por la puerta principal hablando en alemán, espero que eso al menos los entretenga, después yo entraré por la puerta de atrás. Espero que la sorpresa les impida reaccionar.

—No me gustaría tener que matar a agentes de las SS, nunca me lo perdonarían —comentó el alemán incómodo.

—No vamos a matar a nadie.

Sacaron las armas y cada uno se colocó en su puesto. Raymond comprobó la puerta y la llave no estaba echada, abrió lentamente el pomo y después empujó la hoja con suavidad. Apenas había introducido un pie, cuando alguien la empujó con fuerza desde dentro, tuvo que aplicar toda la fuerza que pudo para lograrla abrir. Se vio de frente con un tipo rubio, con cara de bulldog. El SS intentó sacar su arma de un cinto que le colgaba a un lado del costado, pero Raymond fue más rápido y le dio un fuerte cabezazo en la nariz. No tardaron mucho en acudir dos compañeros para socorrerlos. Raymond los apuntó con su arma e intentó tranquilizarlos.

—¡Maldita sea! Soy agente de la Abwehr, no os mováis.

Los tipos se quedaron parados al escucharle hablar en su idioma.

—¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó el que parecía estar al mando.

—¿Tenéis retenida a una mujer española?

Los tres se miraron confusos, como si no supieran qué responder.

—¿Sí o no? No quiero perder más tiempo.

Entonces un cuarto tipo salió de uno de los cuartos con una ametralladora en la mano, estaba apretando el gatillo cuando se escuchó un disparo y se derrumbó en el suelo de baldosas de barro.

—¿Qué has hecho? —increpó el alemán a su compañero, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—¿No querrías que le dejara que te matase?

—¡Al suelo! —gritó Raymond al resto del grupo.

Alfonso registró las habitaciones hasta que dio con la mujer. Estaba atada y amordazada, tenía la ropa revuelta y una brecha en la cabeza, pero en general parecía encontrarse en buena forma.

—Señora Ana Sanz de Moncayo.

La mujer afirmó con la cabeza, con la mordaza todavía en la boca. El hombre se la quitó y le desató las manos.

—Gracias —le dijo entre lágrimas—. Creía que no salía viva de esta.

Tuvo que ayudarla a caminar. Tenía las piernas dormidas y le dolía todo el cuerpo.

—¿Qué hacemos con estos? —preguntó el alemán cuando Alfonso se paró en el umbral de la puerta.

—Te diría que te los cargaras, pero... enciérralos en uno de los cuartos y larguémonos a toda prisa. Aún tenemos otra misión que cumplir.

Raymond los desarmó y los metió en el único cuarto que no tenía ventanas, donde habían encerrado a la mujer, cerró con llave y corrió hacia el coche. Cuando llegó su amigo ya tenía el motor en marcha y el vehículo salió a toda velocidad en medio de una gran nube de polvo.

—Lamentamos no haberla encontrado antes —dijo el alemán girándose hacia la mujer. La española lloraba de alegría, aún temblaba de miedo, pero poco a poco logró calmarse.

—Esos tipos me secuestraron al salir. Sabía dónde podía estar el asesino, aquel tipo pelirrojo había estado tonteando con mi marido, ya sabrán...

—Sí, señora —dijo Alfonso mirándola por el retrovisor.

—Me dirigía al lugar en el que se alojaba, muy cerca de la residencia de Demian, pero al llegar vi que una mujer rubia hablaba con él y este le entregaba algo pero, antes de que pudiera reaccionar, estos tipos me atacaron, forcejeé un poco, pero me metieron a la fuerza en su coche.

—¿Una mujer rubia? —preguntó sorprendido Alfonso. Parecía que cada vez que una pista los acercaba a su objetivo, otra los alejaba de nuevo.

—Sí, muy guapa y elegante. Les escuché decir algo de un vuelo a Lisboa. El próximo vuelo a Lisboa.

Los dos compañeros se miraron sorprendidos.

—La dejaremos en la policía, tenemos que ir cuanto antes al aeródromo.

—Muchas gracias —les contestó la mujer entre lágrimas. Después se recostó en el asiento e intentó calmarse un poco.

A los pocos minutos dejaron a la mujer en la comisaría, pidieron a los policías que llamasen a su marido y salieron hacia el pequeño aeródromo que hacía las funciones de aeropuerto de la ciudad. No había muchos vuelos. Alguno a España y otros pocos a Italia, Portugal y otras partes de Marruecos.

Cuando llegaron al aeropuerto se dirigieron directamente a la pequeña sala de espera, allí un conserje medio adormilado intentaba mantenerse despierto.

—¿Cuándo sale el próximo vuelo a Lisboa?

—¿El próximo vuelo? Únicamente hay un vuelo semanal a Lisboa, y es ese avión que está a punto de despegar...

No dejaron que terminase la frase, corrieron hasta la pista y agitando los brazos intentaron llamar la atención de los auxiliares de vuelo para que no retirasen la escalerilla y cerraran la puerta.

Una de las azafatas los vio correr a lo lejos y colocó de nuevo la escalerilla.

—Hola, ¿es este el vuelo a Lisboa?

—Sí, señor. ¿Tenían hecha alguna reserva?

—No, pero podemos pagarles en un momento —contestó Alfonso.

—No se preocupen. Hay sitios de sobra, en estas fechas no hay muchos pasajeros que regresen a Portugal.

Subieron al avión, el interior estaba poco iluminado, la mayoría de los pasajeros intentaba descansar, para lo que sería una larga noche de vuelo.

—Siéntense. Después les cobraré los billetes.

Los dos se pusieron en una de las primeras filas. La azafata cerró la escotilla y el avión comenzó a moverse muy lentamente. Unos minutos más tarde ya estaba en pista, puso al máximo sus cuatro motores y su fuerza hizo que vibrase todo el aparato. Alfonso miró por la ventanilla cuando el avión tomaba fuerza y se despegaba del suelo camino de Lisboa. No habían informado a nadie de su misión, apenas les quedaba dinero y viajaban con lo puesto. Si la pista que les había dado la mujer secuestrada era falsa, estarían a cientos de kilómetros del asesino y ya no podrían detenerlo.

2ª Parte: Berlín

Capítulo 17

El último avión

Sobre el Estrecho, 8 de agosto de 1940.

Alfonso le hizo un gesto a su amigo y este se levantó. El avión llevaba más de una hora sobrevolando el mar cuando comenzó a caminar hacia la parte trasera observando cada uno de los asientos. Al menos había una treintena de pasajeros, la mayoría hombres de negocios o empleados diplomáticos. Había una pareja muy acurrucada que parecían novios recién casados tras su luna de miel, dos mujeres que viajaban juntas y una última que parecía adormecida con la cara pegada a la ventana y un pañuelo que le cubría por completo el pelo.

El hombre regresó a su asiento y le dio un codazo a su compañero que parecía medio adormecido.

—¿Has visto algo? —le preguntó medio aturdido.

—No estoy seguro, hay una mujer solitaria, pero tiene el pelo cubierto y mira hacia la ventana, otras dos que viajan juntas y una pareja de novios.

—Será mejor que esperemos a la llegada del vuelo a Lisboa.

—Cuando todos salgan del avión no será fácil elegir a quién seguir —dijo Alfonso enfadado, al principio había pensado que sería sencillo atrapar a la espía.

—Nos quedaremos sentados y cuando amanezca podremos verlos mejor a la luz del día. En cuanto veamos a la sospechosa no se nos escapará.

Alfonso no parecía muy convencido, pero se encontraba tan agotado que en cuanto se quitó el sombrero y se apoyó en la ventana se quedó profundamente dormido.

Su sueño fue muy extraño. Alguien le perseguía por las calles de Londres, por más que intentaba esquivarle, siempre daba con él. Cuando al final logró alcanzarle, se trataba de su padre.

En cuanto el sol comenzó a penetrar por las ventanas del avión, Alfonso se despertó sobresaltado. Raymond continuaba durmiendo como un bendito. La azafata, que la noche anterior apenas había logrado intuir, se le acercó con un café en la mano.

—¿Lo quiere con leche?

—Sí, por favor —dijo mientras miraba de arriba abajo a la atractiva mujer.

—De nada, caballero.

—¿Es usted portuguesa? —le preguntó mientras acercaba la taza humeante a los labios.

—No, soy francesa. Esta línea lleva muy poco en funcionamiento. Vivía con mi novio en Lisboa y decidí...

—¿Su novio?

—Bueno, realmente es mi exnovio, pero me he quedado a vivir en Portugal, es un lugar maravilloso, tranquilo y con buen clima. Imagine, con lo que ha sucedido en mi país es lo mejor que podía hacer. Esa gente, los nazis, me parecen muy peligrosos. Dicen que matan a los judíos y yo, por parte de padre, soy medio judía.

—Lo entiendo.

—El trabajo es sencillo. Somos dos azafatas, nos turnamos por la noche y cuando nos queremos dar cuenta estamos en casa.

Raymond abrió uno de sus ojos claros y miró a los dos, tenía un fuerte dolor de cabeza y no quería ni pensar en cómo le explicaría a sus superiores que habían matado a un miembro de las SS.

—¿Le traigo un café a usted, señor?

—Sí, por favor —dijo desperezándose.

—Has dormido como un bendito.

—Lo necesitaba. ¿Cuánto queda para que llegemos a nuestro destino?

—Ves aquello de allí, es Lisboa. Me imagino que en unos cuarenta minutos estaremos aterrizando.

El alemán se asomó por la ventanilla, el paisaje era espectacular, bosques intermitentes, montañas y campos de cultivo.

—Nunca he estado en Portugal —comentó el alemán.

—Un lugar maravilloso para pasar unas vacaciones, pero creo que sería demasiado monótono para mí —le contestó Alfonso apurando el café.

La azafata les trajo unos bollitos de Belén portugueses y otro café. La comida y la bebida parecieron regenerar en parte sus fuerzas. El avión comenzó a descender y no tardó mucho en aterrizar en el aeropuerto de Lisboa.

Tal y como habían planeado se quedaron sentados para observar a todas las mujeres que descendían del avión. Primero pasó la pareja, pero la mujer tenía el pelo castaño y la descartaron desde el principio; después las dos mujeres que viajaban juntas y por último la mujer del pañuelo. Llevaba gafas

de sol y el pelo cubierto. Alfonso se puso en pie e hizo como si tropezara con ella, le quitó el pañuelo y se disculpó. Unos mechones negros colgaron de los lados de su rostro.

El español se volvió a sentar confuso. No había en el avión nadie con las características de la espía, tal vez se habían precipitado al tomar el avión sin revisar el pasaje.

—No está en el avión —dijo frustrado Raymond.

—Lo que significa que somos unos estúpidos —señaló Alfonso.

La azafata los miró sorprendida, al ver que no se movían de sus asientos, comenzó a recoger sus cosas y se dirigió a ellos.

—Ya hemos llegado señores, bienvenidos a Lisboa.

—Gracias, pero tenemos una duda. ¿No hay más pasajeros en el avión?

—No, ya han salido todos. Ya les comenté que éramos cuatro de tripulación y las personas que han bajado ya a la pista.

—¿Dónde está la otra azafata? —preguntó inquieto Alfonso.

—Ha salido por la puerta trasera, me comentó que tenía mucha prisa, es nueva y...

Alfonso miró por la ventana y vio a una mujer rubia vestida de azafata caminar a toda prisa en dirección a la terminal. Se puso en pie y se dirigió a la salida.

—¿Dónde vas? —le preguntó su compañero sorprendido.

El español no se molestó en contestarle, apartó a la azafata y corrió a las escalerillas. Su compañero le siguió y ambos corrieron por el asfalto hacia la terminal.

—¿Dónde diablos vas?

—Era la maldita azafata, casi se nos escapa.

Siguieron a la mujer a cierta distancia, a la salida del aeropuerto paró un taxi; ellos tomaron el siguiente.

—Siga a ese coche —dijo Alfonso mientras apenas prestaba atención al aeropuerto de Portela, recién inaugurado unos meses antes. La ciudad se había convertido en uno de los puntos de comunicación más importantes con América. Desde el aeropuerto marítimo del río Tajo, el Cabo Ruivo, salían los hidroaviones para América.

La ciudad estaba medio colapsada, desde el mes de junio era la sede de la Exposición del Mundo y miles de visitantes, a pesar de la guerra, viajaban a la ciudad para visitar la exposición.

El coche se detuvo en la Praça Rossio. Pidieron al taxi que parase y salieron detrás de la mujer. La mujer caminó hasta el Elevador de Santa Justa,

los dos hombres entraron antes de que se cerrasen las puertas. Ella les daba la espalda, cuando salió en Barrio Alto entre la multitud, no le perdieron la pista. Al final de una calle, abrió la cancela de un jardín y entró en una casa.

Los dos agentes se quedaron enfrente. Desde una placita cercana se veía parte de la ciudad y el mar a lo lejos. Alfonso encendió un cigarro y se apoyó en uno de los árboles.

—¿No entramos? —le preguntó impaciente su compañero.

—Tenemos dos opciones: entrar en la casa y quitarles los papeles secretos o esperar y ver a quién quiere entregárselos. Podemos saber quién ha montado toda la operación.

—Pero corremos el peligro de que se nos escape.

—No creo, esa es la única salida. Imagino que se duchará, dormirá un poco y saldrá por la tarde. Nos sentaremos en la terraza de ese café a esperar.

Raymond no estaba muy convencido del plan de su amigo, pero era consciente de que si querían llegar al fondo del asunto, antes debían averiguar para quién eran aquellos papeles.

Mientras el sol del verano comenzaba a calentar el ambiente y la brisa marina apenas lograba refrescarles un poco, Alfonso pensó en Tánger, habían tenido que salir precipitadamente, sin advertir a sus jefes, sabía que tenían agentes en Lisboa, pero no quería apartarse de la casa. Si necesitaban que los sacaran urgentemente del país, al menos podrían contar con algo de ayuda.

Capítulo 18

La ciudad de la luz

Lisboa, 8 de agosto de 1940.

Las horas se les hicieron interminables pero, justo cuando estaban comenzando a desesperarse, la mujer salió de la casa. Tenía unas grandes gafas de sol, un pañuelo que le cubría el pelo, aunque dejaba escapar algún mechón rubio, y un gran bolso. Llevaba un vestido ligero y, en cuanto la vieron aparecer de lejos, comenzaron a seguirla a cierta distancia. La mujer bajó hacia el centro de la ciudad caminando. Lo hacía sin prisa y con cierto garbo a pesar de sus zapatos de tacones y lo inestable del suelo empedrado. En un momento inesperado saltó a un tranvía de color amarillo y los dos hombres tuvieron que correr para no perderla de vista, al final lograron subir y quedarse con medio cuerpo fuera en la parte trasera del vagón.

La mujer se apeó cerca de la Praça do Comercio. Vieron que cruzaba y entraba en una calle cercana al mercado. El edificio parecía corriente, pero sin duda aquel era el lugar. La sospechosa entró en un edificio viejo y algo cochambroso —Lisboa parecía en muchos lugares una ciudad en guerra—, sus zapatos se escuchaban taconear hasta la tercera planta. Ellos subieron los escalones de dos en dos y justo, cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, Alfonso introdujo el pie y empujó con fuerza. La hoja golpeó a un hombre no muy alto, con un bigote rubio y el pelo engominado. La mujer corrió hacia el interior y, mientras Raymond forcejeaba con el hombre, Alfonso corrió tras ella. La alcanzó en uno de los salones, ella intentó resistirse, pero cuando se le cayeron las gafas, Alfonso la contempló sorprendido.

—¡Dalila! ¿Qué estás haciendo aquí?

La mujer pareció tranquilizarse al reconocerle, pero antes de que ambos reaccionaran, escucharon voces y después un gemido. Dalila intentó salir al balcón, pero él se lo impidió.

—No hagas ninguna tontería.

Raymond entró en el salón con el traje revuelto y la cara amoratada.

—Lo he matado, no entraba en razón. Tenía las manos hinchadas y la mirada perdida.

—No podremos interrogarle, pero tenemos a... Dalila.

El alemán frunció el ceño sorprendido. Era la última persona que esperaba ver allí.

—¿Desde cuándo trabajas para los portugueses? —preguntó Raymond.

—¿Puedo fumar? —preguntó la mujer sacando un cigarro de una pitillera de plata. Después se sentó en el sofá y se cruzó de piernas.

Los dos hombres la imitaron.

—No vendrá nadie en un rato —les dijo la mujer. Parecía tranquila, pero las manos le temblaban un poco.

—¿Para quién trabajas? —le preguntó Alfonso.

—Para el mejor postor, son simples negocios. El gobierno portugués estaba muy interesado en los papeles de Tánger, creía que su país podía estar en peligro, no se fía de los nazis, pero los ingleses tenían sus dudas.

—Entiendo —dijo Alfonso encendiendo otro cigarro.

—Bueno, ¿qué pensáis hacer conmigo? —preguntó la mujer intentando disimular su temor.

Los dos hombres se miraron. No habían pensado en nada, una vez que recuperasen los papeles, pero si dejaban a la mujer suelta podía delatarlos antes de que abandonasen el país.

—¿En esta casa hay teléfono?

—No lo sé, es la primera vez que vengo aquí.

—Entonces, ese tipo era un agente británico —dijo Raymond recuperando un poco la calma.

—Era un agente portugués que trabajaba para los británicos.

—Si se enteran los servicios secretos de aquí, podemos encontrarnos en un buen lío.

Alfonso se puso en pie y buscó el teléfono por la casa, al final encontró uno colgado del pasillo junto a la cocina. Marcó el número de los servicios centrales en Madrid, después de indicar a la operadora que tenía que realizar una conferencia. La mujer le pasó enseguida y le pusieron al habla con una de las secretarias.

—Doña Pilar, me alegro de hablar con usted, estamos en Lisboa y necesitamos un piso franco y papeles para salir del país lo antes posible.

La mujer apuntó lo que necesitaban y le pidió que se mantuviera a la espera. Después buscó una dirección y se la facilitó.

—Muchas gracias, coménteles al jefe que los papeles nos han llevado hasta aquí, que los tenemos y esperamos tomar el primer vuelo que podamos a Madrid.

El agente colgó el teléfono y regresó al salón.

—Será mejor que nos marchemos cuanto antes.

Salieron del piso y bajaron por las escaleras despacio. Caminaron hacia el Castillo de S. Jorge, el piso se encontraba muy cerca de la fortaleza, en una placita pequeña que terminaba en una balconada con vistas a la ciudad. Llamaron a la puerta y los recibió un señor mayor, casi un anciano, vestía una camisa blanca de manga corta y unos pantalones desgastados.

—Hola, me llamaron hace un rato —les comentó.

—Muchas gracias por todo —respondió el alemán.

—Mañana tendremos sus papeles. Tengo que hacerles una foto. ¿Para quién son los papeles?

Alfonso miró a la mujer, parecía realmente asustada.

—No puedo quedarme aquí. Al menos dejadme que os acompañe a Madrid, desde allí regresaré a Italia.

—Para los tres —dijo Raymond, antes de que el español contestase.

El anciano frunció el ceño, esperaba instrucciones de su compatriota.

—A los tres —afirmó con la cabeza.

El hombre les pidió que se colocaran frente a una pared y los fotografió de uno en uno. Después les ofreció algo de comida que había guardado en una vieja nevera, y los dejó a solas.

Raymond se marchó a dormir. Alfonso cerró la puerta de la calle con llave y le pidió los papeles. La mujer los sacó del bolso y se los entregó, estaban dentro de una vulgar carpeta de cartón y casi sumaban cien hojas.

La mujer se dirigió a la terraza y se sentó en una de las sillas polvorientas. A los pocos minutos él apareció con dos copas de oporto. Ella le miró con desgana, pero tomó una y se la llevó a los labios.

—No sé qué harán las autoridades españolas contigo, tal vez sería mejor que te quedaras en Lisboa.

—Aquí me pegarán un tiro.

—Puede que los míos también lo hagan.

—Al menos tendré una oportunidad, tal vez allí logre escapar.

—Siempre huyendo. ¿No estás cansada?

La mujer dio un sorbo largo, miró al cielo azul, su resplandor brillaba tanto que se puso de nuevo las gafas de sol.

—Dímelo tú. Yo llevo huyendo desde el 37, pero tú toda la vida.

—Eso es cierto, pero al menos sé de lo que huyo.

—¿Estás seguro? —le preguntó sin mirarle a la cara.

—Sí —contestó con tristeza. Sabía que llevaba toda la vida escapando de su destino, intentando que no alcanzara su conciencia, intentando engañarse a

sí mismo, aunque sabía que algún día tendría que enfrentarse a todos sus pecados e intentar seguir adelante.

Capítulo 19

Recuperando los papeles

Lisboa, 9 de agosto de 1940.

La cena fue frugal y se acostaron pronto, el primero en levantarse fue Raymond, que preparó un poco de café y se aseó mientras el resto se despertaba. Tras afeitarse caminó hasta su cuarto y vio la puerta entornada del cuarto de Dalila, no pudo evitar echar un vistazo, pero no vio nada, empujó un poco más la puerta y vio la cama desecha, el ventanal abierto y ni rastro de la mujer. Se dirigió apresuradamente a la cocina y después al salón, pero había desaparecido. El alemán corrió hacia la habitación de su compañero, que aún dormía plácidamente.

—¡Alfonso, Dalila ha desaparecido! —le gritó casi a la altura del oído.

El hombre dio un respingo y se sentó en la cama medio aturdido.

—¿Qué dices?

—Se ha esfumado, Dalila ya no está —dijo sacudiendo los brazos.

—¡Mierda! —bramó mientras comenzaba a reaccionar. Se puso los pantalones, se abotonó la camisa.

—Tenemos que encontrarla —comentó el alemán. Después se dirigió a la cocina y tomó una taza de café de un trago, su amigo le imitó y se dirigieron al salón. El gran taco de papeles había desaparecido, la mujer se había llevado el *dossier* secreto. Aquello era un verdadero desastre, los crucificarían por no haber tomado medidas más drásticas.

—¿Dónde podemos buscarla? ¿Cuánta ventaja nos saca? Yo no he escuchado nada —dijo agobiado Raymond. Habían matado a un agente de las SS y dejado sin resolver el crimen del diplomático, ya que aún no habían dado con el portugués pelirrojo.

—Será mejor que lo intentemos en su casa.

Tomaron un tranvía y cuando llegaron a la zona alta de la ciudad, corrieron hasta el edificio. La puerta del jardín estaba abierta y lograron forzar una ventana y entrar.

Registraron la casa a conciencia, pero no encontraron nada. Estaban a punto de salir cuando Alfonso vio un papel tirado en la basura. Estaba

arrugado, lo abrió y contempló los horarios de los hidroaviones que volaban para Inglaterra cada mañana.

—Está intentando irse a Inglaterra —dijo Alfonso mientras su compañero abría la puerta.

Salieron a la calle principal y pararon un taxi.

—Por favor, llévenos lo más rápido posible al aeropuerto de Cabo Ruivo.

El coche salió veloz por las calles de Lisboa, esquivando a los transeúntes despistados, las carretas de reparto y los pocos vehículos a motor que paseaban por las callejuelas.

En treinta minutos se encontraban en la entrada del aeropuerto de hidroaviones, varios aparatos descansaban sobre el cauce del río Tajo. Corrieron hasta las taquillas y preguntaron por el próximo vuelo a Inglaterra pero les informaron que ya había despegado y que no saldría otro hasta la tarde.

—Tenemos que llegar a Inglaterra de inmediato.

—Yo soy agente alemán, creo que lo has olvidado. Estamos en guerra con los ingleses.

Buscaron la cabina de la estación y llamaron a su contacto en la ciudad. Le pidieron los documentos falsos y dinero para poder alquilar una avioneta.

Una media hora más tarde el hombre les había facilitado sus papeles y los dos se encontraban en una avioneta medio destartada camino de Londres.

El viento sacudía el avión como si fuera de papel, aunque lo que más temían era que los aviones nazis que acosaban la isla desde hacía semanas intentaran derribarlo.

Alfonso se inclinó en el asiento que estaba justo detrás del piloto e intentó hablar con él. Era un inglés pecoso, con cara de niño, que llevaba unos meses haciéndose de oro con vuelos privados entre Burdeos, Lisboa y Londres.

—¿Cuándo llegaremos?

—No tardaremos mucho, vamos a la máxima velocidad.

—Podremos adelantar al avión que salió hace casi una hora.

—Sí, no se preocupe, es un trasto viejo y lento. Este avión es un Dornier Do 18, fue diseñado para llevar el correo. Le aseguro que es de los más rápido que se ha fabricado.

Raymond no estaba seguro de que pudieran dar con la mujer en Londres y mucho menos que él no tuviera problemas para entrar en la isla.

El avión sobrevoló el océano y poco más de una hora y media más tarde divisaron la inmensa ciudad.

—Creemos que su hidroavión aterrizará en el Támesis.

—No se preocupe, puedo llegar hasta casi el río, el aeródromo tiene pista de tierra y agua.

El avión descendió con cierta celeridad, Raymond se agarró a un pasamanos y cerró los ojos para no ver cómo se aproximaba rápidamente el suelo hacia ellos.

A pesar de sus temores, el aterrizaje fue menos brusco de lo esperado. El avión tocó con sus ruedas la pista y se paró suavemente. Los dos hombres salieron medio mareados del aparato y se dirigieron a la terminal. Preguntaron por el vuelo de Lisboa y les comentaron que estaba a punto de llegar.

Intentaron observar desde la cafería la entrada. Tendrían que seguir a la mujer e intentar detenerla, después recuperar los papeles y regresar lo antes posible a Madrid. Al menos España aún no estaba en guerra con Gran Bretaña y podrían salir sin problemas del país.

No tuvieron que esperar mucho, la mujer salió con una pequeña maleta. Había cambiado de ropa por otra más abrigada y llevaba las mismas gafas de sol. Dejaron que se dirigiera hacia la salida, pero antes de que pudieran alcanzarla, tomó un taxi. Pararon otro y durante casi una hora recorrieron las calles de Londres. Muchos edificios se encontraban derruidos por las bombas, algunas montañas de escombros mostraban la noche de pesadilla que habían vivido sus habitantes, cuando llegaron al centro de la ciudad, el coche que perseguían se detuvo y salieron a toda prisa. Tenían que alcanzarla antes de que entrase en el edificio. Lograron alcanzarla y cada uno de ellos la agarró de un brazo y la llevaron casi en volandas hasta el callejón más próximo.

Dalila no se resistió, se limitó a sonreírles y comentarles:

—Tenía que intentarlo.

—Te íbamos a sacar de Lisboa —le reprochó Alfonso, que apenas podía contener su furia. Aquella maldita mujer siempre le complicaba la vida.

—¿Qué iba a hacer yo en Italia? Eso si vuestros compañeros me hubieran dejado salir de España.

—No pensaba entregarte, te iba a meter en el primer vuelo a Roma.

—No puedo volver allí, tampoco quedarme en Lisboa, mi única oportunidad era venir a Londres y entregar los papeles con la esperanza de que los servicios secretos me contrataran directamente.

Pararon en lo más profundo del callejón, le quitaron la maleta y sacaron los papeles.

—¿Qué vais a hacerme?

—Lo que mereces es que te pegue un tiro, pero no voy a...

Alfonso no terminó la frase, escuchó un disparo y vio cómo Raymond se doblaba hacia delante. Ella logró zafarse y correr hacia la calle principal.

—¿Estás bien?

—Síguela, nos delatará.

—Estás sangrando, será mejor que intentemos ir a la embajada española. Allí nos ayudarán, tenemos muchos agentes en la isla.

Raymond se apoyó en el hombro de su amigo y lograron llegar con dificultad a la acera, pararon un taxi y Alfonso le ayudó a montarse en la parte de atrás. Se dirigieron a la embajada y el coche se detuvo justo enfrente de la puerta principal. En cuanto Alfonso se identificó dos soldados que estaban de guardia en la puerta los ayudaron a subir las escaleras. Llevaron a Raymond hasta la pequeña habitación que usaban de consulta médica. El facultativo simplemente atendía al personal de la embajada, pero en cuanto le informaron de la llegada del herido corrió escaleras abajo para atenderle.

El médico era un hombre mayor, con el pelo canoso y barba. Cortó la camisa de Raymond con unas tijeras, se lavó las manos y se colocó unos guantes.

—Parece superficial, no ha tocado ningún órgano vital y era de un calibre pequeño, pero está en un sitio de difícil extracción. Le dormiré para que no sufra más.

El hombre le inyectó la anestesia y esperó unos minutos a que se durmiera por completo.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Alfonso cuando su amigo se quedó completamente dormido.

—No es grave, pero tendrá que tener unos días de reposo. Ahora mejor déjenos hacer.

Alfonso salió de la habitación con el *dossier* bajo el brazo y se sentó en una silla en una sala contigua, apenas había descansado unos minutos cuando apareció un hombre alto, de porte elegante, ojos claros y una hermosa sonrisa.

—Encantado de conocerle, mi nombre es Sebastián Fajardo, oficialmente soy asesor comercial del embajador, pero lo cierto es que dirijo a nuestros compañeros en el país. Tenemos casi dos docenas de agentes.

—Encantado de conocerle.

—No me informaron de su llegada —dijo el hombre sentándose a su lado.

—Lo cierto es que todo se precipitó. Tuvimos que tomar un vuelo urgente.

—Bueno, lo importante es que han recuperado los papeles. ¿Me los entrega?

Alfonso frunció el ceño y apretó con su mano derecha la carpeta.

—Lo siento, pero tengo órdenes, debo llevarlos a Madrid cuanto antes.

Sebastián Fajardo cambió su semblante amable por un gesto hosco, era su superior y le había dado una orden.

—Está bien, hablaré con sus mandos y aclararemos el asunto, por ahora le animo a que disfrute de la hospitalidad de la embajada, hemos preparado una habitación para que descanse. Imagino que esperará a su compañero, no partirá sin más a Madrid.

Alfonso dudó por unos instantes, ni siquiera se lo había planteado.

—Por ahora esperaré instrucciones.

El hombre le llevó hasta una pequeña habitación en la última planta y después le dejó a solas. Se tumbó en la cama vestido, con los zapatos puestos y el *dossier* abrazado en su pecho. Mientras se quedaba dormido no dejó de pensar en Dalila. La próxima vez que sus caminos se cruzaran no se escaparía con vida.

Capítulo 20

El plan de Franco

Londres, 10 de agosto de 1940.

Alfonso pasó casi toda la noche en vela revisando el informe, no podía parar de leerlo, aún no salía de su asombro cuando observó cómo la luz comenzaba a entrar por la pequeña ventana. Se desperezó, a pesar de la noche en vela apenas estaba cansado, pero necesitaba tomar un café urgentemente. Se puso la ropa y salió al pasillo, bajó a la planta baja en busca de alguna cocina o comedor, al final uno de los camareros le indicó dónde podía tomar un buen desayuno. Los cocineros de la embajada le prepararon un gran desayuno británico, con huevo cocido, zumo de naranja, panceta, café y un dulce que no conocía. Hasta que no empezó a comer no se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Lo devoró todo y pidió un segundo café antes de subir a la habitación donde descansaba su amigo.

Llamó a la puerta antes de entrar, encontró a Raymond bastante bien, con mejor color de cara y tomando un té.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó después de sentarse en una silla a su lado.

—Mucho mejor, me recupero por momentos, la herida no es muy grande y la cicatriz mínima.

—Estupendo, me alegro mucho. He leído el informe.

El enfermo se incorporó en la cama, como si la posición más erguida le ayudara a escuchar mejor.

—¿Qué dice el informe? Pensé que era confidencial.

—Nos hemos jugado la vida por recuperarlo, lo menos que podíamos permitirnos era echarle un vistazo. ¿No crees?

—Ya sabes que los alemanes y los españoles somos muy distintos, pero ¡Qué diablos! El mundo ya no es lo que era.

El español comenzó a explicarle todo lo que había encontrado.

—Algunas cosas son de sobra conocidas. Alemania quiere ocupar Gibraltar y deshacerse de la molesta base militar de los ingleses que controla en parte el paso por el estrecho. Ya sabes que España tiene una herida en su

orgullo con este asunto, llevamos desde principios del siglo XVIII con un pedazo de tierra bajo soberanía británica.

—Conozco más o menos la historia. Hace unos años estuve en el Peñón, me enviaron para...

—Espiar, me imagino. Bueno, Franco está obsesionado con ese tema, si logra recuperar esa minúscula porción de tierra podrá demostrar a los españoles que es el gobernante más capaz desde época de Felipe II o al menos eso cree él.

—¿Por qué no lo hace de una vez?

—Lo de Tánger ha sido un ensayo, una puesta en escena, aunque por lo que he leído en el informe, el ejército español no está bien pertrechado y la mayoría de sus unidades, si exceptuamos el ejército de África, no es muy efectivo.

—¿España no tendría capacidad militar para conquistar el Peñón?

—Bueno, tal vez lo consiguiera, pero la dificultad está en mantener después la base —contestó Alfonso, al que el tema no le preocupaba lo más mínimo, como siempre Gibraltar se había convertido en una cortina de humo para ocultar los verdaderos problemas del país.

—Mis compatriotas no confían mucho en el ejército español. No olvides que tardó tres años en derrotar a su propio pueblo, eso que la mayor parte del ejército se puso del lado golpista —dijo Raymond, después se colocó de nuevo en la cama y pegó un leve gemido de dolor.

—Franco alargó la guerra para matar al mayor número de republicanos posible, por eso dilató el asalto final a Madrid, sabía que si la capital sucumbía, el resto del territorio no tardaría mucho en caer también.

—¿De qué habla el informe? —preguntó el alemán impaciente.

—Los planes de Franco para crear un nuevo imperio.

El alemán abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—Creo que la megalomanía es contagiosa. Primero Mussolini, después Hitler y ahora Franco. Los tres sedientos de gloria a cualquier precio, aunque esta sea la sangre de sus ciudadanos.

—Ya sabes que no soy precisamente un idealista. Bueno, el plan para recuperar Gibraltar el Alto Mando lo ha denominado Plan C. Ya ves que no es nada original. Aunque menciona otro plan trazado por los alemanes llamado Plan Félix. Al parecer, Hitler quiere asegurarse el dominio del Mediterráneo, los ingleses han logrado resistir a los italianos en Chipre y aunque estos no han invadido Grecia, han logrado conquistar algunas plazas inglesas en el

norte de África. Aunque los españoles no conocen los pormenores de dicho plan, según explica el *dossier*.

—¿Qué cuenta del plan español?

—Al parecer Franco quiere conquistar Gibraltar entre finales de verano y otoño de este año.

—Entonces, el ataque es inminente —comentó Raymond, sin poder disimular su sorpresa.

—Sí, pero antes tiene que contar con la ayuda alemana. Al parecer el plan todavía está terminando de ajustarse: propone un prolongado bombardeo artillero sobre la ciudad, después un bombardeo aéreo de unos cien aviones y por último una invasión terrestre. Al parecer, Muñoz Grandes, que es el jefe del Gobierno Militar del Campo de Gibraltar, conduciría a la infantería, cuyo camino habría despejado antes los carros de combate. Incluso se habla de la posibilidad de utilizar gas venenoso contra la población.

Raymond seguía muy atento la explicación. Muchos planes que se sostenían sobre el papel eran impracticables en la realidad, pero de alguna manera manifestaban la mentalidad de los autores.

—Alemania tendría un papel secundario, apoyaría el bombardeo de la ciudad desde el mar y la Luftwaffe apoyaría el ataque. En el informe se confirma que Portugal, en principio, se mantendría neutral si se produjera dicha operación. Para llevar a cabo el ataque habría que movilizar un ejército de unos 90 000 hombres, aunque los tendrían que armar Alemania e Italia. Pero hay un problema.

—Creo que hay varios. No tienen armas, ni fuerzas adiestradas...

—Es cierto, pero lo que más teme el gobierno español es una respuesta de Gran Bretaña en Canarias. España no tiene una armada capaz de protegerla. Aunque los alemanes se han ofrecido a crear bases en alguna de las islas y en el norte de África. Además están en conversaciones para participar más activamente en el ataque a Gibraltar, pero eso obligaría a Franco a dejar pasar tropas alemanas dentro de la Península y por eso desconfía.

—¿Por qué desconfía? Ambos países son aliados —comentó Raymond.

—En el siglo XIX, España permitió a Napoleón que entrase para conquistar Portugal y los franceses invadieron el país. Franco no desea repetir el mismo error.

En ese momento escucharon cómo se abría la puerta, era su contacto en la embajada, Alfonso cerró la carpeta y la dejó sobre la mesilla.

—Señores. Espero que al menos su estancia en este pequeño pedazo de España en Londres les esté siendo de su agrado. He hablado con mi superior

en el ministerio y me ha pedido que nos entreguen el *dossier*.

—Ayer le comenté que no estoy autorizado...

—Lo entiendo, pero nos ha llegado la información de que dentro del *dossier*, aunque no pertenecía a él, hay una lista de nuestros agentes en Gran Bretaña y los Estados Unidos, lo que pone a nuestra red en un serio peligro.

Los dos miraron sorprendidos a Sebastián Fajardo. Eso significaba que Ana Sanz, la esposa del diplomático español, les había facilitado información extra a los portugueses, para que la pasaran a los ingleses.

—¿Creen que aún podremos encontrarla?

—Bueno, esos papeles tienen que estar aquí —dijo Raymond señalando el *dossier*.

Alfonso negó con la cabeza, había leído todo el informe y no había encontrado ninguna lista.

—No he visto nada de eso —comentó el español.

—Pues tenemos que asegurarnos de que no la entrega. Nuestros hombres han estado vigilando los edificios del MI6.

—¿Han probado en la embajada de Portugal? Dalila trabajaba para ellos —comentó Alfonso.

—Tenemos buenos contactos en ella y algún agente infiltrado. Si está allí o saben algo sobre ella nos enteraremos.

—Me gustaría ayudar —dijo Alfonso.

—Ya han hecho suficiente en este asunto, han descubierto al asesino, liberado a la esposa del asesor del cónsul en Tánger y recuperado el *dossier* —comentó el hombre.

—No me comprende. Es algo personal.

Sebastián Fajardo arqueó una ceja, no era partidario de que se mezclaran los asuntos personales y profesionales, pero había escuchado de la eficacia del agente en diferentes misiones.

—Está bien, pero no puede ir solo, le asignaré...

—Yo puedo acompañarle, esto es solo un rasguño y me siento mucho mejor —comentó Raymond intentando incorporarse, pero sintió un fuerte latigazo en la herida.

—No, el señor don Alfonso Ros irá con uno de nuestros mejores agentes: Miguel Piernavieja del Pozo.

Capítulo 21

La red

Londres, 11 de agosto de 1940.

Desde el primer momento no se cayeron bien. En algunas cosas ambos agentes eran muy parecidos: mujeriegos, vividores, indisciplinados y provocadores, pero había una diferencia sustancial entre ambos: la lealtad.

Alfonso era capaz de mantenerse leal a pesar de que eso fuera en contra de sus intereses, Miguel Piernavieja únicamente tenía un interés: aprovecharse de su situación privilegiada en Londres, dilapidar todo el dinero que cayera en sus manos y vivir el momento. Era consciente de que su profesión era muy peligrosa, ser agente del SIS (Servicio Secreto de Inteligencia), podía costarle la vida.

—¿Conoce bien la embajada portuguesa en la ciudad?

—He llegado hace poco, de hecho, mi misión oficialmente no comienza hasta septiembre, pero la central me pidió que viniera de apoyo. Ya sabrá que Inglaterra está a punto de rendirse a Alemania.

—¿Usted cree? —preguntó escéptico Alfonso.

—Si no fuera por el viejo del puro, ya sabe el Primer Ministro, el país ya se habría rendido. Londres es un infierno y todo el continente está bajo el dominio alemán.

—Los británicos son imprevisibles, les pasa como a los rusos. Resistieron a los franceses en época de Napoleón y a nosotros siglos antes, nunca han sido conquistados por otra nación.

Se pararon frente al hermoso edificio de la embajada portuguesa, pero no entraron y se dirigieron a un café cercano, para esperar a su contacto. No tardó mucho en aparecer, apenas quince minutos.

Barroso era un secretario vulgar y corriente, pero era el tipo de funcionario resentido y mal pagado, que siempre estaba dispuesto a llevarse un sobresueldo, aunque fuera a costa de traicionar a su país. Tenía una sonrisa ladina, una mirada turbia y jamás miraba a sus interlocutores a los ojos.

—Señores —dijo con ademán anticuado.

—Es un placer volver a verlo. ¿Ha descubierto a la mujer? ¿Sabe dónde se esconde?

—Bueno —dijo mirando a un lado y al otro, para asegurarse de que nadie los escuchaba—, al parecer no se fiaban mucho de ella. Mataron a un inglés en Lisboa hace unos días y al parecer colaboró con espías suyos, españoles.

—Pero... —dijo impaciente Alfonso, que conocía a aquel tipo de individuos, que lo único que buscaban, además del dinero, era sentirse protagonista aunque fuera por una vez.

—La mujer, creo que es italiana, se aloja en el Hotel Savoy.

—¡Joder! ¿Quién sufraga todo eso? —preguntó Piernavieja sorprendido. Aquel era el hotel más caro de Londres.

—El embajador, ya saben que esa mujer es de armas tomar, ya me entienden, capaz de camelar hasta a un cartujo con voto de silencio.

—¿Ha entregado la lista a los ingleses?

—No lo sé —contestó girando la cara hacia Alfonso, aunque sin mirarle a los ojos.

—Se lo preguntaremos nosotros mismos.

Salieron del café justo cuando se aproximaba una tormenta de verano, entraron en el *underground* y subieron a un viejo vagón. Era la manera más rápida y segura de viajar, aunque a aquellas horas de la mañana estaba muy lleno y la gente los apretaba por todas partes. El calor era casi asfixiante y Alfonso agradeció cuando llegaron a su estación. A un lado, ordenados y clasificados por tamaños se apilaban los colchones que servían por las noches, para acomodar a las personas que se refugiaban de los bombardeos continuos.

El Hotel Savoy tenía aire francés. En la entrada un caballero dorado parecía vigilarlos, el espectacular recibidor era mucho más amplio y lujoso que el Ritz de Madrid o el Hotel Palace. Sabían la habitación, por lo que se dirigieron directamente a la cuarta planta. Usaron las escaleras, para evitar cruzarse con el personal del hotel y caminaron sobre la moqueta roja hasta la puerta. Pensaron en llamar, pero al final Piernavieja forzó la cerradura y entraron en silencio.

La habitación era enorme, las paredes adornadas con telas tapizadas, cortinas con hilos de oro, muebles estilo Luis XIV y un vestidor enorme que daba al baño. Escucharon agua, la mujer debía estar duchándose.

—¿Esperamos a que salga? —preguntó Piernavieja.

—Es mejor pillarla desprevenida.

Alfonso sacó el arma y abrió la puerta, el vapor lo invadía todo, pero se veía a través del reflejo del espejo un cuerpo que se movía bajo el agua. Entraron y la mujer pegó un grito. No podía creer que la hubieran vuelto a localizar. El español le entregó una toalla y la mujer cerró la ducha. Salió con

la toalla alrededor del cuerpo y el pelo empapado. Pasada la primera sorpresa, parecía tan fría y distante como siempre.

—Has vuelto a encontrarme. Estoy impresionada.

—Me dedico a buscar gente —contestó secamente.

—¿Se conocen? —preguntó extrañado Piernavieja.

La mujer le sonrió coquetamente y se dirigió a la habitación. Los dos hombres la siguieron sin dejar de apuntarla.

—Imagino que te han comentado lo de la lista. Siempre hay que guardar un as en la manga.

—Pero eso puede suponer la cárcel y la muerte de muchos agentes —le respondió Alfonso.

La mujer tomó la pitillera y encendió un pequeño puro alargado y fino.

Piernavieja le ofreció fuego.

—¿La has entregado? —preguntó Alfonso.

—No, tenía una reunión esta tarde, me vuelves a adelantar por poco.

—Tienes que dárnoslas.

—Es mi salvoconducto —comentó la mujer echándole el humo en la cara.

—Tu suerte se ha acabado, Dalila. Será mejor que colabores, esta vez no tendré piedad.

La mujer hizo un gesto de sorpresa.

—¿Piedad? Esa palabra suena extraña en tus labios.

—A veces la piedad es un mal menor, pero como dijo Nietzsche, la piedad es antinatural, únicamente deben sobrevivir los más fuertes, los mejor adaptados.

—Entonces me estás dando la razón, querido.

Piernavieja los observaba asombrado. Ella era extremadamente bella y parecía tan seductora, que por un beso la habría dejado escapar. El agente era agudo, pero parecía demasiado contrariado, mostrando sin desearlo su debilidad por la mujer.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó la mujer, como si hasta ese momento no se hubiera percatado de su presencia, tan embebida como estaba en la conversación.

—Un compañero.

—Buen galán, no sé qué tenéis los españoles. Los italianos son demasiado seguros, imparables, pero vosotros sois muy...

Alfonso la agarró con fuerza por el brazo y comenzó a zarandearla.

—Está bien —dijo quejándose de dolor—, la lista está dentro del forro de mi gabardina. Pero si me dejáis ir puedo facilitaros una información que vale

más que el oro.

Piernavieja bajó el arma y la observó con curiosidad.

—¿A qué se refiere?

—No la escuches, siempre está igual, su oficio es engañar y seducir — dijo Alfonso empujando a la mujer hacia la cama.

—¿No quieres escuchar mi propuesta? —le preguntó con una medio sonrisa.

—¿Qué desea a cambio?

Dalila miró al agente y se cruzó de piernas sensualmente.

—Que me dejen en paz. Quiero rehacer mi vida aquí y alejarme de todo esto.

—No es mucho pedir —comentó Piernavieja a su compañero.

Alfonso guardó su arma y tomó la gabardina, rasgó el forro y sacó la lista.

—Nos la llevamos, tu jefe ya sabrá qué hacer con ella.

—Sebastián Fajardo no es mi jefe.

La mujer se puso en pie y se acercó a la mesilla, antes de que la abriese Alfonso la apuntó.

—Tranquilo, quería sacar esto —dijo blandiendo un papel.

—¿Qué es eso?

—Recibos de banco, sé a quién está sobornando el gobierno británico para que España no entre en la guerra.

Los dos agentes la miraron sorprendidos.

—¿Cómo puedes saber algo así?

—A veces los hombres son capaces de contar cualquier cosa en la cama. No importa que sean nobles, embajadores o militares.

—¿Dónde está esa lista? —preguntó Alfonso.

—Antes me tienen que prometer, que me dejarán ir en paz.

Los dos hombres se quedaron en silencio, en el fondo no tenían autoridad para prometerle nada, pero sí podían hacer la vista gorda.

—Casi has asesinado a Raymond —le reprochó Alfonso.

—Eso ha sido un accidente, no quería matarle. ¿Se encuentra bien?

Alfonso le arrebató los recibos.

—No te molestes, en esos papeles únicamente hay nombres en clave y cifras. Los datos de los sobornados se encuentran a buen recaudo.

—¿Dónde están?

La mujer sacó una llavecita dorada.

—Esta llave abre una caja de seguridad.

Estaba a punto de desvelar el lugar exacto, cuando un hombre moreno entró en la habitación empuñando un arma y comenzó a disparar sobre la mujer, Alfonso se giró para dispararle, pero Piernavieja se lo impidió.

—Es mi jefe, no dispare. Es Ángel Alcázar de Velasco.

Dalila se desplomó sobre la cama, de la toalla blanca manaba la sangre a borbotones, tiñiendo de rojo el algodón blanco y la colcha. Soltó la llave y esta se cayó en la alfombra. Los tres se miraron, pero Alfonso la cogió y se la guardó en el bolsillo. Después se giró hacia el intruso y le apuntó directamente a la cabeza.

Capítulo 22

Generales comprados

Madrid, 11 de agosto de 1940.

El embajador británico en Madrid sacudió la cabeza, las cifras eran astronómicas y no estaba seguro de poder continuar con los pagos. Los ingleses estaban realizando un gran esfuerzo bélico y no podían derrochar el dinero. Necesitaban comprar más armas a los Estados Unidos si querían continuar con la guerra. Aunque la banca de Juan March estaba ayudándoles con los pagos, naturalmente cobrando una abundante comisión, apenas habían logrado una promesa vaga de que los generales le apoyarían e intentarían frenar una escalada bélica en la Península.

Las noticias que le llegan del MI6 eran muy distintas. Los portugueses habían robado un *dossier* a los españoles en Tánger, pero estos habían logrado recuperarlo hacía poco tiempo. No sabía cuáles eran los planes de Franco, aunque sin duda entre ellos estaba atacar Gibraltar y quedarse el Marruecos francés.

El Foreign Office le había escrito en nombre del nuevo y flamante Primer Ministro, Winston Churchill, para que no malgastase más palabras con el gobierno de España y se dirigiera directamente a los generales.

Ya había conseguido poner a su favor a casi treinta de ellos, pero no estaba seguro de que aquello asegurase la fidelidad de los generales y evitase una guerra con España.

Juan March, por orden del MI6, había abierto una cuenta en el Banco de Nueva York con un saldo de 10 millones de dólares, aunque el Departamento del Tesoro la tenía parcialmente bloqueada y aún la mayoría de los generales no habían recibido nada.

Hoare miró de nuevo la lista, estaban los más importantes, pero Franco tenía que entrar en el juego para que la operación pudiera asegurarse.

El timbre del teléfono le sobresaltó, tomó el aparato y contestó.

—Señor embajador, al habla el Primer Ministro...

El embajador sabía que los teléfonos estaban pinchados por el servicio secreto español, por eso se puso muy nervioso al escuchar la voz de Churchill.

—¿Qué tal se encuentra? Ya sabe “que la caballerosidad de San Jorge” tiene que dar sus frutos. El señor Alan Hillgarth está poniendo todo su empeño en ello, pero necesitamos resultados inmediatos. ¿Me he explicado bien?

—Sí, Primer Ministro.

—No podemos organizar una cena sin invitados, espero que pronto reciba noticias tuyas. No podemos esperar, la comida se echará a perder.

El embajador se despidió del Primer Ministro y se secó el sudor de la frente con su pañuelo de hilo. Únicamente un tipo estafalario como Churchill era capaz de hacer una llamada como aquella, pensó mientras llamaba a su secretaria.

La mujer entró en la sala con una libreta en las manos.

—Señorita, tengo que dictarle una carta urgente.

La mujer comenzó a anotar.

“Querido Señor March, el proceso tiene que acelerarse. Me ha llamado el anfitrión y no está muy contento con el progreso de la fiesta. Los invitados tienen que confirmar la asistencia antes de que se hagan las reservas.

Un afectuoso saludo.

Sir Samuel Hoare

Embajador de Gran Bretaña”.

Capítulo 23

Viaje a Madrid

Londres, 11 de agosto de 1940.

Alfonso se quedó desolado contemplando el cuerpo inerte de la mujer. Dalila parecía por fin en paz consigo misma, como si toda la vida hubiera estado buscando parar de alguna manera y simplemente descansar. Los otros dos agentes le observaron sorprendidos, desconocían su relación con la mujer y no entendían su reacción. De repente, como si volviera de un profundo sueño, Alfonso se abalanzó sobre el hombre y lo derrumbó. Ángel Alcázar intentó defenderse, pero no pudo. Piernavieja tuvo que agarrarle por detrás e intentar apartarle antes de que matase a su jefe.

—¡Déjame! —gritó furioso. Le hubiera gustado matarle con sus propias manos. Amaba a Dalila, aunque también la odiase con toda su alma.

—Lo va a matar, tenemos que irnos de aquí antes de que llegue la policía. Nos acusarán de asesinato o de algo peor.

Alfonso logró tranquilizarse poco a poco y los tres salieron al pasillo, no vieron nada sospechoso y caminaron hasta las escaleras. Mientras bajaban escucharon los primeros gritos de alarma y justo cuando llegaban a la entrada, todo el personal parecía sacudido por una especie de histeria.

Caminaron por la ciudad empapada por la tormenta, las gotas eran frías, pero Alfonso apenas las percibía, como si la muerte le hubiera anestesiado el alma. Entraron en un coche, Ángel Alcázar se puso un pañuelo en la nariz, que le sangraba y había manchado su impoluta camisa blanca, y arrancó el motor.

—¿Qué coño le pasa a este tipo? Esa puta merecía morir, había puesto en riesgo a toda nuestra red de agentes.

—Estaba a punto de descubrir una red de generales comprados por el gobierno inglés —se quejó Piernavieja, al que la muerte de la mujer no le preocupaba lo más mínimo.

Alcázar observó por el retrovisor a Alfonso, había escuchado sobre sus trabajos en el servicio secreto, pero ahora que le conocía en persona le parecía un matón más, un alma desahuciada que pretendía sacar provecho a su desastrosa vida.

Pararon enfrente de la embajada, pero Alfonso se negó a entrar en el edificio, se quedó parado mientras los hombres entraban y buscó por la zona un pub. Entró en el primero que se cruzó en el camino y pidió ginebra, quería olvidarse de todo. Sabía que la existencia era efímera, casi un milagro, pero la muerte siempre le producía aquella desazón, el sinsentido de continuar luchando cada mañana para terminar bajo tierra, mientras los gusanos se daban un festín a tu costa.

Tras la cuarta ginebra comenzó a jugar con la llave que había guardado en el bolsillo, casi se había olvidado de ella. Al final la sacó y la observó detenidamente. Sin duda era la llave de una caja de seguridad de alguna entidad bancaria. La miró de cerca mientras pedía otra copa al camarero, tenía dos iniciales en la parte de arriba, BAC. No conocía los bancos que operaban en Londres, pero sin duda la caja de seguridad debía encontrarse allí, Dalila debía haber guardado la lista por seguridad.

—Amigo, le suena el nombre de un banco cuyas siglas son BAC.

El hombre se rascó el mentón a medio afeitado, pero terminó negando con la cabeza.

—Perdone caballero, pero no he podido evitar escucharle —comentó un hombre que estaba sentado al lado.

—Perdone...

—Sobre su pregunta, las iniciales BAC, corresponden a Banco Agrícola Cambridge. No hay muchas sucursales en Londres, creo que hay una en Piccadilly Circus, no está muy lejos de aquí.

—Gracias —le dijo escuetamente, apuró la copa, salió del local y caminó algo mareado hacia el banco.

Tardó unos veinte minutos en ver la imponente fachada, unos leones presidían las puertas inmensas de bronce. Entró en la sucursal del banco, las paredes cubiertas de mármol verdoso y blanco, los muebles de caoba y las lámparas doradas daban al lugar un toque de distinción muy inglés.

—Perdone señorita, tengo una caja de seguridad.

—¿Qué número tiene? —le preguntó la empleada.

El hombre se quedó pensativo, después sacó la llave y la empleada se la quitó de las manos, la miró y dijo:

—Es el 285. A muchos clientes se les olvida, por eso está grabado en cada llave.

—Muchas gracias —le contestó Alfonso.

—Espere que llame al encargado.

Unos minutos más tarde un hombre grueso, de mejillas encendidas y ojos brillantes se aproximó hasta la mesa.

—Señor...

—Ros.

—Señor Ros, acompáñeme por favor.

Le siguió por la oficina hasta unas escaleras, descendieron al sótano, el hombre abrió una cámara acorazada y entraron en una sala forrada de puertas doradas con números. El hombre se dirigió a la 285 y metió su llave, después le miró y esperó impaciente. Alfonso sacó del bolsillo la suya y la introdujo en la otra cerradura, escucharon un leve chasquido y la puerta se abrió. El hombre extrajo una gran caja metálica y la dejó sobre una mesa de caoba. Después se retiró.

Alfonso esperó hasta encontrarse a solas, después abrió la caja y encontró una carpeta, dentro estaba la lista, apenas la ojeó, simplemente la dobló y se la metió en un bolsillo, estaba a punto de cerrar la caja cuando vio que había más papeles y objetos. Un paquete de cartas, una libreta y un collar de perlas. Recordaba perfectamente el collar, él se lo había regalado años antes, cuando aún eran amantes. El taco de cartas parecía de su familia y en la libreta tenía apuntado horarios, reuniones y ese tipo de cosas.

Dejó la caja en el hueco de donde el encargado la había sacado y cerró con su llave.

Salió del banco y se encaminó hacia la embajada, debía regresar a Madrid de inmediato. Entró en el edificio y buscó a su amigo en la habitación en la que se recuperaba de sus heridas.

—Raymond, ¿cómo te encuentras?

—Mucho mejor —dijo sentándose en la cama—. Me han informado de lo sucedido. Lo siento, Alfonso.

—En nuestra profesión lo más normal es que nos peguen un tiro, son gajes del oficio.

—Sí, pero sé lo que sentías por Dalila.

El hombre negó con la cabeza, prefería no pensar en el asunto.

—¿Has guardado el informe?

—Sí —dijo—, está...

En la mesita no había nada, los dos agentes se miraron confusos, alguien se lo había llevado mientras Raymond dormía.

—Creo que nos lo han vuelto a robar.

—Me temo que en este caso no ha sido una fuerza enemiga, ya sabes que en el Régimen hay muchas familias e intereses.

—Tu jefe te va a matar —comentó Raymond.

—Él me pidió que lo recuperase para que no cayera en manos inadecuadas, ahora lo tiene el ministro de Asuntos Exteriores, entre ellos se arreglarán. Nos marchamos a Madrid.

Raymond frunció el ceño, no entendía a qué se debía tanta premura.

—Tengo algo que entregarle a mi jefe, que puede que le interese más que el informe. Te lo contaré durante el vuelo.

Los dos hombres pidieron al jefe de la oficina de la embajada que les reservara dos billetes de avión para Madrid. Después se fueron a comer a la City, no querían pasar ni una hora más en la embajada. A la hora prevista tomaron el avión y cuando divisaron el cielo de Madrid respiraron aliviados, por fin regresaban a casa. Aunque no iban a estar muchas horas en la ciudad, una nueva misión les esperaba.

Capítulo 24

Una nueva misión

Madrid, 14 de septiembre de 1940.

Los fueron a recibir al aeropuerto de Madrid cercano al pueblo de Barajas. Un grupo de agentes los acompañó hasta un complejo a las afueras de la ciudad, creado en plena Sierra de Madrid, para que los mandos militares y ciertos agentes especiales se recuperaran de sus misiones. El complejo se encontraba en Torrelodones, en una zona apartada, junto a un cerro desde el que se divisaba la ciudad a lo lejos. Parecía más un balneario o un edificio monumental que la antigua residencia de un noble. El resto de los militares que se alojaban allí lo llamaban Palacio del Canto del Pico. Parecía un castillo fantasmagórico entre peñas gigantes. Sus arbotantes, ventanas de arcos apuntados y la gran balconada corrida que daba a Madrid le convertía en uno de los lugares más singulares de la sierra.

Los primeros días en el palacio fueron tranquilos, los dos hombres se dedicaron a descansar y recuperar fuerzas. Justo un mes más tarde el jefe de Alfonso fue a visitarlos.

El coronel Vicente Fernández Bascarán parecía algo tenso aquella mañana, como si aún estuviera digiriendo las órdenes que acababa de recibir. Les esperaba en uno de los amplios salones del palacio.

—Señores, espero que su estancia en este hermoso lugar haya sido de su agrado. Puede que les extrañe que les haya tenido aquí tanto tiempo, pero el secreto que guardan es muy peligroso. La lista de los generales es uno de los documentos más destructivos que mi equipo ha manejado jamás. Si los nombres de los conspiradores salen a la luz, además de producir una matanza, cabe la posibilidad de que dé comienzo otra guerra civil. Muchos de los generales son monárquicos y detestan al Caudillo, los pobres desgraciados piensan que Winston Churchill y el gobierno británico ayudarán a deponer a Franco y colocar en su lugar a un general monárquico que restaure al heredero al trono.

—¿Quién sabe lo de la lista?

—Por ahora, únicamente una persona, Ramón Serrano Suñer, el cuñado del Generalísimo me ha pedido que se oculte la información. El gobierno está

en negociaciones con Alemania y no quiero que este descubrimiento les haga desconfiar aún más de nosotros. ¿Lo entienden?

—Sí, señor —contestó Alfonso.

—Dentro de dos días, Serrano Suñer parte para Alemania para encontrarse con Adolf Hitler. Ustedes dos serán sus escoltas personales. Es uno de los objetivos a batir por los enemigos del Estado. ¿Han entendido?

—Sí, señor.

—Los papeles robados en Tánger han sido devueltos al Alto Estado Mayor y los responsables han sido justamente tratados —comentó el coronel.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Raymond, que no dominaba los eufemismos españoles.

El coronel frunció el ceño y salió al gran balcón, los dos agentes le siguieron. Se quedó un minuto contemplando los bosques que rodeaban Madrid, la ciudad se podía contemplar a lo lejos, lo único que destacaba era el Palacio Real y algunas de las torres de las iglesias más importantes.

—Hay ciertas cosas que es mejor hacer con discreción. El matrimonio Moncayo sufrió un desgraciado accidente de coche hace unos días. Viajaban en coche a Tetuán y se despeñaron por un precipicio. Un desgraciado incidente tratándose de una pareja tan joven.

Alfonso frunció los labios, sabía que la agencia no dejaba cabos sueltos, pero ellos habían arriesgado sus vidas por salvar a aquella mujer.

—Era mejor terminar con ellos de una forma rápida e indolora que exponerlos al escarnio público por traidores. A veces en la vida es mejor tomar la decisión más sencilla.

Los dos hombres no hicieron ningún comentario.

—Dentro de dos días recogerán al señor ministro de Asuntos Exteriores Serrano Suñer y cuidarán de él durante su estancia en Alemania.

El coronel los dejó en la terraza, los dos hombres se apoyaron en la barandilla de piedra.

—¿Crees que la misión es viable? —preguntó Raymond.

—Bueno, me parece que es muy arriesgada, me extraña que Franco envíe a Serrano Suñer, teniendo a otro como ministro de Asuntos Exteriores. Eso únicamente puede significar una cosa —dijo Alfonso muy serio.

—¿Qué puede significar?

—El Caudillo no se fía de nadie, cree que el ministro de Asuntos Exteriores está del lado de los generales sobornados.

El alemán le pidió un cigarrillo a su amigo, este se extrañó, en muy pocas ocasiones le había visto fumar.

—Todo este asunto me recuerda a un episodio que sucedió en Alemania, al poco tiempo de llegar Hitler al poder. Ernst Röhm, el líder de las SA, no estaba de acuerdo con la política conservadora de Hitler, quería que el ejército alemán fuera disuelto y su ejército popular se convirtiera en la nueva fuerza militar del país. Hitler, a pesar de ser uno de sus mejores amigos y más leales camaradas, lo mandó detener y ejecutar junto a la cúpula de las SA, hasta que quedó de nuevo bajo su control.

—¿Piensas que Franco planea deshacerse de todos esos generales?

—El Caudillo no tiene ningún tipo de problema en asesinar a aquellos que le hacen sombra o pueden oponerse a su poder absoluto —contestó Alfonso.

Los dos hombres se giraron de nuevo y dejaron que su mirada se perdiera en la inmensidad de aquel cielo azul que brillaba sobre la ciudad, mientras una tormenta se aproximaba por el este y devoraba la luz brillante de la mañana, oscureciendo todo a su paso.

Capítulo 25

Serrano viaja a Berlín

Madrid, 16 de septiembre de 1940.

Franco caminaba de un lado al otro de su despacho en el Pardo como si el simple hecho de moverse le ayudara a pensar. Cuando el criado anunció la llegada de su cuñado se paró enfrente de la puerta, con las manos en la espalda y cara de pocos amigos.

—Paco, sabes que me voy en unas horas —comentó el hombre algo molesto. Aún tenía muchas cosas que preparar antes del viaje.

—Ya lo sé Ramón, pero todo esto es muy grave y quiero asegurarme de que le dices a Hitler exactamente lo que hemos hablado.

—Lo hemos discutido durante horas. Lo más importante en este momento es calmar a los alemanes, pero sin que los de aquí se nos echen encima. Provoca una crisis de gobierno y saca a esos monárquicos de mierda del gobierno. Todos ellos son una panda de traidores, no entienden lo que quieres hacer con España. El peligro rojo sigue al acecho. Hay decenas de miles de ellos preparados en Francia y otros países para regresar e intentar devolver el caos a nuestro país.

El Caudillo se tocó la barbilla y después se dirigió a su gran escritorio. Se sentó y comenzó a escribir unas notas. Su cuñado se aproximó con curiosidad y se colocó a sus espaldas.

—La política es como el mus, siempre hay que ir de farol. Jugar a dos manos, no descubrir nunca tus cartas. Los alemanes nos ofrecen Gibraltar, aunque nos piden una isla de Canarias y bases en el norte de África. ¿Tú te fías de ellos? Mi colega y amigo, el mariscal Petain les ha sacado muchas cosas, pero ahora mismo Francia no deja de ser una colonia germana, como casi toda Europa.

Serrano admiraba profundamente a Hitler, creía que representaba los valores que le habían hecho convertirse en falangista, estaba seguro de que José Antonio Primo de Rivera, el fundador del Movimiento, hubiera estado de acuerdo.

—Los alemanes no pueden apostar fuerzas en España, están a punto de volverse contra Rusia y para ello necesitarán todos sus efectivos; en cuanto el

Reino Unido caiga o se rinda, Hitler apuntará sus cañones hacia el norte. Si cae el Reino Unido no necesitará nuestra ayuda y, ya sabes, todos los planes que habíamos hecho no se cumplirán.

Franco le entregó la carta a su cuñado y guardó la pluma, después se apoyó en la butaca como si terminara de realizar un gran esfuerzo.

—Los ingleses nos vigilan de cerca, como sus aliados los norteamericanos, si se enteran de lo que pretendemos con Gibraltar y Portugal, se nos echarán encima.

—Pero Paco, ahora mismo los ingleses están perdiendo plazas en el norte de África y muy pronto se rendirán, es absurdo tenerles miedo.

—¡Miedo! —gritó poniéndose en pie—. Fui el general más joven de España, logré mi ascenso gracias al valor mostrado en África, no he tenido miedo jamás. ¿Dónde has luchado tú? ¿Entre los tinteros y los juzgados de Madrid?

—Tuve que escapar de la zona roja y logré salvar la vida —dijo enfadado Serrano Suñer, que estaba cansado de las bravuconadas de su cuñado.

Franco se contuvo e intentó calmarse, sabía que la furia no conducía a ninguna parte. Serrano era parte de su familia, su esposa era hermana de su mujer, era mejor recuperar el sosiego. No confiaba en nadie, pero al menos la familia siempre le había apoyado.

—Bueno, lo único que quiero decir es que no tengo miedo, pero ya sabes que nos han llegado ciertas informaciones. Los alemanes se están planteando cruzar la frontera por Irún, podríamos tenerlos en la ciudad de Vitoria en horas. Los franceses lo hicieron en el siglo XIX con la excusa de invadir Portugal, los alemanes tardarían mucho menos en conquistar nuestro país si sospechan que no queremos entrar en la guerra. Necesitan dominar el Mediterráneo y aislar aún más a Inglaterra.

Serrano Suñer se colocó de nuevo la gorra de plato. A pesar de no haber ostentando jamás ningún cargo militar, le encantaba ir vestido de soldado.

—No te preocupes, todo saldrá bien y, con respecto a los rojos, ya me encargaré de ellos. De camino a Berlín tengo una reunión al más alto nivel con nuestro embajador en Francia, ya le he comunicado a Robert Renom de la Baume, el embajador en Madrid, que nuestro gobierno desea que los republicanos sean detenidos y enviados a España para ser juzgados, los que no puedan ser deportados, le pediremos a los alemanes que se encarguen de ellos.

Franco sonrió por primera vez. Odiaba profundamente a los rojos, le asqueaba todo lo que representaban. Él siempre había creído en el orden, la

religión, la patria y el ejército. Su padre y su hermano Ramón Franco eran dos liberales, dos borrones en su propia familia. En las últimas semanas estaba rematando el guion para una película que definía muy bien lo que había significado la guerra fratricida de España y el cáncer rojo.

—Regresa con una propuesta seria de los alemanes y con la seguridad de que nuestro país no será invadido.

Serrano Suñer salió del despacho con paso acelerado, tenía un avión esperando en Barajas y no quería llegar muy tarde a Berlín. Su coche le esperaba en la puerta, además de su escolta personal, los servicios secretos le habían designado dos agentes especiales para el viaje a Alemania, un español y un alemán, que habían servido fielmente al Movimiento en diferentes momentos de la Guerra Civil.

El coche salió a toda velocidad seguido por otros dos coches y la Guardia Civil les fue abriendo camino hasta llegar al aeropuerto. Cuando llegaron, sus escoltas le acompañaron por la pista hasta el avión.

No le gustaba volar, pero era la forma más rápida y segura de llegar a Alemania. En cuanto se sentó en la cómoda butaca comenzó a sentir un dolor agudo en el estómago.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alfonso al ministro, estaba sentado justo en la fila de al lado y le veía retorcerse de dolor.

—Ahora se me pasará, ¿puede decir al doctor que venga?

Alfonso se levantó y llamó al doctor. En la comitiva que se dirigía a Alemania había casi de todo, el cuñado de Franco había sabido preparar una comitiva digna de un rey o un jefe de estado. El médico le examinó brevemente y le dio unas pastillas, al poco rato se quedó dormido.

Una hora más tarde Serrano Suñer se despertó descansado y de mejor humor. Alfonso se giró en su asiento y le observó.

—¿Se encuentra mejor señor ministro presidente?

—Sí, incluso se me ha abierto el apetito. Lo que más echo de menos cuando estoy lejos de España es la comida. En Europa se come fatal, si quitamos a los franceses.

—Eso es cierto —contestó Alfonso. Todos le habían comentado que el cuñado de Franco era un tipo petulante, altivo y soberbio, pero con él parecía amable.

—¿Usted y su amigo alemán fueron los que recuperaron los papeles de Tánger?

—Sí, señor ministro.

—Buen trabajo, si llegan a caer en manos de los aliados hubiera sido un verdadero desastre. Lo que no entiendo es cómo al ministro Beigdeber se le ocurrió mandar una copia a Tánger, esa ciudad es un nido de espías y de rojos. ¿De dónde es usted?

—De Santander —contestó Alfonso.

—Una de las ciudades más bonitas de España, el mar de Castilla.

—Sí, señor.

Serrano miró por unos segundos por la pequeña ventanilla del avión.

—No me acostumbro a estos aparatos.

Después esbozó una sonrisa.

—Tenía que haber visto la cara del ministro de Asuntos Exteriores cuando le comuniqué que iba yo a Alemania. Era una orden directa de Franco, pero no le hizo mucha gracia. Le comenté que los aliados se pondrían menos nerviosos si veían que iba a Berlín el líder de Gobernación y no el ministro de Asuntos Exteriores, pero Beigdeber es un viejo zorro y no se lo ha tragado.

—Imagino —dijo Alfonso que conocía al ministro.

—Me imagino que está al tanto del plan...

—No le entiendo señor ministro presidente —dijo Alfonso, que sabía que en la España de Franco era mejor hacerse siempre el tonto, para no terminar delante de un pelotón de fusilamiento o sufrir un inoportuno accidente.

—Venga, seguro que leyó el plan que nos robaron en Tánger.

Alfonso no podía seguir negándolo e hizo un leve gesto con la cabeza.

—Lo que no sabemos es qué nos pedirá Hitler, el lobo de Alemania le llaman.

—No he estado muchas veces en Alemania, únicamente en Baviera para una misión fugaz y en Berlín unas horas de camino a Moscú —le contestó.

—¿Ha estado en Moscú? —preguntó sorprendido el ministro.

—Sí, me ordenaron deshacerme de un comunista que servía de enlace entre el gobierno de la República y la Unión Soviética, cumplí con mi misión y regresé al día siguiente. Apenas vi un poco del centro de la ciudad, hacía un frío de mil diablos.

—¿Cómo es la capital de esa horda bárbara?

—Lo cierto es que me sorprendió su belleza, me recordó un poco a París.

El ministro pidió un té a la azafata e invitó a Alfonso a tomar algo.

—Un brandy. Gracias.

—Yo no tolero el alcohol, nunca he sido un gran bebedor, pero mi estómago me impide beber alcohol.

Continuaron charlando durante un par de horas más, cuando el avión comenzó a descender sobre Berlín, el ministro presidente empezó a tensarse y ya no habló más hasta que tomaron tierra.

En cuanto la comitiva descendió del aparato, un coche oficial llevó a Serrano y sus escoltas de inmediato al encuentro con Ribbentrop.

El imponente mercedes salió a toda velocidad y se dirigió directamente al ministerio. El coche tenía los cristales oscuros, pero desde el interior pudieron observar con asombro las amplias avenidas y la opulencia a pesar de encontrarse en guerra.

Raymond que no había hablado hasta aquel momento le dijo:

—No es oro todo lo que reluce.

Serrano Suñer esbozó una sonrisa y giró de nuevo la cara hasta que se pararon frente al ministerio. Unos guardias de las SS los acompañaron hasta la puerta principal y después los escoltaron hasta el despacho del ministro.

—Será posible —dijo Serrano Suñer al percatarse de que el intérprete no estaba con ellos.

—¿Qué sucede, señor ministro? —le preguntó Alfonso.

—No hemos traído al intérprete.

—Si lo desea, puedo hacer de intérprete —comentó Raymond.

El ministro pareció relajarse de nuevo y los tres entraron en el suntuoso despacho.

Joachim von Ribbentrop se levantó como si tuviera un resorte y saludó efusivamente al español. Este le mostró su mejor sonrisa. Les invitó a que se sentaran en los sillones. En una mesita había unas pastas y un té recién hecho.

—Llevo toda la tarde esperándolos —dijo el alemán.

—El avión salió tarde de Madrid —se disculpó Serrano.

—¿Quién es su intérprete? —preguntó el alemán, que sabía que el alemán de Serrano era muy limitado y prefería hablar en su idioma y no en inglés.

—Es, bueno, un colaborador —contestó. No quería darle más explicaciones.

—Bueno, querido amigo. Estamos muy honrados de su visita a Alemania, sabe que nuestro amado Führer es un buen amigo de su país. Desde el principio los ayudamos a deshacerse del peligro comunista.

—Se lo agradecemos mucho. España y Alemania son pueblos hermanos —le contestó Serrano. Raymond les traducía con soltura, como si llevara toda la vida haciéndolo.

—Estamos muy animados con sus deseos de entrar en la guerra. Siempre hemos sido aliados y tenemos los mismos valores, creemos en la misma

Europa libre de comunistas, parásitos sociales y judíos.

Serrano sabía de la obsesión nazi por los judíos y por eso se permitió una broma.

—Tenían que haber hecho como nosotros, que los expulsamos del país hace quinientos años.

—Sabia decisión —contestó el ministro alemán con una sonrisa.

—Como sabrá, España está interesada en entrar en la guerra a pesar de lo dura y larga que ha sido nuestra guerra civil. El país se encuentra empobrecido, tanto por la sangría humana, como por el esfuerzo bélico, pero también por el espolio del oro español, que terminó en Moscú.

—Entiendo —dijo el alemán cruzando la pierna y acercándose un poco más al español.

—España necesita un espacio vital, una zona en la que expandirse económicamente: el norte de África, el Marruecos francés y Camerún. Por su parte España facilitará a Alemania todas las materias primas que necesite para continuar la guerra en el Este. Nosotros nos encargaremos de que Portugal se mantenga neutral, hemos llegado a un acuerdo con el presidente Salazar. Nuestro vecino no moverá un dedo por su viejo aliado. En el caso de que intentara cualquier cosa, no nos costaría mucho invadirlo. Otra de nuestras reivindicaciones es Gibraltar. Ya sabe que es la espina clavada en España desde hace siglos.

—Entiendo, España quiere recuperar su gloria pasada, pero, además de las materias primas, ¿qué nos ofrece?

Serrano estaba esperando esa pregunta.

—La neutralidad de Portugal y las materias primas son una buena contrapartida, pero también les ofrecemos nuestro ejército, casi un millón de hombres dispuestos a luchar por nuestras dos naciones.

—Me parece estupendo y justo. España merece estar del lado de los vencedores.

Serrano se apoyó por primera vez en el respaldo del sillón y cruzó las piernas. No podía imaginar que la negociación fuera a resultar tan sencilla.

—Aunque hay algunas contrapartidas, claro está.

Serrano frunció el ceño y se puso rígido de nuevo.

—¿Qué tipo de contrapartidas? No entiendo a qué se refiere.

—Muy sencillo, si España ataca Gibraltar con o sin nuestra ayuda, los ingleses no se quedarán de brazos cruzados, estamos seguros de que intentarán invadir alguna de las Islas Canarias y posiblemente también

Portugal. Por eso es necesario que España ceda una de las islas para su defensa; también algunas plazas en el norte de África.

El español se adelantó como si no escuchara bien al alemán, su rostro fue cambiando paulatinamente hasta que pareció romperse en un ataque de ira, que pilló por sorpresa a su interlocutor alemán.

—¿Cómo dice? ¡España nunca cederá ni un ápice de su soberanía nacional! Eso es inaceptable. Nosotros no somos los franceses, nuestra nación es independiente y soberana.

—No le comprendo. Todo lo que hacemos es por su seguridad.

—Las condiciones son inaceptables —contestó de nuevo Serrano.

—Será mejor que las medite un poco...

Serrano se puso en pie y se estiró la guerrera. Después alargó la mano y saludó al ministro.

—Ya está meditado. Traigo una carta personal del Caudillo para Adolfo Hitler.

—Yo mismo se la entregaré —dijo el alemán extendiendo la mano.

—Lo siento, pero debo entregarla en mano.

El ministro alemán por primera vez en toda la conversación mostró su disgusto, se puso en pie y dio la mano a Serrano.

—Mañana podrá dársela al Führer en persona.

—Gracias —dijo Serrano Suñer. Se dio la vuelta y salió a toda prisa del despacho. Durante todo el camino hasta el coche iba rezongando y profiriendo todo tipo de maldiciones.

—¡Inaceptable! —exclamó justo antes de subir al coche y desaparecer entre las avenidas de Berlín. No sabía cómo le iba a transmitir a Franco ese desastre, pero aún confiaba en poder convencerlo.

Capítulo 26

¿Quién quiere impedir el acuerdo?

Berlín, 17 de septiembre de 1940.

Alfonso y Raymond habían dormido en la habitación contigua al ministro; le escucharon durante toda la noche moverse agitado. La úlcera de estómago no le dejaba descansar, pero también la preocupación y la tensión de la reunión del día siguiente. Adolf Hitler no era un negociador fácil; tampoco sabía guardar las formas como el ministro de Asuntos Exteriores, era tosco, despreciativo y muy aburrido. Serrano llevaba días ensayando la estrategia, incluso lo había hecho delante del espejo. No quería parecer servil ni orgulloso; mantener la distancia adecuada y también cierta cercanía.

A primera hora de la mañana salió del cuarto completamente vestido, con un uniforme impecable que se parecía al de los nazis; el pelo peinado con esmero y unas gafas de sol que ocultaban sus abultadas ojeras.

Tomaron un desayuno ligero, el estómago del ministro no estaba aquel día para dispendios. Los tres se dirigieron al Mercedes y una escolta de motos de las SS los llevó hasta la Cancillería.

Al bajar del coche enfrente del monumental edificio, Serrano se quedó contemplándolo un buen rato. Él prefería los edificios más rococós, pero no podía negar la grandilocuencia del edificio. Subieron las escaleras y miraron a los dos soldados que hacían guardia, parecían estatuas de bronce pintadas de negro. Inexpresivos y marciales, casi parecían dioses nórdicos. Caminaron por el gigantesco recibidor y subieron a la segunda planta por unas escalinatas inmensas, sus zapatos repiqueteaban sobre la alfombra roja. Después un oficial los llevó por un largo pasillo, un soldado abrió una puerta inmensa y los hizo entrar en la antesala del despacho de Hitler y se sentaron a esperar.

Una hora más tarde Serrano ya estaba desesperado, se quitó la gorra de plato y se desabrochó un poco la corbata.

—¡Esto es inadmisible! ¿Quieren ponerme nervioso? —terminó diciendo a sus dos guardaespaldas, mientras se ponía de pies y paseaba por la sala.

—El Führer suele despertarse muy tarde, se acuesta de madrugada y no deja que nadie le despierte, no le pueden molestar, no creo que tarde mucho más —le comentó Raymond para tranquilizarle.

Se sentó de nuevo e intentó relajarse un poco. Una media hora más tarde escucharon cómo se abría la puerta del despacho.

Un asistente vestido con uniforme de las SS les pidió que pasaran.

Serrano parecía realmente nervioso, pero intentó caminar con paso firme. Los dos hombres le siguieron. El despacho era tan grande que al principio se quedó sorprendido. Los techos eran altísimos y artesonados; tardaron casi un par de minutos en aproximarse al escritorio. Hitler estaba en medio de las sombras, como si todavía no se hubiera despertado.

—Mi Führer —dijo Serrano cuadrándose.

Hitler hizo un ademán, como si dudara en ponerse en pie, pero después se levantó y se dirigió muy cordialmente al español. A su derecha estaba en ministro Ribbentrop.

—Señor, le presento al ministro español Ramón Serrano Suñer. Es uno de los constructores del nuevo estado español, un verdadero genio de la política y un buen aliado.

—Señor Serrano —dijo con un marcado acento alemán.

—Es un placer conocerlos, el caudillo Francisco Franco le manda sus más cordiales saludos.

—Gracias, devuélvase los por favor.

El grupo se dirigió a un salón, en la mesa había muchos pastelitos, el líder nazi era muy goloso, una de sus pocas debilidades.

—Ayer hablaron ustedes dos, pero quiero que sepa que esto es solo una reunión de acercamiento, nuestro deseo es vernos con el Caudillo en algún punto de la frontera con España. Estamos ansiosos para que entre en guerra a nuestro lado. Ya sabrá que Inglaterra está a punto de sucumbir, tal vez esta sea la guerra que nunca quise hacer. Admiro mucho a los británicos, aunque detesto a ese borrachín que tienen como Primer Ministro.

—Comparto su opinión.

—Mi ministro me ha comentado lo que hablaron ayer. Los dos expusieron sus posturas, puede que haya todavía escollos, pero llegaremos a un buen acuerdo.

—Lo entiendo.

—Por otro lado, estamos de acuerdo en entregarles varias plazas en el norte de África, también territorios cerca de Guinea y la soberanía de Gibraltar.

—Le estamos muy agradecidos, pero necesitamos todo el Marruecos francés —dijo Serrano tímidamente.

—Los franceses son nuestros aliados ahora, el Mariscal es un buen hombre, un buen patriota, está deshaciéndose de toda esa chusma de masones y comunistas que ha gobernado Francia durante décadas. No podemos sacarlos de África sin compensaciones.

—Führer, los franceses no pueden mantener el territorio, hay generales rebeldes que quieren recuperar su país desde las colonias. Nosotros seríamos aliados más leales y efectivos.

—Lo entiendo, pero su ejército está agotado por la guerra y cuenta con armas anticuadas —respondió el ministro.

Serrano le clavó la mirada y continuó con su discurso.

—España puede aportar más de un millón de hombres y asegurar el Mediterráneo, de esa manera Alemania podrá dedicarse a abatir al peor enemigo de Occidente, la Unión Soviética.

—Entiendo, pero necesitamos una de sus islas, es imprescindible para controlar el Atlántico —dijo Hitler.

—Lo lamento, pero no está en mi mano. La soberanía nacional está en juego.

—Sería unos meses, después atacaríamos Portugal y nos quedaríamos con Madeira. España no soportaría un ataque inglés por mar —dijo Hitler sin perder la calma, tomó una pasta y comenzó a masticarla muy despacio.

Serrano comenzó a sudar, sentía el traje pegado al cuerpo y el corazón acelerado. Sabía que la negociación no resultaría fácil, pero aquello era inaceptable. El problema era cómo decirle no al hombre más poderoso del mundo. Si llegaba a enfadarlo, Hitler era capaz de invadir el país.

El español dio un largo sorbo al té y dejó que transcurriera unos segundos, que se hicieron interminables, hasta que el ministro de Asuntos Exteriores alemán se inclinó hacia delante y dijo:

—Lo importante es que España esté dispuesta a entrar en la guerra, todo lo demás es secundario. Ya iremos puliendo los detalles. ¿No les parece? Somos aliados y naciones amigas, tenemos el mismo ideario y nuestro enemigo común es el comunismo, algo que los ingleses no son capaces de entender. Italia está a nuestro lado y tenemos otros aliados como Rumanía, Hungría y muy pronto se nos unirán muchos más.

Hitler sonrió y el ambiente se relajó un poco.

—Espero que su estancia en Berlín sea maravillosa. Si le soy sincero prefiero Múnich. Amo Baviera y las montañas, tal vez porque me crie rodeado de ellas, pero en Berlín no tendrá tiempo de aburrirse.

Ribbentrop se puso en pie y Serrano titubeó unos segundos, después se levantó y se colocó en posición de firme.

—Mi Führer es un honor conversar con usted —dijo muy serio. Después le entregó en mano la carta de Franco y este no la cogió, se limitó a sonreír con la taza de té en la mano.

—Gracias —dijo Ribbentrop mientras tomaba la misiva.

Hitler levantó levemente la mano.

—¡Heil Hitler! —dijeron todos a coro.

Salieron del despacho con paso rápido, el ministro los acompañó hasta el pasillo y se despidió de ellos.

—Muchas gracias por la entrevista. Mañana nos reuniremos de nuevo. El Führer mandará una carta al Caudillo, ciertas cosas es mejor que las traten entre ellos. ¿No le parece?

—Claro —contestó secamente Serrano. Tenía una mezcla de sentimientos: decepcionado, nervioso, enfadado y triste.

Salieron del edificio. El coche ya estaba parado en la puerta. El español dudó unos segundos.

—Quiero caminar un poco para despejarme.

Los tres hombres comenzaron a caminar hacia el río. Cuatro miembros de la Gestapo vestidos de paisano los seguían a pocos pasos.

—Es por nuestra protección —comentó Raymond.

—Estoy un poco confuso. Necesito comer algo.

El tiempo era excelente, se sentaron en una terraza y pidieron algo para beber y comer.

—¿Aquí no hay vino? —preguntó algo molesto Serrano.

—No se lo recomiendo —contestó Raymond.

—Bueno, tomaré cerveza y algo típico.

El alemán se encargó de hacer el pedido y después se retiró al baño.

—¿Cómo lo ha visto todo?

Alfonso no estaba seguro de contestar. Sabía que con los mandamases era muchas veces mejor mantener la boca cerrada, pero por alguna razón parecía confiar en aquel hombre.

—Bueno, sin duda la cosa ha sido tensa, pero menos que ayer. Hitler parece un hombre con determinación, no creo que ceda con facilidad. Ha sometido a media Europa y no tiene por qué dar su brazo a torcer. A veces es mejor perder una isla que todo el país.

Serrano se recostó en la silla y cerró los ojos. El sol le relajó un poco.

—Bueno, si nos ve débiles será cuando se piense invadirnos. Sin duda España no podría resistir a Alemania. Aunque tenemos tres ventajas con respecto a los países que ya ha invadido. La primera es que nuestra orografía es muy compleja e impide dominar el territorio por completo; la segunda es que los españoles somos duros de pelar, seguro que mantendríamos una guerra de guerrillas hasta expulsarlos; y la tercera y más importante es que Hitler no puede mantener un ejército en España e intentar atacar a Rusia. Además, tendría que dominar también Portugal.

—Eso es cierto, señor ministro presidente. Aunque Hitler no se caracteriza por pararse a pensar las consecuencias de sus actos. Se cree tocado por la Providencia —comentó Alfonso mientras tomaba una jarra de cerveza.

—Eso es cierto —dijo Raymond, que terminaba de regresar del baño y se había sentado al lado de Alfonso.

—Creo que los nazis tienen mucha prisa, tal vez nuestra baza sea el tiempo —dijo Serrano, como si en ese momento hubiera recibido una inspiración divina.

Los tres comieron algo y a los pocos minutos se encontraban relajados, dispuestos a disfrutar de la ciudad aunque solo fuera por unos momentos. Desde el otro lado de la plaza tres hombres los vigilaban y tomaban notas. Los agentes de la Gestapo no se percataron de su presencia. A pesar de ser españoles su aspecto era muy corriente y pasaban completamente desapercibidos entre la multitud que se dirigía a cenar, después de una dura jornada de trabajo.

Capítulo 27

La lista de generales

Berlín, 28 de septiembre de 1940.

Nada le ataba en la capital. Habían sobrevivido a una dura negociación económica a tres bandas. Serrano estaba hastiado de la ciudad. El conde Ciano, yerno de Duce, le había pedido celebrar una última reunión antes de que regresara a Madrid. El ministro español estaba agotado, ni siquiera había conseguido sus peticiones de trigo, algodón, caucho y fertilizantes para intentar levantar el país. El día anterior habían firmado el Pacto Tripartito entre Japón, Italia y Alemania, pero él se había negado a ratificarlo.

Después de la reunión con Ciano tomaría el primer avión para Madrid.

Alfonso y Raymond comprobaron la salida del edificio donde se alojaban, antes de que el ministro entrase en el coche. El ministro salió a toda prisa pero, antes de que lograra montarse, escucharon unos disparos a sus espaldas. Alfonso fue el primero en sacar el arma y disparar a tres tipos que corrían hacia ellos con las pistolas en las manos. El primero de los pistoleros cayó redondo a unos pocos metros del ministro, el segundo recibió un par de disparos y perdió el arma, pero el tercero logró disparar contra Serrano. El ministro se agachó y Raymond logró abatir al último asaltante.

—Señor ministro, ¿se encuentra bien? —preguntó el alemán.

Varios agentes de la Gestapo se acercaron para ayudarlos y retuvieron al único asaltante que aún estaba con vida. Alfonso se aproximó a Serrano y su compañero le advirtió que estaba herido.

—Debe ser superficial —dijo Alfonso tocándose la chaqueta ensangrentada. Montaron en el coche y se dirigieron a la reunión. Serrano estaba lívido, como si no le circulara la sangre.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el ministro al guardaespaldas.

—Bien —dijo mientras se quitaba la chaqueta. La herida le había empapado la camisa blanca y la chaqueta.

—Será mejor que regresemos —dijo Serrano al chófer.

—No, de verdad. Prefiero que vea al ministro italiano y que concluya la misión —le dijo al comprobar que la bala le había levantado la piel, pero no

había penetrado en ningún músculo. Se colocó un pañuelo limpio y se puso de nuevo la chaqueta.

Llegaron a la embajada italiana a los pocos minutos. Descendieron del vehículo y entraron a toda prisa, por si había más asesinos apostados. No estaban seguros de que aquellos tres fueran los únicos matones que habían enviado contra ellos.

El conde Ciano los estaba esperando. Era un hombre apuesto y amable, muy educado y cordial. Serrano y él se conocían bien.

—Querido amigo, acabo de enterarme, ¿se encuentra bien?

—Sí conde, uno de mis hombres está levemente herido, pero yo he resultado ileso.

Se sentaron para charlar, Serrano habló en italiano, mientras Alfonso iba al baño a curarse la herida y Raymond se aseguraba de que estuviera preparado un coche para dirigirse directamente al aeropuerto.

—¿Quién puede haber sido? —le preguntó el italiano.

—Tengo muchos enemigos dentro y fuera de España, pero sobre todo en el gobierno. No lo sé, imagino que cualquiera, pero eso no me va a detener. Tengo que conseguir un buen acuerdo para España, nuestro futuro depende de ello.

—Lo entiendo, yo pienso lo mismo de Italia. Aunque creo que no entiende la mentalidad de los alemanes. Ellos siempre son muy puntillosos, les gusta tenerlo todo muy atado. Intente ser flexible, luego podrá cambiar las cosas. Los alemanes digieren difícilmente los cambios, pero son muy pragmáticos, si ven que no pueden evitar algo terminan por aceptarlo.

—Entiendo, pero lo escrito...

—Nosotros terminamos de firmar el acuerdo. ¿Cree que vamos a obedecer todo al pie de la letra? No amigo, lo que haremos es respetar el espíritu del acuerdo, la esencia.

Serrano conocía muy bien a los italianos, había tratado con ellos durante toda la guerra y eran unos grandes improvisadores, pero la situación actual de España era muy precaria y necesitaba que los alemanes se comprometiesen a ayudarlos, de otra manera no podría evitar que Franco se inclinara hacia los ingleses. Aliarse a los perdedores era una temeridad, pero la situación económica era desesperante. La gente se moría de hambre por las calles.

—Entiendo, creo que llegaremos a un acuerdo, al menos hemos conseguido un encuentro oficial entre el Caudillo y Hitler.

Alfonso regresó del baño y se colocó detrás de Serrano. Los dos ministros hablaron un par de horas más, antes de que salieran para el aeropuerto.

—Muchas gracias por su cordialidad, espero que nos veamos pronto. La próxima vez será como aliados —dijo Serrano dándole al conde un fuerte apretón de manos.

—Seguro que sí, querido amigo.

Llegaron al aeropuerto por la tarde, el avión ya estaba listo en la pista y a los pocos minutos ya volaban sobre el cielo de Berlín. Serrano dio varios suspiros al ver que se alejaban de aquella pesadilla burocrática y de las tensas negociaciones. Seguía convencido de que España debía luchar a favor de Alemania, pero no a cualquier precio. Confiaba en que los nazis entrarían al final en razón.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó a Alfonso que estaba sentado en la fila de detrás.

Raymond se asomó desde la parte de atrás y les dijo:

—Llamé a la oficina central de la Gestapo, habían interrogado al superviviente antes de que muriera por sus heridas.

—¿Confesó? ¿Habló sobre los instigadores? —preguntó Serrano ansioso.

—Eran tres españoles, al parecer con pasado anarquista, aunque no actuaron movidos por sus ideales. Bueno, imagino que para ellos usted es un enemigo, pero al parecer lo hicieron por dinero. Alguien los contrató, no sabía el nombre del que puso el dinero, al parecer el hombre que les propuso el atentado era un tal Mariano Martín, un doble agente durante la Guerra Civil.

—¡Joder, Mariano! —exclamó Alfonso.

—¿Lo conoce? —preguntó sorprendido el ministro.

—Pertenece a la agencia, es un compañero, trabaja para los servicios secretos del ejército.

Los tres se quedaron unos minutos en silencio. Alguien desde dentro del gobierno estaba intentando abortar el acuerdo. Ya fueran los monárquicos, los generales o algunos miembros contrarios a Franco.

—Tendremos que andar con cautela. ¿A quién entregó la lista? —preguntó Serrano.

—Mi jefe me dijo que era mejor que la guardase por el momento —contestó Alfonso.

—Y ¿dónde la ha guardado?

—Está a buen recaudo en Madrid.

Capítulo 28

Un té con el embajador

Madrid, 28 de septiembre de 1940.

Una noche de descanso, unas buenas dosis de ginebra y una bellísima mulata fueron suficientes para que Alfonso se recuperara del todo de su herida. Cuando llegó por la mañana al Palacio del Canto del Pico, el coronel Vicente Fernández Bascarán le estaba esperando.

—¿Se puede saber dónde ha pasado la noche?

—Señor, necesitaba recuperar fuerzas y...

—Bebiendo y acostándose con putas. ¿Esa es la forma que tiene usted de recuperarse de unas heridas?

—Puede que no sea muy adecuado para las heridas del cuerpo, pero es lo mejor para las del alma —dijo haciéndose el gracioso.

El coronel frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Lo siento —se disculpó mientras el superior le llevaba a la terraza. Después miró a un lado y al otro antes de continuar su charla.

—Estoy investigando el atentado en Berlín. Me han comentado que el posible tipo que los contrató es Miguel Martín. No entiendo cómo ha podido suceder algo así.

—Él también trabaja para la agencia —dijo Alfonso.

—Trabajaba, le eché hace más de seis meses. No sabía nada de él, parece que ahora actúa por libre, pero no me extrañaría nada que estuviera a sueldo del ministro de Exteriores o de esa panda de traidores vendidos a los británicos. Quiero que se infiltre en la embajada. Mañana hay una maldita recepción. Llega a Madrid desde Lisboa esta tarde, mañana tiene una recepción en la embajada. Creemos que algunos de los generales estarán en la recepción con la excusa, aunque su verdadera intención es entrevistarse con el embajador. Deberá infiltrarse y reunir pruebas contra ellos. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor. ¿Me acompañará Raymond?

El coronel se quedó pensativo por unos instantes. Después se giró hacia la fachada de la casa.

—Es el enlace de la Gestapo con nosotros. Hermann Göring cree que los alemanes que descubrieron en Tánger planeaban algo, un conflicto que

obligue a España a entrar en la guerra, aunque desconocemos su intención. Su compañero ya ha salido para Madrid. Está en la jefatura llevándose los papeles y los uniformes para la embajada. Podrán dormir dentro hoy para montar la recepción y mañana para la cena de gala. Tienen algo más de 24 horas para reunir pruebas suficientes para que atrapemos a esas ratas.

Alfonso tomó del garaje uno de los mercedes de la agencia y condujo a toda velocidad hacia Madrid, le encantaba esa sensación de libertad, mientras el aire le sacudía la cara por la ventanilla. Aún los días eran largos y cálidos, los bosques que cercaban la carretera hasta que llegó a las inmediaciones de Ciudad Universitaria le hicieron recordar su Cantabria natal. Llevaba muchos años sin regresar a casa. Sabía cómo se encontraban sus padres y el resto de su familia. Se había asegurado de que no sufrieran represalias al finalizar la guerra, pero estaba seguro de que nunca le volverían a aceptar, sobre todo si supieran a qué se dedicaba. No era más que un sicario al servicio de un Estado totalitario. Intentó apartar esas ideas de su cabeza. Sabía que había tomado la mejor opción. De otra forma se hubiera podrido en la cárcel durante la guerra y, al finalizar, los falangistas le hubieran dado el paseíllo y pegado un tiro en cualquier cuneta.

Cuando llegó al piso franco de la agencia junto a la embajada subió los peldaños de dos en dos. Intentó apartar todas aquellas ideas de su mente y centrarse en la misión. En las últimas semanas habían pasado demasiadas cosas. La muerte de Dalila, su reencuentro con Raymond, la sensación de que estaba en el bando equivocado y cuando ya no le necesitaran se desharían de él, para que no se fuera de la lengua. No conocía a ningún agente que hubiera llegado a viejo.

Llamó a la puerta y le recibió Raymond ya vestido de camarero.

—Te sienta bien el uniforme —bromeó Alfonso.

—Muy gracioso. Llevo mucho tiempo esperando, antes de una hora tenemos que presentarnos en la embajada.

—Está bien. No te pongas nervioso.

Se terminaron de arreglar y se dirigieron a la residencia del embajador. Se encontraba en el antiguo Palacete del Marqués de Álava. Pararon la furgoneta Renault y les pidieron los papeles. Después aparcaron en la parte trasera y se unieron al resto de camareros contratados.

Alfonso se alejó del resto de empleados que preparaban la recepción en los jardines y se dirigió a los despachos, debía buscar cartas comprometidas y papeles que relacionaran a los generales. La agencia le había facilitado una

cámara relativamente pequeña, para que sacara copia de todos los documentos.

A aquella hora de la tarde las oficinas estaban casi desiertas. Para disimular su presencia en aquella parte del palacio llevaba una bandeja con unas tazas de té. Llamó al despacho del embajador y cuando comprobó que no había nadie, comenzó a buscar los papeles.

Abrió los cajones y archivadores, pero no encontró nada. Después registró el escritorio y miró entre los libros, movió sin querer un cuadro y vio la caja fuerte.

—Es aquí donde guardas todo —dijo en voz alta. Justo en ese momento escuchó la puerta abrirse. Corrió hacia la bandeja y la tomó con la mano.

—¿Quién es usted? —preguntó el embajador algo enfadado.

—Lo lamento señor, me dijeron que trajera el té al despacho...

—Está bien. Déjalo en la mesa.

—¿Se lo sirvo?

—Sí, por favor —dijo el embajador mientras se dirigía hacia el cuadro, lo movió y comenzó a girar la rueda, marcando los números. Alfonso memorizó los números y cuando el embajador se dio la vuelta él le acercó el té.

—Gracias.

El embajador se sentó en uno de los sofás de cuero y comenzó a beberlo poco a poco.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Alfonso.

El embajador hizo un gesto afirmativo. Salió de la sala y se dirigió por el pasillo de nuevo al jardín. Raymond estaba ayudando a montar las mesas.

—¿Has conseguido hacer las fotos? —le preguntó disimuladamente.

—No, está todo en una caja fuerte, pero he memorizado la clave. Esta noche tendremos que volver.

—Será muy peligroso.

—Bueno, creo que el jefe te facilitó los horarios de los guardias, simplemente tenemos que esperar a que pasen la ronda y después sacar los papeles, hacer las fotos y esconder el carrete.

Después de una frugal cena se dirigieron a las habitaciones del servicio, en un edificio colindante, que se comunicaba con la casa principal a través del jardín. Tuvieron que esperar dos horas hasta que todo estuvo en calma. Después fueron a la casa principal. Si los encontraban curioseando podían detenerlos o dispararles directamente, pero en ambos casos la agencia no podría hacer nada por ellos.

Esperaron a que pasara el guardia exterior con la linterna, después forzaron una de las puertas que daba al balcón principal y caminaron por los pasillos a oscuras. El suelo crujía a su paso, por eso debían caminar muy despacio. Llegaron al despacho del embajador, pero se detuvieron en seco al escuchar voces en la sala contigua.

—Mañana será un día complicado. El duque de Windsor es un verdadero problema. Los nazis quieren que viaje a Alemania, pero eso sería alta traición. Algunos de mis hombres me han comunicado que está en Madrid para llegar a un acuerdo con Hitler. Quiere recuperar el trono y firmar la paz —dijo el embajador a un hombre que estaba sentado a su lado.

—Un pronazi gobernando Reino Unido sería muy peligroso. El Imperio se convertiría en un títere de Alemania, y poco a poco se harían con todas sus posesiones.

—Ya lo sé, ministro. Por eso nos interesa que los alemanes se convenzan de que no nos pueden invadir, pero para eso necesitamos que se centren en Rusia y se olviden de nuestra isla. España está justo en medio, si entra en la guerra intentarán quitarnos Gibraltar e invadir Portugal.

—Bueno, ya sabe que estoy de acuerdo con usted. Ese cabo austriaco está poniendo patas arriba el mundo. Un ateo mal nacido, que odia a nuestra clase, que daría cualquier cosa por vernos a todos nosotros colgados. Pero no puedo traicionar a mi país, soy un patriota.

—Lo entiendo, señor ministro. A veces terminar con un gobierno es un acto de patriotismo y no de traición. Yo mismo no estoy de acuerdo con el Primer Ministro, pero sé que es una locura rendirse a los alemanes. Si se alían con ellos terminarán por invadirlos. Ya les he prometido que si no llegan a un acuerdo con los nazis les devolveremos Gibraltar, los ayudaremos a conquistar la parte francesa de Marruecos y les prestaremos dinero para que rehagan su economía.

—Pero lo que me pide es mucho más que boicotear un acuerdo, me está pidiendo...

Raymond tropezó con algo y se escuchó un leve ruido en medio del silencio. El general Beigbeder se puso tenso.

—Tranquilo, la embajada es segura. Además, por eso nos reunimos a estas horas intempestivas. Sé que los servicios secretos de su país tienen la embajada controlada en todo momento.

—Creo que Franco quiere sacarme del gobierno, también a otros ministros moderados que quieren la restauración borbónica y el regreso paulatino a la normalidad.

—Por eso hay que actuar cuanto antes. Ya sabe a qué me refiero.

—Transmitiré sus impresiones —dijo el ministro poniéndose en pie. Los dos hombres abandonaron la sala y se alejaron por el pasillo.

Alfonso y Raymond aprovecharon para entrar en el despacho y abrir la caja fuerte. Sacaron los papeles y los examinaron con una linterna. Después fotografiaron todos los documentos relacionados con el pago a generales que apoyaban la neutralidad española. Quince minutos más tarde estaban de vuelta en la habitación.

—¿Has escuchado lo que comentaban? —le preguntó Raymond.

—Sí, no estoy sordo.

—Entonces, es mucho más grave de lo que creíamos. Los ingleses están haciendo mucho más que sobornar a unos generales para que España no entre en la guerra. Están organizando un golpe de estado.

—Eso parece —contestó Alfonso sin mucho entusiasmo.

—Tenemos que informar de inmediato.

—Esperaremos a que termine esta misión. Después informaremos a mi jefe —comentó Alfonso, antes de girarse en la cama para intentar dormir un poco.

Mientras intentaba relajarse, no podía dejar de pensar en lo que acababa de oír. En cierto sentido, prefería un regreso a la monarquía a que Franco se convirtiera en un dictador a perpetuidad. No sabía cuán profunda era la conspiración, pero aquel era el momento en el que el país se encontraba en una verdadera encrucijada. En el caso de que los monárquicos tomaran el poder, las posibilidades de que los nazis decidieran invadir España se incrementaban, pero la otra opción no era mucho mejor, ya que el país no estaba preparado para otra larga y cruenta guerra.

Capítulo 29

Eduardo VIII en la Villa y Corte

Madrid, 29 de septiembre de 1940.

Alfonso estaba deseando salir de la embajada, pero el día se le pasó relativamente rápido. Se le resentía un poco el brazo herido, pero el trabajo físico le vino bien. Necesitaba agotarse y bajar un poco su estrés, no podía perder los nervios y echar la misión al traste. Raymond parecía mucho más sosegado, a veces pensaba que su amigo alemán no tenía sangre en las venas. Apenas le contaba nada personal, aunque ninguno de los dos tenía demasiada vida fuera de sus respectivas agencias.

Miró el amplio jardín, las mesas cuidadosamente alineadas, las carpas abiertas de un blanco impoluto, la comida que empezaba a colocarse en bandejas de plata y los vinos más caros del país. Alfonso miró todo aquello y por primera vez desde el final de la guerra se sintió asqueado. En Madrid decenas de miles de personas pasaban hambre, pero las cosas eran aún peor en muchas zonas de La Mancha, Extremadura, Andalucía o Cataluña. Los vencidos tenían que mendigar el pan de los vencedores, pero en muchos casos, hasta los mismos vencedores veían cómo unos pocos oportunistas se hacían ricos especulando con lo poco que había logrado sobrevivir a una guerra tan dura y cruel.

Los invitados comenzaron a llegar a las siete de la tarde, la cena era a las ocho, muy pronto para los españoles y muy tarde para los ingleses.

Los primeros en llegar fueron los invitados británicos que residían en la capital. Hasta para ellos era más fácil comer ciertas cosas en la embajada, que conseguirlo en el mercado negro. Después llegaron algunos embajadores de países amigos, aunque la mayoría había dado la espalda a los ingleses, como si ya pudieran oler el cadáver a punto de ser devorado por los nazis. Por último los españoles. Entre ellos varios ministros, casi todos los generales que había en la ciudad y otros que habían venido expresamente a la cena desde las provincias. Serrano Suñer llegó de los últimos, llevaba a su esposa del brazo, una mujer agradable, pero apagada y un poco gris, como la esposa de Franco. Los últimos en aparecer fueron los duques de Windsor. Una pareja joven y bien parecida que disfrutaban siendo el centro de la fiesta, como si estuvieran

algo resentidos por el abandono y aislamiento al que los había sometido la casa real. El embajador los llevó hasta sus asientos y comenzó la recepción oficial.

El embajador se fue hasta el estrado para dar un breve discurso. En ese momento se acercó a él un oficial de la embajada y le susurró algo al oído.

—Señoras y señores, excelencia, queridos colegas y amigos. Hoy nos reúne aquí, en este pequeño pedazo de suelo británico, la recepción a los duques de Windsor. Nuestros amados duques ya habían estado en Madrid, pero no habíamos podido recibirlos como se merecen. España acaba de terminar uno de los episodios más trágicos de su historia. Apenas han comenzado a cerrar sus heridas y una nueva guerra se cierne sobre ella. Mi amado país sufre cada día el zarpazo de un conflicto que intentó evitar a toda costa. Ustedes saben cómo dediqué toda mi carrera a frenar una nueva guerra mundial, pero a veces no es suficiente con las buenas intenciones, debemos utilizar además las mejores y más fuertes convicciones. Los duques son un puente entre nosotros y aquellos que nos atacan, muchos no entienden la importancia de su cometido y lo noble de su lucha. No queremos que una nueva generación de europeos, y menos de españoles, vuelvan a morir en los campos de Francia, Gran Bretaña o Alemania. Me gustaría que todos estuviéramos un minuto en silencio por la paz.

Mientras la gente permanecía completamente callada, por uno de los laterales Alfonso observó cómo se acercaba un hombre que conocía bien. Le miró con asombro. No esperaba que se presentase en la embajada británica mientras se estaban realizando conversaciones con los nazis.

Nicolás Franco, el hermano y mano derecha de Franco, se sentó en una esquina alejada, junto a varios generales. Le sirvieron una copa de vino y lo tomó mientras el resto permanecía en silencio.

—Quiero que reciban con un fuerte aplauso al duque de Windsor. Excelencia.

El duque caminó despacio hasta el estrado, llevaba las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Todos pensaron que se tragaría, parecía muy tímido.

—Señoras y señores, es un honor para mi esposa y para mí estar esta noche mágica en Madrid. Sabemos lo que ha sufrido este pueblo, pero pronto resurgirá de sus cenizas. A veces los pueblos se tienen que purificar por el fuego. Un viento helado se cierne sobre Europa, un viento que procede del Este, que todo lo destruye a su paso. Es el viento del comunismo. La única forma de salvar a Europa y al mundo es deteniendo ese vendaval antes de que

nos destruya a todos. Cuando Adolf Hitler ascendió al poder en Alemania, muchos no se lo tomaron en serio, creían que era un fantoche, un hombre de paja que no duraría mucho en el poder, pero ha demostrado la fuerza de sus ideas y el poder de su pueblo. Gran Bretaña está envuelta en una larga decadencia, pero creemos firmemente que, igual que sucedió a España, del fuego de la historia renacerá mucho más fuerte y firme, dispuesta de nuevo a ocupar su lugar en el mundo. Muchas gracias.

El duque se dirigió a su asiento y dio comienzo la cena. Alfonso aprovechó para acercarse a la mesa de los generales y escuchar sus conversaciones, mientras Raymond estaba en la mesa principal de embajador, donde comían los duques.

—Un bello discurso —dijo el general Varela.

El general Aranda estaba tan ocupado con la comida que se limitó a afirmar con la cabeza. El general Gallarza y el general Kidelán parecían disfrutar con el vino y el espectáculo que los embajadores habían contratado para amenizar la velada.

—Queridos compañeros —dijo Nicolás Franco—, el duque tiene razón en una cosa, Gran Bretaña ha aprendido una gran lección, ahora queda descubrir si nosotros podremos aprenderla también.

—¿Y qué lección es esa? —le preguntó Valera, al que no le caía muy bien el hermano del Caudillo.

—A veces hay que hacerlo todo cenizas, para construir todo de cero. Eso es lo que ha hecho mi hermano. Muchos de ustedes anhelan la monarquía, pero ¿qué ha hecho la monarquía por España? El sistema estaba tan corrupto que el general Primo de Rivera tuvo que salvarlo. ¿Cómo se lo pagó la monarquía? Mandándole al exilio sin un céntimo.

—Bueno, el general Primo de Rivera tan poco era un santo —contestó el general Varela.

El hermano de Franco le miró de reojo, como si quisiera ignorara sus palabras.

—Lo único que digo es que los que piensen que el Caudillo va caer en esa trampa están muy equivocados. Mi hermano Francisco no es Primo de Rivera.

Nicolás se puso en pie y se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado. Todos se quedaron en silencio, hasta que Kindelán comenzó a hablar.

—¡Joder con los Franco! Se creen que pueden amedrentarnos. ¿Quién les puso donde están ahora? Me parece...

El general Valera le dio un codazo, para que hablase más bajo.

—Bueno, puede que dentro de poco no tengamos que aguantar más sus palabras impertinentes —comentó Kindelán en un tono más bajo.

—¿Cuántos son ya? —preguntó Gallarza.

—Ya somos once, pero dentro de poco seremos muchos más —dijo Varela.

Alfonso se retiró de la mesa y se aproximó a la del embajador, Serrano hablaba amigablemente con el duque.

—Excelencia, es un placer volver a verle. Es un fiel amigo de España.

—Me han comentado sobre su visita a Berlín —dijo el duque.

—Sí, ya sabe, es parte del trabajo.

—Bueno, imagino que su país está muy cerca de Alemania, le entiendo, llevo años intentando que Londres se dé cuenta de que Berlín es un aliado.

El embajador frunció el ceño, aquel comentario era como mínimo alta traición.

—A veces, los aliados cambian rápidamente.

—Señor embajador, en eso está equivocado —le corrigió Serrano, al que el embajador le parecía un conspirador que Franco debía haber expulsado de Madrid hacía mucho tiempo.

—¿Usted cree? ¿Conoce las Sagradas Escrituras?

—Naturalmente, señor embajador —dijo Serrano con el ceño fruncido.

—“Aquel que se cree fuerte, mire que no caiga”.

—Epístola primera de Pablo a los Corintios, capítulo 10 y verso 12 —dijo el duque de Windsor, para sacar del aprieto al español.

—Ustedes los ingleses le dan mucha importancia a la Biblia, nosotros tenemos a Santiago Apóstol como patrón y a la Virgen como madre, querido embajador.

Alfonso y Raymond se alejaron de la mesa.

—Estoy deseando que termine esta maldita cena —le comentó el español.

—Ya queda poco.

Escucharon una voz de mujer a sus espaldas y se giraron sobresaltados.

—¿Qué demonios hacen aquí y vestidos de esa manera? Creo que no me equivoqué al decirles que eran dos espías.

La periodista Helen Kirkpatrick esbozó una leve sonrisa y ellos se la llevaron aparte.

—Por favor, le pedimos que sea discreta —dijo Raymond con suavidad.

—Si quieren que sea discreta tendrán que prometerme una cosa.

—Usted dirá —contestó Alfonso.

—Quiero verlos en Chicote mañana a las doce del mediodía. Por favor, sean puntuales a la cita.

Después se giró y se dirigió a la mesa del embajador para charlar con los marqueses. El resto de la velada transcurrió con normalidad. Alfonso cada vez se sentía más confuso. De alguna manera Franco sabía los detalles de la conjura, aunque él aún no había entregado la lista.

La cena terminó más tarde de lo previsto, Alfonso y Raymond abandonaron la embajada a las dos de la madrugada. Mientras se dirigían al piso franco para descansar un poco, escucharon unos pasos. Al girarse Alfonso vio a un hombre que se escondía en las sombras. Decidió no seguirlo, estaba convencido de que podría cazarle mejor cuando intentara seguirlos de nuevo.

Capítulo 30

Chicote

Madrid, 30 de septiembre de 1940.

Los dos agentes fueron puntuales a la cita. Antes habían pasado a revelar las fotos en uno de los laboratorios de la agencia, tras la reunión con la periodista norteamericana pensaban ir directamente a ver a su jefe.

La mujer entró en el bar con un traje de alta costura que dejó a todo el mundo admirado. No era tan común ver por la Gran Vía a mujeres tan bien vestidas, la mayoría no salían del barrio de Salamanca o de sus villas en la sierra de Madrid. La mujer se acercó a su mesa y se sentó con las piernas cruzadas, encendió un cigarrillo y pidió un vermut al camarero.

Los dos hombres la miraron con fascinación hasta que comenzó a hablarles.

—Me chocó verlos ayer en la embajada. Les hacía todavía en Tánger.

—¿Cómo fue su viaje a Rabat? ¿Pudo entrevistar a Mohamed V?

—La verdad es que fue muy amable. Mi periódico lo puso en primera plana, pero no es lo más interesante que descubrí en la ciudad.

—¿No? ¿Logró descubrir que tramaba el alemán que iba en el barco? —preguntó Alfonso.

—Si quieren que les informe, antes tendrán que responder a unas preguntas. Naturalmente, todo lo que me cuenten será estrictamente confidencial.

—Entiendo —dijo Raymond frunciendo el ceño—. Será mejor que nos marchemos.

—Espera —contestó Alfonso—. ¿Qué quiere preguntarnos?

—Un grupo de vendedores de armas alemanes y de militares españoles quieren que el sultán de Marruecos se levante contra los franceses, pero eso es alta traición, ya que Francia es en la actualidad un aliado de Francia.

—Bueno, es una forma de verlo.

—Mis informadores me han contado que el mariscal Petain y Adolf Hitler se reunirán en breve. Si se produce un conflicto, España podría atacar aduciendo la seguridad en la zona, Alemania tendría que aceptar la ocupación y, *de facto*, España ganaría el norte de África sin entrar en guerra con Gran

Bretaña. Además, cuando esta pierda la guerra, España pedirá a Alemania Gibraltar o se limitará a conquistarla. Después...

—Después qué —dijo Alfonso como si quisiera que la mujer continuara con sus elucubraciones.

—España podrá ocupar Portugal. Eso es lo que decía en esos malditos papeles. ¿Cierto?

—¿Qué papeles? —preguntó Alfonso.

—Los que fueron a recuperar a Tángier. Una jugada maestra, pero creo que hay un problema.

—¿Cuál? —preguntó Raymond.

—Si Alemania descubre lo que planean, invadirá el país. Si los ingleses descubren lo que traman, declararán la guerra a España.

Los dos hombres la observaron admirados. Si ella había logrado llegar a esa conclusión. ¿Cuánto tiempo tardarían en hacerlo los alemanes o los británicos?

—¿Qué quiere que le contemos? Parece que ya ha sacado sus propias conclusiones —comentó Alfonso.

—Es cierto, pero los periodistas necesitamos pruebas, no teorías. Creo que ustedes las encontraron. Si me las facilitan yo les entregaré una información muy valiosa.

—Pero si usted publica eso...

—Será un artículo, todo se parará y nadie hará nada. A veces la verdad es el mejor remedio contra la guerra.

—¿Usted cree? No estoy tan seguro. Si intenta hacer pública esa información la matarán —dijo Raymond muy serio.

—¿Confía en que su amigo no le cuente todo a su jefe? —preguntó la mujer señalando al alemán.

Alfonso se encogió de hombros.

—A veces tenemos que confiar en alguien. ¿Confía usted en nosotros? Le daremos pruebas si usted nos promete que sacará el artículo dentro de unos meses, cuando ya no suponga un peligro para el país.

La mujer se quedó pensativa.

—Está bien, entonces yo les descubriré otro secreto aún más peligroso.

—¿Cuál? —preguntaron los dos hombres a coro.

—Su gobierno es una marioneta, los hilos se están moviendo desde Berlín y persiguen otro objetivo, quitar de en medio a Franco y colocar a un militar más afín a los nacionalsocialistas.

3ª Parte: Hendaya

Capítulo 31

Intento de alzamiento

Madrid, 1 de octubre de 1940.

Tuvieron que esperar casi media hora a que los recibiera el coronel Vicente Fernández Bascarán. Cuando entraron en el despacho no les pasó desapercibida la cara de preocupación de su jefe.

—Todo esto es muy grave, ayer vi las fotos de los documentos. En ellas se detallan cifras y algunos nombres en claves. También tenemos la lista, pero necesitamos las pruebas de que ambos documentos están relacionados, la pista del dinero y qué planes concretos tienen para deponer al Caudillo.

—No será fácil recopilar todas esas pruebas. Además, puede que los generales estén pensando más en beneficiarse de los pagos ingleses que derrocar al jefe del Estado. Según ponen los documentos y la conversación que escuchamos entre el ministro de Asuntos Exteriores, lo que quieren los ingleses es evitar una guerra con España a toda costa —comentó Alfonso, que no se había atrevido a contar a su jefe el otro supuesto plan de los nazis para derrocar a Franco.

El coronel apuntó algo en una hoja, después miró a sus dos colaboradores.

—Según los papeles el MI6 es el que ha conseguido comprar a los generales. Deben seguir la pista a Juan March y al capitán Alan Hilgarth. Deben interrogarlos y sacarles toda la información.

—Pero mi coronel, uno es el banquero más influyente del país y el que ayudó a financiar la guerra y el otro es un asesor naval de la embajada británica —se quejó el español.

—Tienen carta blanca en esto, si los atrapan negaremos que trabajan para nosotros, pero pueden utilizar todos los medios a su alcance, ya me entienden.

—¿Todos? —preguntó Alfonso.

—Sí, sin excepción. Esto es un asunto de seguridad nacional y no podemos arriesgarnos.

Los dos agentes salieron del despacho algo aturridos, la misión que les encomendaba era muy compleja. No sería fácil encontrar más pruebas, por otro lado, los agentes que intentaban frenar el poder de Serrano en el gobierno y evitar que se descubriera la conspiración les pisaban los talones y

seguramente ellos también tenían licencia para matar o hacer cualquier tipo de tropelía.

—¿Qué piensas de la misión? —le preguntó Raymond, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Alfonso no respondió, se limitó a encogerse de hombros y después se dirigieron a su coche. Subieron al vehículo y no pararon hasta llegar a una suntuosa mansión en Pozuelo. El español se quitó el sombrero y se le puso sobre la cara.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Esperar, esta es la casa del empresario. Tendremos que seguirle para intentar descubrir más de sus movimientos.

—¿Le conoces?

—En este país todo el mundo conoce a Juan March Ordinas. Es un constructor y banquero balear. Comenzó con un modesto negocio familiar, pero dicen que amasó su fortuna gracias al contrabando. Después se dedicó a la venta de tabaco y energía. En 1915 fue acusado de proporcionar ilegalmente combustible a los submarinos austriacos, ya que España era neutral y no podía facilitar ayuda a ningún contendiente. Aunque su verdadera fortuna se debe a la creación de Trasmediterránea. En la época de la República fue investigado por evasión de impuestos y se dice que se puso al lado del bando nacional para escapar de sus obligaciones fiscales. Pagó desde el alquiler del *Dragon Rapide* en el que Franco escapó de Canarias, hasta el rearme del ejército, prestando seiscientos millones de pesetas. Como comprenderás es intocable, bueno eso hasta cierto punto, meterse con el Caudillo no ha sido una jugada muy inteligente. Por eso el jefe nos ha dado carta blanca para sacarle la información, pero no nos protegerá si nos pillan haciéndole algo.

Tras varias horas de espera, al final el coche del banquero, conducido por unos de sus chóferes salió de la mansión. Le siguieron discretamente hasta una casa muy cerca de Ciudad Universitaria.

—¿De quién es esa casa? —preguntó Raymond.

—No te lo vas a creer —contestó con una sonrisa irónica el español.

—Me tienes en ascuas.

—Es la casa de Nicolás Franco, el hermano del Caudillo.

El alemán hizo un gesto de sorpresa.

—¿Por qué está con el hermano del Jefe del Estado?

—Muchos dicen que es el testaferro de su hermano. Ahora es embajador en Portugal, pero pasa más tiempo en Madrid que en Lisboa. Tenemos que

enterarnos de qué están hablando —dijo Alfonso mientras bajaba del coche y comenzaba a examinar la cerca. No era demasiado alta, pero temía que hubiera perros sueltos o guardas.

—Ayúdame —le pidió a su compañero, que le puso las manos como un estribo y le ayudó a subir a la tapia. Después este extendió la mano y tiró del alemán.

Saltaron al césped y fueron ocultándose entre los árboles hasta encontrarse debajo de la ventana del dueño de la casa. Tenían las ventanas abiertas, aún los días eran muy calurosos en Madrid a pesar de la llegada del otoño.

—Querido amigo —dijo Nicolás Franco al banquero.

—Espero que su excelencia se encuentre bien. Es un héroe español y Dios quiera que pueda durarnos muchos años.

—Mi hermano tiene una salud envidiable, ya lo sabe, pero está algo ofuscado. Le han llegado rumores, bueno, ruido de sables.

—No me consta, ya sabe que tengo buena amistad con mucho de los generales, pero no he oído nada.

—Ayer no estuvo en la recepción de la embajada inglesa —comentó Nicolás.

—Me ocupaban menesteres más urgentes. Ya sabe que no es fácil dirigir un imperio comercial como el mío.

—A usted le pasa como a nuestro amado rey Felipe II, en su imperio nunca se pone el sol.

—Exagera, querido amigo.

—Bueno, le aseguro que si está conspirando contra mi hermano, ha elegido el bando equivocado. Los monárquicos, los liberales, los carlistas e incluso los falangistas están muy desacertados si piensan que el Caudillo les va a dar más poder o va a dimitir. Al Jefe del Estado le apoya el pueblo español.

—Entiendo, lo único que deseo es que le transmita, con todos mis respetos, que unirse a Alemania en la guerra puede ser un gran error y convertirse en su entierro político. La política de no beligerancia es buena para el país, los negocios y para el Caudillo.

—Será mejor que usted se ocupe de los asuntos financieros, que el Jefe del Estado se encargará de la política y, muy pesar suyo, preferiría gobernar alguna capitanía y jubilarse joven, pero a veces la Providencia toma las decisiones por ti y él es ahora el garante de una España grande y libre.

—No se preocupe, creo que todos podemos resultar beneficiados. España necesita dinero. Alemania nos ofrece entrar en una guerra a cambio de casi nada. El Caudillo debe discernir qué es mejor para España: vanas promesas o el dinero que necesita para reconstruir el país.

El hombre se despidió y antes de que su coche saliera de nuevo a la calle, Alfonso y Raymond ya habían regresado al suyo.

—Siguieron al coche hasta las oficinas del banquero en la Castellana y decidieron pedir una entrevista. Los acompañaron hasta una sala cercana al despacho de March.

Casi media hora más tarde la secretaria los invitó a entrar en el despacho, el hombre, con sus anteojos redondos y cara delgada los miró con cierta curiosidad.

—Caballeros, ya me dirán en qué puedo ayudarles.

—Señor March, gracias por recibirnos sin haberle pedido una cita previa. No podemos darle muchos detalles de nuestro rango y la naturaleza de nuestra misión, pero sabemos el negocio que está realizando con el Reino Unido.

—No entiendo a qué se refieren —dijo March haciéndose el sorprendido.

—Bueno, si quiere se lo digo de forma directa y sin tapujos. Tenemos pruebas de que está pagando sobornos a generales españoles a través de una cuenta pantalla. Sabemos incluso el nombre de los generales y las cantidades —le explicó Alfonso.

—Bueno, si ya poseen toda esa información, ¿por qué no me detienen? —preguntó el hombre con una leve sonrisa.

—Usted es un hombre poderoso y sabemos que intentará colaborar con el gobierno. ¿Dónde han depositado las cuantías y qué personas las han recibido? —le preguntó Alfonso.

El hombre comenzó a repiquetear las yemas de los dedos sobre la mesa.

—Ya saben que no puedo desvelar la identidad de mis clientes, existe una cosa llamada el secreto bancario.

Raymond se comenzó a impacientarse.

—Señor March, en los últimos días nos han tiroteado, perseguido y hemos recorrido varios países detrás de los conspiradores. Estamos cansados y no queremos seguir con este juego de intereses —después sacó su arma y le apuntó.

El hombre levantó las manos.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Usted no sabe quién soy yo?

—Nuestras órdenes es que nos entregue la información, de no colaborar tendremos que actuar de forma drástica.

Raymond apuntó al pelo del hombre.

—¡Está bien! No se pongan nerviosos.

Alfonso se dio cuenta de que el hombre estaba a punto de activar un botón por debajo de la mesa y le golpeó en la mano.

—Ponga las manos sobre la mesa. ¿Dónde guarda los papeles de la operación?

El hombre señaló con la cara la caja fuerte. Después les facilitó la clave. Sacaron varios documentos, pero les impresionó la cantidad de dinero en efectivo que guardaba el banquero, casi todo en divisas extranjeras.

—Si se olvidan de este asunto, les daré una gran cantidad de dinero y dos pasajes para América. Nadie los encontrará jamás. No tienen que gastar su vida en una lucha que no les incumbe. Además, los servicios secretos siempre los encontrarán. Ya conocen mi lema: “Cada día nace un tonto, solo hay que buscarlo”.

Alfonso encontró la lista de transferencias bancarias y se las guardó en el bolsillo.

—Ahora nos vamos a marchar. Será mejor que no dé la alarma, podemos volver y rematar el trabajo. Ya me entiende —le advirtió Alfonso.

Salieron tranquilamente del edificio y se dirigieron hasta su coche, pero antes de que pudieran subir, unos hombres los rodearon y apuntaron con las armas. Al único que Alfonso reconoció fue a Mariano Martín, el agente que había comprado a los matones que habían intentado asesinar a Serrano Suñer en Berlín.

—Hola viejo amigo. La guerra ya ha terminado, pero veo que sigues haciendo lo mismo.

—Sí, Martín. No es que me guste, pero es lo único que sé hacer.

—Bueno, no lo harás tan bien si yo te estoy encañonando con un arma y obligando a que nos acompañes.

Los llevaron hasta un gran coche Ford de 1937 de color negro. Mientras el coche se perdía por las calles de Madrid, el cielo se nublaba y comenzaba a caer una fuerte tormenta.

Capítulo 32

Eliminar al mensajero

Londres, 2 de octubre de 1940

El Primer Ministro repasó los diferentes ataques sufridos en la isla y después tomó un sorbo de whisky. No sabía cuánto tiempo más podrían resistir el acoso de los nazis. La población comenzaba a sentirse agotada y atemorizada, era más el efecto psicológico que el real, pero ver ciudades arrasadas y decenas de víctimas cada día, no había un gobierno que lo pudiera soportar. Sus espías le habían informado sobre las actividades del gobierno español y, a pesar de los intentos españoles para salvaguardar sus planes, al final tenía delante un *dossier* del Estado Mayor de Franco. No había sido fácil conseguirlo, dos veces lo habían intentado y en ambos casos habían fracasado, pero al final habían optado por sobornar a un alto mando que les había facilitado una copia completa y por medio de la embajada en Madrid se la habían enviado.

Churchill cerró el *dossier* y respiró hondo. España se encontraba muy debilitada, pero con la ayuda de Hitler podía conseguir sus objetivos sin demasiado esfuerzo. Gibraltar podría resistir unos días, pero sin el apoyo naval de la Royal Navy terminaría por sucumbir. Lo mismo pasaría con Portugal y los territorios en el norte de África. Ellos no podían enviar tropas, barcos ni hombres a objetivos secundarios, ni perder fuerzas en un intento desesperado de salvar a su aliado portugués. De hecho no creía que llegaran a la primavera, si no lograban un apoyo más fuerte de los Estados Unidos.

Escribió una nota al embajador, estaba dispuesto a aumentar el presupuesto para comprar a los generales españoles. Además de intentar engatusar a Franco con ayudas económicas para reconstruir el país. El monto ascendía a unos doce millones de dólares, suficiente para convertir en multimillonarios a aquellos muertos de hambre, se dijo mientras firmaba la orden ejecutiva.

Mientras tanto en Madrid, Alfonso y Raymond estaban encerrados en una casa, que por el itinerario seguido, se encontraba a las afueras de Madrid, cerca de Cuatro Caminos, en una finca pobre, rodeada de edificios en

construcción. Tras varias horas de espera, alguien abrió la puerta y se llevaron a Alfonso a la otra sala.

—Bueno, espero que vuestra estancia sea agradable.

—Ya sabes para quien trabajo, si nos hacéis algo, se os va a caer el pelo.

—La ventaja que tenemos nosotros es que desconocéis quién es nuestro jefe —dijo Mariano Martín, mientras su ayudante ataba a Alfonso a una silla.

—Será mejor que nos soltéis.

—Has estado amedrentando al hombre más rico de España y persiguiendo a los más poderosos. ¿Quién cojones te crees que eres? Te vamos a romper todos los huesos y después te pegaré un tiro y te meteremos en el cemento. Terminarás siendo parte de uno de esos edificios que están construyendo por todas partes.

—Muy bonito, pero te aseguro que los hombres del coronel me buscarán, pero lo que es más importante: si nos hacéis algo, una periodista extranjera publicará lo que estáis tramando.

El hombre frunció el ceño incrédulo y pidió a su ayudante que comenzara a golpear al rehén.

Alfonso tuvo que soportar media docena de golpes, antes de que el matón parara.

—Siempre has sido un chulo. Un policía corrupto con aires chulescos. Durante la guerra tuviste mucha suerte, lograste escapar de la muerte en muchas ocasiones, pero creo que esta vez se ha terminado. Reza lo que sepas —dijo Mariano y pidió que su ayudante volviera a golpearle.

Alfonso comenzó a sangrar por la boca, tenía un ojo morado y el cuerpo dolorido, pero aún se burlaba de sus secuestradores.

—¡Hijo de puta! —gritó el matón furioso por la osadía del español.

De repente alguien golpeó la puerta del fondo y los dos hombre se giraron. Alfonso aprovechó para coger con las piernas al matón y comenzar a estrangularle. Raymond logró salir del cuarto y antes de que Mariano sacara su arma se abalanzó sobre él. Forcejearon y se escuchó un disparo.

El español continuó apretando con las piernas el cuello hasta que escuchó un crujido. Miró hacia su amigo. Los dos cuerpos estaban inertes.

—¡Raymond!

El alemán comenzó a moverse, logró quitarse el muerto de encima y le desató.

—Pensé que te había dado.

El alemán esbozó una sonrisa. Miraron la documentación de los dos muertos. Era falsa, pero encontraron unas armas reglamentarias del ejército.

Salieron de la casa y tomaron el coche de los secuestradores. No había ni rastro del tercer individuo, pero los papeles que habían confiscado al banquero habían desaparecido.

Regresaron al piso franco, pero se dieron cuenta de que estaba vigilado. No sabían si era por el MI6, las SS o los generales sobornados, pero prefirieron no arriesgarse, pasaron de largo y se dirigieron a las oficinas de la agencia.

El coronel Vicente Fernández Bascarán aún estaba en la oficina. Los recibió a los pocos minutos. Los dos agentes le narraron brevemente lo sucedido con el banquero y su secuestro.

—Es una desgracia. Esa era la prueba definitiva, tengo a varios hombres vigilando a los generales sospechoso. El Caudillo ha decidido ponerlos en cuarentena y hacer un cambio de gobierno. Aunque este no se hará oficial hasta dentro de unos días. El ministro de Gobernación, el señor don Ramón Serrano Suñer, va a estar unos días en San Sebastián preparando el encuentro entre Franco y Hitler. Viajaréis con él, creo que el líder de las SS, Himmler también acudirá a la cita. Alfonso, ¿se encuentra bien o prefiere que le examine un médico?

—Son únicamente magulladuras, no tengo nada roto —contestó el español.

—¿Qué pasará con los cadáveres de Mariano Martín y su ayudante? —preguntó Raymond.

—No se preocupen, nosotros nos haremos cargo. Los esperan mañana en la residencia del ministro. Buena suerte. Esta noche será mejor que regresen al Palacio del Canto del Pico. Después de la entrevista de Hendaya podrán tomarse un tiempo de descanso y usted regresar a su país.

Los dos hombres salieron del despacho. Estaban agotados, pero preferían salir un tiempo de la ciudad. Todo el mundo quería eliminarlos y la mejor manera de conservarse de una sola pieza era marcar distancias. Mientras subían de nuevo a la sierra de Madrid, Alfonso comenzó a pensar en su familia. Antes de su viaje a San Sebastián estarían en Santander. Tal vez era el momento de volver a verlos. De alguna manera temía que aquella fuera su última misión. Cada vez que se acercaban más a la verdad, su vida pendía de un hilo. Se estaban buscando demasiados enemigos y eran conscientes de que en el fondo a nadie les importaba su suerte.

Capítulo 33

Santander

Santander, 5 de octubre de 1940.

El viaje con el ministro fue más tranquilo de lo que esperaban, en la mayoría de los lugares le recibían como a un héroe. Sin duda era el político más popular del país. Muchos le criticaban a sus espaldas y comentaban que había logrado llegar al ministerio por ser cuñado del Jefe del Estado, pero las mujeres le encontraban muy atractivo y su oratoria no dejaba indiferente a nadie. Sobre todo si lo comparaban con Franco, con su voz aflautada, su cuerpo rechoncho y su poco don de gentes.

Los líderes del partido le recibían en todas las capitales de provincias. Pasaron por Segovia, Valladolid, Burgos y por último llegaron a Santander. Allí se habían desplazado los gobernadores militares del norte, con los que iba a organizar la seguridad del encuentro en Hendaya entre el Führer y el Caudillo.

Alfonso se asomó por la ventanilla del coche cuando vio al fondo su ciudad natal. Los frondosos bosques y verdísimos prados de Cantabria ya habían logrado emocionarle, pero sintió un nudo en la garganta en cuanto vio Santander. Allí había nacido y se había criado, su familia vivía en la ciudad desde hacía varias generaciones. La mayoría dedicados a la abogacía y la justicia. Él siempre había sido la oveja negra de la familia y había traído la deshonra sobre su casa.

El coche se detuvo frente al palacio donde descansaría el ministro. Serrano estaba agotado por el largo viaje, de hecho pensaba regresar a Madrid en avión un día más tarde. Por eso, cuando Alfonso le pidió permiso para reunirse con su familia, no le puso ningún inconveniente.

Caminó por las calles empedradas y se acercó al mar. El Cantábrico era muy distinto a otros mares, siempre en guardia, como si quisiera demostrar continuamente su bravura. Después se dirigió por el paseo hasta la Plaza de Pombo, donde residía su familia. Levantó la vista y observó las cortinas, estaban abiertas para que entrase la luz de la tarde. Por unos segundos pensó en darse la vuelta y alejarse lo más posible de allí, pero al final entró en el portal y subió las escaleras. Se paró frente a la puerta y tocó el timbre.

Unos pasos se aproximaron y se detuvieron al otro lado, después la puerta se abrió muy despacio y asomó la cabeza de Mercedes, la criada que llevaba con ellos desde que él era un bebé.

—¡Dios mío! Válgame el cielo, es el señorito Alfonso. Está muy cambiado, pero sigue siendo un buen mozo. No se quede en la puerta, por favor entre.

El hombre cruzó el umbral y sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo, de alguna manera allí volvía a ser el niño apocado y el joven confuso de siempre. El hogar de la infancia era capaz de cambiar al hombre más duro e indiferente en alguien vulnerable e inseguro.

—¡Señora, ha venido su hijo Alfonso! —dijo mientras corría por el pasillo a pesar de su avanzada edad.

Alfonso la siguió despacio, como si quisiera atrasar el encuentro, que ya sabía inevitable. Muchas veces se había imaginado esa escena, pero curiosamente la realidad no se pareció en nada a sus ensoñaciones.

Entró en el salón que daba a la plaza y notó la luz achicando sus ojos, tardó unos segundos en distinguir a su madre sentada junto a la cristalera.

La mujer se puso en pie con dificultad y abrió los brazos. Él corrió y la besó en la frente.

—Hijo mío, cuantas veces he pensado en ti. Creía que te había perdido para siempre.

En aquellos casi cuatro años había cambiado mucho, parecía más cansada, como si las fuerzas le fallaran. Se sentó a su lado sin soltarle las manos.

—¿Cómo se encuentra? Dios mío, cuánto la he echado de menos.

—La vida ha sido muy dura con todo el mundo. En España no hay una familia que no haya perdido uno o varios miembros, después vino la deshonra y el hambre. A veces me siento mal por haber sobrevivido, mientras muchos niños y jóvenes han tenido que morir. Nosotros ya hemos vivido, los ancianos ya no servimos para nada.

—No diga eso —la reprendió Alfonso.

—Es cierto. Tu padre al menos ya descansa, dentro de poco me reuniré con él.

Alfonso la miró incrédulo. No sabía nada del fallecimiento de su padre.

—Fue hace menos de un mes. En sus últimos minutos preguntó por ti, como si quisiera reconciliarse contigo, pero el destino no lo permitió. Alguna vez le verás, cuando estéis juntos en el cielo.

Él sabía que si existía un cielo no iría a él, había matado a demasiada gente y hecho mucho daño.

—¿Cómo están mis hermanos? —preguntó nervioso, con temor por si había más malas noticias.

—Bien, con dificultades, pero al menos parece que los han dejado en paz. Tu hermana casada con ese falangista y tu hermano de abogado mercantil. Vienen a verme a menudo y toman un café y prueban el bizcocho que cocina Merceditas.

—Quería veros y pedir perdón. Siento mucho lo que sucedió.

—¿Perdón? Una madre no tiene que perdonar a un hijo, eres mi alma y mi corazón.

Alfonso comenzó a llorar y su madre le acarició la cara como si fuera un niño. Se acurrucó en su regazo y sintió que toda la maldad que se había acumulado en su interior se disipaba y por primera vez en mucho tiempo sentía algo parecido a la paz.

Capítulo 34

Himmler en España

Madrid, 20 de octubre de 1940.

El 16 de octubre Serrano Suñer fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Beigbeder, que había perdido la confianza de Franco por su proximidad a los ingleses. El exministro estaba vigilado por la policía secreta como sospechoso de conspiración, aunque sabían que no era el único implicado en la trama. No era el único ministro depuesto. La cartera de Comercio también había sido remodelada, sustituyendo al ministro monárquico por Demetrio Carceller, de ideología falangista. El gobierno giraba hacia tendencias más cercanas al fascismo italiano o el nazismo.

Serrano Suñer quería transformar por completo el ministerio, pero no había personal cualificado y faltaba presupuesto. De alguna manera el nuevo ministro quería preparar el terreno para la entrada de España en la guerra, si los alemanes cumplían con sus exigencias.

Alfonso y Raymond le acompañaron a la reunión que tendría con Franco antes de su encuentro de Himmler, que en pocas horas llegaba por tren a la estación Norte.

Los dos agentes nunca habían estado en El Pardo. Les impresionó su austeridad y la sensación de que parecía más un mausoleo que un centro de gobierno.

Serrano entró en el despacho del Caudillo y los dos agentes se quedaron en la habitación continua, pero el ministro dejó entornada la puerta y pudieron escuchar la mayor parte de la conversación.

—Ramón, acabo de leer el periódico, creo que te has empeñado en que los americanos y los ingleses nos declaren la guerra antes de que me vea con Hitler.

—¿Por qué lo dices? —preguntó algo ofuscado el ministro.

—¿Cuánto llevas en el cargo? ¿Cuatro días? Le has dicho al embajador americano Alexander Weddell que nuestra solidaridad moral está con el Eje y al embajador de Gran Bretaña que España puede convertirse en un mediador para un acuerdo de paz con Berlín.

—No sé dónde está el problema. Si la guerra acabara...

—Sí la guerra acabara, nuestras aspiraciones también. Los alemanes necesitan nuestras materias primas, también nuestros soldados, pero si la guerra termina no recuperaremos Gibraltar, tampoco el sur de Francia, ni el Marruecos francés o Portugal. Nada de nada. No estoy en el gobierno para que España sea el cero a la izquierda de los últimos cien años.

—Pero al menos la amenaza de una invasión alemana se disiparía.

—Los alemanes no pueden perder el tiempo con nosotros. Los italianos no son capaces de avanzar en el norte de África y las cosas están a punto de complicarse en Grecia.

Serrano resopló, sabía que su cuñado era un tipo mediocre de ideas nefastas y aires de grandeza. El poder se le quedaba muy grande.

—Al menos avancemos en la construcción de un estado falangista, un partido único y una estructura similar a la de Italia.

Franco frunció el ceño y comenzó a caminar por el despacho sin disimular su disgusto.

—No voy a compartir el poder con ningún partido ni estructura, yo mando en España. Lo que necesita el país es mano dura. Ya sabes lo que tienes que tratar con Himmler, que se deshagan de todos esos rojos que hay en Francia. Después tienes que organizar el orden del día del encuentro de Hendaya. Tenemos que llegar a la reunión con un acuerdo casi cerrado. ¿Los has entendido?

—Apenas se ha avanzado en las conversaciones. Ya sabes las peticiones de Alemania y además nos niegan parte del Marruecos francés y lo del Sur de Francia ni hablar...

—Yo ya hablaré con Hitler lo que tenga que hablar. Eso queda para los que realmente tenemos el poder. Vosotros escribís el guion, pero nosotros representamos el papel.

Serrano salió refunfuñando de la reunión. Lo último que deseaba era reunirse con Himmler, pero debía mantener la compostura. Alfonso y Raymond le siguieron hasta la salida y le acompañaron a la estación de trenes.

Himmler había recorrido Hendaya, Irún, San Sebastián, Burgos y llegaba a Madrid para ultimar algunos detalles. Le había invitado el director general de Seguridad José Finat y Escrivá de Romaní. Junto a Himmler estaban sus colaboradores Karl Wolff y Joachim Peiper.

Serrano Suñer esperó a que descendiera del tren rodeado de las máximas autoridades del partido y el ejército. El alemán salió del vagón con su uniforme negro que intentaba disimular su aspecto de oficinista corriente y poco marcial.

Serrano Suñer se adelantó unos pasos y le tendió la mano.

—Bienvenido a la capital de España —le dijo en alemán.

Himmler sonrió y caminó junto a él para revisar a los miembros del partido en formación. Después ambos se dirigieron al coche que le llevaría por las calles de Madrid hasta el lugar de la reunión. Muchos transeúntes habían salido a las calles para ver pasar al jerarca nazi, más por curiosidad que por simpatía. El gobierno había llenado la Gran Vía de banderas nazis y españolas. El coche se dirigía a una concentración que tendría lugar en la plaza de toros de las Ventas. Al día siguiente el líder nazi recorrería El Escorial y Toledo.

—¿Está disfrutando de su estancia en España? —le preguntó Serrano.

Raymond se encargaba de la traducción, mientras que Alfonso viajaba en el asiento delantero.

—Sí, un viaje intenso, pero muy emocionante.

—Espero que en el encuentro entre nuestros dos líderes, España y Alemania se unan con un mismo objetivo.

—Eso dependerá de ustedes. Nosotros ya estamos implicados en la salvación del mundo libre. Si no fuera por los nacional socialistas, los bolcheviques ya habrían invadido toda Europa.

Serrano se esforzó en sonreír, no soportaba a algunos jefes nazis, pero Himmler le parecía el más engreído y orgulloso de todos. Del tipo de alemán que se cree muy superior a cualquier otro europeo.

—Lo importante es que Gran Bretaña firme la paz.

—Ya no queremos la paz, esos malditos ingleses tienen que hincarse de rodillas y suplicarnos perdón. Tuvieron la oportunidad de unirse a nuestra cruzada contra el comunismo y han preferido ponerse de su parte.

—El Primer Ministro es anticomunista...

—Bobadas, los masones y los comunistas son dos caras de la misma moneda.

El coche se detuvo enfrente de la plaza de las Ventas y la comitiva desfiló hasta la plaza, mientras los gritos de bienvenida se extendían por la ciudad que un año antes había aclamado a Franco por miedo e instinto de supervivencia.

Capítulo 35

El viaje

San Sebastián 21 de octubre de 1940.

Serrano estaba todavía en su despacho en Madrid cuando llamó al embajador de España en Berlín. Desde hacía tiempo sabía que no se podía confiar en él, pero el ministro no había podido cesarle de su cargo, menos aún a unas pocas horas de la entrevista en Hendaya entre Franco y Hitler.

—Señor ministro, es muy grato... —dijo el embajador Espinosa de los Monteros, pero no pudo acabar la frase.

—Señor embajador, le ordeno que no se monte en el tren de Hitler. ¿Lo ha entendido?

—Señor ministro, el propio Führer me ha invitado a viajar con ellos y...

—¿Hablo chino? ¿No, verdad? Pues no quiero que monte en ese tren, ya están las cosas suficientemente revueltas para que usted lo líe todo más.

—Lo que ordene, señor ministro.

—Preséntese en San Sebastián hoy mismo, sin más demora.

Serrano colgó el teléfono y comenzó a masajearse las sienes. Tenía un fuerte dolor de cabeza, llevaba semanas sin parar de trabajar, pero aquellos últimos días estaban siendo frenéticos.

Tomó los papeles, los guardó en su maletín y salió del despacho. Sus dos guardaespaldas le esperaban en la puerta.

—Señores, será mejor que tomemos el avión, no soportaría un largo viaje en tren. Esta tarde debo reunirme con el Caudillo, ya está en su residencia del Palacio de Ayete.

Alfonso y Raymond le escoltaron hasta el coche y se subieron tras comprobar que no había nada extraño. Estuvieron en silencio casi todo el trayecto, hasta que el ministro se dirigió al español.

—La seguridad está en manos de los servicios secretos y la policía, pero si le soy sincero no me fío de nadie.

—¿A qué se refiere señor ministro? —preguntó algo extrañado.

—Bueno, después de leer los informes, no me fío de los generales, se saben descubiertos y hemos cortado su cabeza pensante, el antiguo ministro, pero eso no les detendrá mucho tiempo.

—¿Cree que serían capaces de atentar contra el Caudillo? —preguntó el alemán que estaba atento a la conversación.

—No sería la primera vez, el Jefe del Estado ha sobrevivido a varios magnicidios. El primero al poco tiempo de comenzar la guerra, cuando tres anarquistas de la CNT canarios le intentaron matar antes de que abandonase Tenerife.

—Algo había oído —dijo Alfonso, que estaba informado de la seguridad de Franco, desde el 1937 más de una vez había formado parte de sus guardaespaldas.

—Lo intentaron de nuevo a los pocos días en el entierro de Amadeo Balme en Las Palmas. Después en el túnel de La Laja, cerca de la base aérea de Gando, sus hombres lograron evitar una emboscada. Pero lo más peligroso fue el funeral de Mola. Los rojos quisieron bombardear el acto para terminar con la plana mayor del ejército y el Caudillo, pero una mala coordinación de la aviación republicana lo impidió. Por ahora el Generalísimo parece tener una protección contra cualquier atentado, pero todo eso puede terminar en cualquier momento, Por eso les pido, que durante el trayecto hasta Hendaya y en la estación, intenten asegurarse de que no hay nada extraño.

—Pero nuestra misión es protegerle a usted —dijo Raymond.

—No creo que mi vida esté en peligro, pero si fuera así, para España ahora mismo es más importante la del Jefe del Estado.

El viaje en avión fue tranquilo. El ministro aprovechó para descansar un poco, nada más llegar a la ciudad debía reunirse con Franco. Alfonso y Raymond intentaron echar una cabezada, pero apenas pudieron dormir.

Un par de coches los esperaban en el aeródromo. En cuanto subieron a los vehículos salieron a toda velocidad hacia la residencia de Franco en la ciudad.

El coche se detuvo ante la fachada de estilo francés. La pizarra del tejado destacaba de la impoluta fachada blanca. Subieron las escalinatas y se dirigieron a la parte trasera. Era un día soleado y Franco disfrutaba en la terraza, tomando algo de sol mientras leía el periódico.

—Ramón —dijo al ver a su cuñado—. Siéntate a mi lado y tomate algo, la limonada está deliciosa.

Serrano Suñer intentó sonreír, pero le molestaba que mientras él no paraba de apagar fuegos por todas partes, su cuñado pareciera vivir en una burbuja, sin apenas dar importancia a la trascendente reunión con Hitler dentro de dos días.

—Tienes que firmarme unos papeles y leer la última oferta de Ribbentrop.

—Descansa un momento, no vas a llegar a viejo, además debes cuidar tu úlcera.

El dictador parecía disfrutar de la vida más que los burócratas que le rodeaban. Los fines de semana no trabajaba y durante la semana eran numerosas sus cacerías o el tiempo que le dedicaba a la pesca, uno de sus deportes favoritos.

—Nicolás está en Lisboa, Salazar quiere que le aseguremos que no entraremos en la guerra y sobre todo que no les atacaremos a ellos. El mariscal Petain ha confirmado que ellos no cederán bases ni enclaves a los alemanes en el Marruecos francés. Ya sabes que Hitler también se va a ver con Petain y Mussolini.

—Te veo afanado, será lo que la Providencia quiera.

Serrano se sentó al final y dejó el maletín en el suelo, tenía calor, su traje era demasiado grueso y en San Sebastián hacía una temperatura envidiable.

—Lo importante es que nuestros amigos alemanes sepan que sin propuestas concretas no entraremos en la guerra. Les seguiremos dando largas. Gibraltar, el norte de África y el protectorado sobre Portugal son innegociables. Gran Bretaña mandará tropas a Portugal en cuanto sepa lo del Peñón, no podemos dejar nuestras espaldas al descubierto. Tampoco cederemos una isla en Canarias ni ciudades en Marruecos.

—Entonces, veo difícil el acuerdo.

—Los alemanes han metido la pata en Inglaterra. Me acaban de informar de que se ha suspendido la Operación León Marino, el desembarco en las playas británicas. Además, el embajador inglés nos ha ofrecido un nuevo crédito.

Serrano se encogió de hombros. No entendía a su cuñado, como buen gallego nunca sabía lo que pensaba de verdad. Podía decir una cosa y la contraria con la misma convicción.

—Es muy sencillo, querido Ramón. El arte de la política es no hacer nada, esperar a que las cosas sucedan, ocurran por sí mismas. Mírame a mí, quién iba a decirnos hace cinco años que me convertiría en el salvador de España y el hombre más poderoso del país.

Capítulo 36

La noche anterior

Hendaya, 22 de octubre de 1940.

La ventaja más grande que tenían era la sorpresa y los miembros de las SS que los ayudarían en su cometido. La Gestapo había quedado al margen. Hermann Göering era contrario en principio a desestabilizar España, aunque la muerte de Franco pudiera allanar las negociaciones y colocaran a un hombre más cercano a Berlín.

Los cuatro agentes de las SS estaban asistidos por dos vascofranceses que los ayudaban por dinero y un odio visceral al Caudillo, que había asesinado a varios familiares suyos al otro lado de la frontera.

La ciudad de Hendaya estaba blindada desde el punto de vista militar, pero los cuatro asesinos pertenecían a la guardia personal de Himmler y tenían acceso a cualquier punto de la estación. Sus superiores les habían preparado una vía de escape y pasaportes para Argentina. Unos años más tarde, cuando todo se calmara, podrían regresar a Alemania, donde les concederían una pensión vitalicia.

Hendaya a aquellas horas de la noche parecía casi desierta, los únicos viandantes eran las patrullas que esperaban en unas horas la llegada del tren *Erika*, el preferido de Hitler, en el que podía viajar con total seguridad y comodidad.

Los cuatro hombres entraron en la taberna, que se encontraba cerrada al público, se acercaron al dueño y este los señaló una mesa al fondo. Los dos vascos los esperaban tomando un poco de sidra. Los alemanes se sentaron sin mencionar palabra. Uno de ellos sabía español y era el portavoz del grupo.

—¿Está preparada la vía de escape?

—La barcaza los dejará en Santander en dos horas; el barco que parte para Buenos Aire saldrá una hora más tarde. No pueden retrasarse, si se quedan en tierra no les aseguramos nada —dijo el hombre con la cara sin afeitarse y unas profundas arrugas que le recorrían el cuello y las mejillas.

—Entonces, ¿están seguros de que el lugar elegido para el ataque es el mejor?

—Sí, señor. Conocemos estas montañas como la palma de la mano, ese puente es el adecuado, el vagón se caerá por un precipicio, pero antes deben dejar la carga explosiva y saltar antes del túnel.

—¿Cuánto tiempo tendremos?

—No más de veinte minutos, el tren irá deprisa, pero justo antes del túnel baja la velocidad, en ese momento saltarán del vagón y dejarán que la dinamita haga el resto.

Los cuatro alemanes se miraron satisfecho, nada podía fallar. En el vagón de Franco se encontraban algunos militares afines y el ministro de Asuntos Exteriores, los militares pro nazis tomarían el poder en el momento. A la cabeza estaría el general Muñoz Grandes, el hombre elegido por Hitler y sus aliados en España.

—¿Cómo entraremos en el tren?

—Los ferroviarios les darán los trajes. Dos de ustedes tendrán que vestirse de ayudantes de fogoneros y los otros dos de mecánicos. No pueden hablar, pondrán las cargas y se lanzarán del tren en marcha en el lugar previsto.

—¿Dónde está la dinamita?

—Es una buena cantidad, pero entra en cuatro mochilas bien cargadas — dijo el vasco. Después el otro hombre, que había estado callado hasta ese momento, se puso en pie y trajo dos mochilas, regresó a por el resto y las depositó a los pies de los soldados.

Los cuatro SS se miraron satisfechos, aquellas mochilas eran su salvoconducto a una vida de lujo y tranquilidad, mientras muchos de sus camaradas morirían intentando llegar a las playas de Inglaterra o dentro de unos meses cruzado Rusia para conquistar Moscú. La vida no solía regalar dos veces una oportunidad como aquella y no podían dejarla escapar.

Capítulo 37

Las dudas

San Sebastián, 23 de octubre de 1940.

La mañana se había levantado soleada. Parecía que los tambores de guerra sonaban demasiado lejanos, como si el conflicto, al menos en el oeste, estuviera a punto de terminar. Franco salió del palacio con su escolta mora y se dirigió triunfante hasta la estación de tren. Le gustaban aquellos baños de multitudes, que le hacían vivir la fantasía de que el pueblo le amaba en realidad y que era el verdadero salvador de España. Lo cierto era que la mayoría de los famélicos españoles que se colocaban a lo largo del recorrido lo hacían por temor o por el bocadillo que les daban al finalizar el desfile. Serrano Suñer iba sentado al lado, callado y taciturno, como si se dirigiera a un examen para el que no se sentía preparado y estaba casi convencido de que iba a suspender.

En las últimas horas apenas se había avanzado en las conversaciones y el acuerdo final parecía cada vez más difícil.

Franco no había dormido bien. A pesar de su aparente impasibilidad temía a Hitler y las consecuencias derivadas de aquella reunión. Sabía que no podía confiar en nadie. Los falangistas le consideraban demasiado tibio en sus reformas y perteneciente a la antigua tradición católica y conservadora; los monárquicos, tanto carlistas como borbónicos, los veían como un traidor a la causa; los liberales pensaban de él que era un patán y, el resto, los rojos que sobrevivían a duras penas, ya fuera intentando pasar desapercibidos o unirse al carro de los vencedores, le despreciaban. Él únicamente confiaba en su hermano Nicolás, su esposa y unos pocos colaboradores que habían estado desde sus principios en África.

Serrano sentía un fuerte dolor de estómago a pesar de los calmantes que había tomado antes de salir del palacio. Aquel día se jugaban el futuro del país, que no estaba precisamente para sobresaltos. Si Hitler no aceptaba sus condiciones, estaba convencido de que su cuñado tampoco cedería. Era terco como una mula y prefería dejar pasar el tiempo, como si este fuera capaz de solucionarlo todo.

Era media mañana y hacía demasiado calor para aquella época del año, pero por seguridad mantuvieron la ventanilla cerrada, sudando en el interior del imponente coche hasta que se apearon en la estación. Pasaron ante medio centenar de soldados en posición de firmes y después, con la estación completamente vacía, entraron en el vagón de Franco.

Alfonso y Raymond, que vestían de paisano, los seguían de cerca, observándolo todo e intentando fijarse en cualquier movimiento sospechoso.

Serrano Suñer se sentó junto a Franco. En las otras filas se encontraban Enrique Giménez Arnau, director general de Prensa, el general Espinosa de los Monteros, que era embajador en Berlín y otros miembros del gobierno.

Franco miró impaciente por la ventanilla, el humo que salía de los pistones empañaba en parte el sol que entraba por los tragaluces de la estación.

—¿Por qué no salimos de una vez? —preguntó con el ceño fruncido. Iban con mucho retraso. Tras una comida ligera se había echado un poco para recuperar fuerzas, pero a nadie se le había ocurrido despertarle y no iban a llegar a tiempo.

Serrano se puso en pie y llamó a Alfonso.

—Por favor. ¿Puede mirar qué sucede?

Alfonso caminó por los pasillos hasta la máquina. Tres hombres estaban calentando la caldera y mirando los niveles de presión.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó al jefe de máquinas.

—Señor, han llegado tarde y hemos perdido presión, para conseguir una velocidad adecuada tenemos que esperar unos minutos.

El español miró la cara sudorosa y renegrida del jefe de máquinas.

—Pongan en marcha el convoy, llevamos mucho retraso —dijo Alfonso algo nervioso.

—Pero...

—Ya conseguirán fuerza más tarde. Salgan de la estación de una puta vez.

El jefe de máquinas dio la orden y el tren salió lentamente de la estación. Su movimiento era casi imperceptible cuando el agente llegó al vagón principal, se inclinó para advertir al ministro que ya estaban en marcha.

—Gracias. Generalísimo, ya estamos saliendo.

Franco sonrió como un niño al ver el movimiento del tren. Los que le conocían bien eran conscientes de que sus cambios de humor, lo imprevisible de su carácter y la crueldad que le caracterizaba reflejaban al niño infeliz y apocado que siempre había sido.

El tren salió de la estación en medio de sonoros pitidos y atravesó la ciudad hasta adentrarse poco a poco entre los campos de Guipúzcoa y los bosques que serpenteaban las montañas.

Alfonso respiró hondo y comenzó a relajarse un poco. La máxima tensión y los puntos calientes de un posible atentado siempre se daban en los cambios de vehículos, las salidas y las llegadas, pero en el tren todo parecía controlado.

—¿Quieres que eche un vistazo? —le preguntó Raymond.

—Está bien, pero regresa lo antes posible, el tren va muy rápido ahora y no creo que tardemos mucho en llegar.

El alemán se dirigió a la cola del vagón. En el tren había un centenar de soldados que escoltaban al Caudillo, sobre todo su guardia personal, compuesta en su mayoría por musulmanes y algunos policías armados.

Raymond llegó hasta el vagón de cola y comprobó los diferentes compartimentos, había uno que no se abría. Lo intentó de nuevo pero sin éxito. Sacó una ganzúa que siempre llevaba para esos casos y al final logró forzar la puerta. Dentro del pequeño cuarto no había nadie, pero sí cuatro mochilas. Se inclinó y comenzó a examinarlas, no había logrado abrir la primera cuando escuchó unos pasos. Se puso en pie y miró al pasillo. Dos mecánicos se acercaban con las manos en los bolsillos.

—¿Dónde van? ¿Estas mochilas son tuyas?

Los dos hombres no le contestaron, por el aspecto no parecían españoles, pero sabía que muchos vascos eran tan rubios o más que muchos germanos.

—¿Están sordos?

Los dos mecánicos les sonrieron y se pararon justo enfrente. Entonces les habló en alemán y uno de ellos le respondió sin darse cuenta. Raymond intentó apretar el botón de emergencia, pero antes de que lo consiguiese, uno de los hombres se lanzó sobre él. Estuvieron unos minutos forcejeando, el alemán logró zafarse del atacante, pero antes de que lograra ponerse en pie, el otro le golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

Los dos hombres tomaron las mochilas y subieron al tejado del vagón. No podían pasar por el resto de compartimentos sin levantar sospechas, colocarían las cargas al principio del vagón principal, pondrían en marcha los detonadores y después correrían hasta la máquina, desde allí saltarían para dirigirse hacia la barca, mientras la máquina continuaba el camino. Cuando las bombas estallasen, aún los dos primeros vagones podrían continuar sin problemas hasta la frontera francesa.

Alfonso se extrañó de que su amigo no hubiera regresado, salió del vagón principal y caminó a paso acelerado hacia el último compartimento. Después se dirigió hasta el último vagón y vio unos zapatos que salían por el pasillo. Corrió hasta ellos, era el cuerpo de Raymond.

—¡Raymond! ¿Estás bien? —le preguntó mientras sacudía su cuerpo inerte.

El alemán comenzó a recuperar la consciencia y se sentó en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

Todavía se encontraba un poco confuso, pero al final se tocó la nuca y recordó lo que había sucedido.

—Dos tipos alemanes, los encontré merodeando, intenté detenerlos, pero me golpearon. Tenían unas mochilas aquí —dijo mirando a un lado y al otro—. Han desaparecido.

—¿Cuatro mochilas? ¿Dónde se han metido? No me he cruzado con ellos en todo el camino.

—Por tejado del tren —dijo Raymond señalando el techo.

Salieron al vagón anterior y comenzaron a subir por la escalerilla. Estaban asomando la cabeza cuando escucharon unos disparos. La primera bala rozó el sombrero de Alfonso. Cuando volvieron a asomarse, los dos alemanes habían pasado al otro vagón, a solo uno de distancia de donde estaba Franco.

Alfonso y Raymond corrieron mientras el vagón se sacudía a sus pies, el español miró a ambos lados e intentó no pensar mucho en lo que sucedería si se caía del tren en marcha.

Los dos alemanes llegaron al vagón y comenzaron a colocar las primeras mochilas. Alfonso y Raymond estaban a punto de llegar a ellos, cuando estos salieron a toda prisa hacia el principio del vagón.

—Raymond, avisa a los que están dentro, que se pasen al primer vagón de pasajeros y se alejen lo máximo posible.

Su compañero retrocedió y bajo para dar la alarma, mientras él sacaba su arma para ocuparse de los dos terroristas. Cuando se asomó por el hueco del vagón, estos comenzaron a dispararle.

Alfonso repelió el ataque y uno de los alemanes se desplomó herido y cayó al vacío. Alfonso saltó sobre el otro, pero logró escabullirse. Intentó arrancar las mochilas, pero estaban atadas y los detonadores con un temporizador, apenas quedaban cinco minutos para la explosión.

Saltó al interior y ayudó a su amigo a evacuar el vagón.

—¿Qué sucede? —le preguntó Serrano Suñer al pasar.

—Pasen al vagón anterior y aléjense todo lo que puedan de este.

Alfonso corrió contracorriente e intentó llegar al otro lado, para tirar las mochilas que los asaltantes habían dejado sin atar, pero era imposible avanzar. Animó a la gente a ir más deprisa y al final todos salieron.

—Pasen al fondo del vagón y agáchense, no sabemos cuánto tiempo falta para la explosión —dijo avanzando por el pasillo, justo cuando sonó la primera gran deflagración. El vagón se sacudió como si fuera de papel, el último vagón descarriló y los otros dos se sacudieron, donde habían puesto la bomba había provocado un hueco que se podía ver la montaña, ya que toda la parte posterior había desaparecido. Alfonso se levantó algo aturdido y con un fuerte pitido en los oídos.

—Más atrás siguió diciendo, mientras él mismo avanzaba, entonces se produjo la segunda explosión. Esta fue mucho más cercana. El vagón se sacudió de nuevo y llegó a inclinarse un poco hacia un lado, pero el vagón principal se desprendió y cayó al vacío envuelto en llamas.

Raymond ayudó a su amigo a levantarse.

—¿Has visto a los saboteadores? —le preguntó mientras intentaba destaponarse los oídos, al tocárselo vio que de uno de ellos salía un poco de sangre.

Caminaron entre los militares y el resto del personal de la comitiva hasta llegar al lado de Franco y su cuñado, ambos estaban lívidos.

—¿Qué demonios está sucediendo? —preguntó el ministro.

—Todavía no están seguros, por favor siéntense y no salgan de este compartimento —les pidió Alfonso que llevaba todavía el arma en la mano.

Corrieron hacia el primer vagón y la sala de máquinas. Cuando llegaron hasta el final del primer vagón vieron a tres hombres que estaban preparándose para saltar. Raymond abatió a uno, que se desplomó por un terraplén y los otros dos levantaron la mano, pero antes de que se acercaran uno saltó.

Raymond sujetó al otro y lo derrumbó en el suelo.

—¿Quién os ha mandado?

—Me matarán si les cuento algo —dijo el hombre con el rostro desencajado.

—Yo también lo haré si no hablas, pero tu muerte será lenta y dolorosa.

El hombre se giró y miró los raíles justo debajo de su cabeza.

—Soy miembros de las SS, mi cuerpo en colaboración con algunos generales y miembros del partido FEJONS han...

Antes de que pudiera continuar hablando, un oficial le pegó un tiro en la cabeza.

—¿Qué hace? —le preguntó Alfonso quitándole el arma.

—Se les iba a escapar.

El tren continuó su marcha hacia Hendaya mucho más deprisa. La mitad de los vagones habían desaparecido, pero eso no lo sabía el hombre que los esperaba en la estación. Adolf Hitler paseaba inquieto por el andén, mientras miraba inquieto el reloj que llevaba en la muñeca.

Capítulo 38

Estación

Hendaya, 23 de octubre de 1940

Todos los miembros de la comitiva estaban frenéticos, hablaban entre ellos y muchos se mostraban atemorizados. Alfonso y Raymond lograron pasar por el pasillo repleto de gente y entrar en el compartimento en el que estaba Franco. Serrano se secaba el sudor con un pañuelo y el Caudillo sudaba por las sienes, mientras notaba el uniforme pegado al cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Serrano Suñer a los dos hombres.

—Eran cuatro terroristas alemanes —contestó Alfonso.

—¿Están seguros? —preguntó incrédulo el ministro.

—Sí, señor. Mi compañero estaba intentando sacar información a uno de ellos, pero un oficial de alta graduación le pegó un tiro en la cabeza.

—Tal vez sea mejor que regresemos —comentó Serrano.

—¡Ni hablar! —dijo Franco tajantemente.

—Pero...

—No nos harán nada en público. Una cosa es simular un accidente y otra iniciar un incidente diplomático a gran escala. Veremos a ese cabo mequetrefe.

Alfonso y su amigo se mantuvieron callados hasta que Serrano comenzó a interrogarles de nuevo.

—¿Qué dijo el terrorista? ¿Eran comunistas, anarquistas?

—No, señor ministro, eran miembros adiestrados de las SS y creemos que con ayuda de militares españoles. Nuestro ejército puede estar implicado —contestó Alfonso.

Los dos hombres se miraron. El complot parecía mucho más peligroso de lo que pensaban. Los probritánicos querían echarle del poder y colocar en su lugar a un general más afín a los borbones y los pronazis buscaban matarle para sustituirle por un militar cercano a sus ideas y más dócil.

—Creo que han descubierto nuestro doble juego, Ramón —dijo Franco sin importarle que hubiera allí dos agentes.

—Por favor, salgan —dijo Serrano.

Mientras dejaban el compartimento Franco comentó en voz baja.

—Mi hermano Nicolás me confirmó que los británicos han cumplido su palabra y han comenzado a enviar el dinero, más de 20 millones de dólares. Ese dinero le vendrá muy bien a España —dijo cínicamente, aunque sabía que todo se repartiría entre los generales, su hermano Nicolás y él.

—¿Has aceptado el dinero? —preguntó Serrano furioso. Mientras él intentaba salvar la negociación, su cuñado se convertía en uno de los hombres más ricos de España.

—Sí, pero no te preocupes, con los negocios que vamos a firmar con Alemania, todos no haremos muy ricos. Hemos creado una empresa fantasma para gestionar el negocio de la venta de wolframio y de petróleo que desviamos hacia Alemania y que los norteamericanos nos dejan a tan buen precio.

—Entonces, ¿para qué vamos a Hendaya?

—Querido cuñado, creo que no has aprendido nada. Vamos a hacer negocios —dijo mientras el tren comenzaba a detenerse en la estación.

Alfonso miró a su amigo, ambos habían escuchado toda la conversación. Por un momento deseó que todo hubiera saltado por los aires. El mundo siempre había estado gobernado por gente de la peor calaña, pero los dos líderes que estaban a punto de verse por primera vez eran de la peor especie.

Capítulo 39

El encuentro

Hendaya, 23 de octubre de 1940.

El tren se detuvo por completo y Franco fue el primero en bajar con una amplia sonrisa. En el andén le esperaban Adolf Hitler, que intentó disimular su mal humor, Ribbentrop y Keitel, el jefe de seguridad.

—Mira qué andrajosos —dijo Keitel al oído del ministro alemán al contemplar en el otro lado del andén a las tropas españolas formadas para revista. Sus armas eran anticuadas y sus uniformes estaban gastados.

—Mi Führer —dijo Franco a Hitler, tomando su mano entre las suyas.

—Encantado de conocerle en persona, Caudillo.

Franco parecía algo nervioso, pero lo disimuló con una sonrisa y ambos dignatarios entraron en el *Erika*, el vagón de Hitler.

Al Caudillo le siguió Serrano Suñer y el intérprete que habían cambiado a última hora, pasando del sugerido por el ministro de Asuntos Exteriores, el señor don Antonio Tovar, por el barón de las Torres.

Los dos líderes se sentaron frente a frente, al lado los traductores y un poco más atrás sus respectivos ministros.

—¿Qué tal su viaje? Espero que no muy cansado —dijo Franco, intentando ser cortés.

—Me gustan los trenes, más que los aviones. Durante muchos años tuve que utilizarlos en demasía, pero ahora el tren es para mí el mejor medio de transporte.

—Totalmente de acuerdo.

—España es una gran aliada, tiene la misma visión del mundo que tenemos nosotros —dijo Hitler.

—Estamos de acuerdo con la necesidad de un nuevo orden mundial, si no lo hacemos, el comunismo terminará por devorarlo todo.

—Naturalmente España tendrá un papel destacado. Queremos ayudarlos a recuperar la soberanía de Gibraltar, además de que extiendan su influencia por el norte de África. España, Francia y Alemania tienen que estar unidas en estos momentos históricos. Las Islas Canarias se encuentran en peligro, no

sabemos cuál puede ser la reacción de los británicos ante un ataque a Gibraltar.

—Le entiendo, pero los canarios y nuestra flota son suficientes para defender las islas. He pasado un tiempo allí y conozco lo difícil que sería dominar ninguna de ellas —contestó Franco, que no deseaba incluir a las islas en la negociación.

—Lo entiendo, pero el resto de los territorios...

—Bueno el Eje todavía no tiene muchos de los territorios que nos promete, no se puede dar lo que no se posee —dijo Franco con una sonrisa.

Serrano Suñer miró con preocupación a Hitler, temía una reacción airada.

—Pero...

—Mi Führer, para proteger Canarias lo único que necesitamos es que nos den la ayuda militar que le hemos solicitado. Con respecto al dominio del Mediterráneo, creo que su Estado Mayor está equivocado, Suez es la puerta del Mediterráneo, no Gibraltar.

Hitler se puso en pie y comenzó a caminar nervioso por la sala.

—Necesitamos una respuesta concreta de España, en unos días me veré con el mariscal Petain y quiero saber si puedo contar con su país o no puedo —dijo tajante Hitler.

Franco puso cara de circunstancia, pero al final le contestó sin rodeos.

—España está agotada, terminamos de salir de una guerra sangrienta y el país se encuentra en la bancarrota. Además no termino de ver en qué nos favorecería entrar en la guerra de Europa.

Hitler abrió muchos los ojos, estaba a punto de estallar, pero de alguna manera logró contenerse.

—Bueno, será mejor que lo piensen. Los ministros tienen los informes y el borrador del acuerdo. Esta noche cenaremos y continuaremos esta conversación —dijo Hitler antes de abandonar la sala.

Franco y el resto de los españoles abandonaron el vagón y se dirigieron a su tren. Alfonso y Raymond los seguían, pero antes de llegar, el español vio un leve destello en una ventana de un edificio cercano, seguramente la casa del jefe de estación.

Dejaron discretamente la comitiva y dando un rodeo se dirigieron a la casa. La puerta estaba abierta y vieron en el salón los cuerpos sin vida del jefe de estación y toda su familia. Sacaron sus armas y subieron lo más sigilosamente que pudieron por la escalera.

Al llegar al primer piso, vieron a un hombre que apuntaba con un fusil de precisión hacia el tren español.

Capítulo 40

La oportunidad

Hendaya, 23 de octubre de 1940.

El francotirador estaba tan concentrado que no los escuchó entrar. Alfonso se lanzó sobre él y Raymond le arrebató el arma. Le redujeron enseguida y el alemán le rebanó el pescuezo. Alfonso tomó el rifle y puso su ojo en la mirilla. El interior del vagón español se veía a la perfección. Franco discutía acaloradamente con Serrano y al lado había varios militares y otros miembros de la comitiva rodeándolos.

Alfonso acarició el gatillo del rifle, con un pequeño movimiento podría eliminar a los dos hombres en unos segundos.

—¿Qué haces? —preguntó Raymond, que parecía intuir las ideas de su amigo.

—No merecen vivir. Millones han sufrido por su culpa y lo único que quieren es enriquecerse, mientras el pueblo pasa hambre.

—Desde cuándo te has convertido en un altruista. Si los matas mis camaradas del partido nazi pondrán a otros y el gesto no habrá servido de nada. A los dos nos fusilarán y ellos quedarán como verdaderos patriotas.

Sabía que su amigo tenía razón, pero a veces un pequeño acto de justicia vale más que la propia supervivencia. Su familia, sus amigos, todas sus vidas habían quedado desechas por la guerra y la deshonra.

Miró de nuevo por la mira telescópica. Cerró los ojos e imaginó un mundo diferente, en el que los criminales pagaran por sus culpas y los inocentes recibieran justicia. Al final dejó el fusil a un lado. No era un maldito héroe, para serlo debía al menos creer en algo. Únicamente tenía una vida y no podía tirarla a la basura. Su amigo tenía razón, Hitler pondría a otro títere en su lugar. Salieron de la casa y caminaron de nuevo hacia el andén. Subieron al vagón y se sentaron en la parte trasera del compartimento. Mientras los políticos discutían el futuro de Europa, sin importarle lo que pudiera suceder a millones de personas, ellos intentaron pensar en otra cosa. Imaginarse el tiempo de descanso que les habían prometido y cómo sería el mundo cuando acabase aquella maldita guerra.

Epílogo

Suwalki (Polonia), el 28 de agosto de 1941.

Hacía calor, mucho calor. Algo que al parecer no se les había ocurrido a los que habían preparado los uniformes y el equipo de la División. Alfonso se remangó la guerrera y desabotonó el cuello. Vestía el mismo uniforme que el resto de sus compañeros, pero él no estaba allí para luchar contra los bolcheviques, su misión era mucho más importante.

Salió del tren y caminó despreocupado hasta lo que parecía una cantina. Tomó varios vodkas y cuando notó que su cabeza comenzaba a dar vueltas, se sentó en una de las mesas a esperar a su enlace. Después de casi media hora, un hombre delgado se aproximó a su mesa, le saludó con un gesto vago y pidió a la camarera más bebida.

—Creo que llega un poco tarde —se quejó el español.

—Ustedes son los que llegan muy tarde. Llevo casi una semana a la espera.

—No es fácil mover a toda una división —dijo Alfonso.

—Sobre todo si está compuesta por antiguos presidiarios, gilipollas y rojos que quieren lavar su reputación o escapar de algún fusilamiento.

—¿Quién le ha contado eso?

—No hace falta que nadie me lo cuente. Tengo ojos en la cara.

Alfonso sonrió y tomó otro trago, después colocó el vaso bocabajo, intentando convencerse de que era el último del día. Desde su misión en Hendaya bebía demasiado.

El hombre le entregó unos papeles.

—¿Son de fiar?

—Amigo, esto es el Este, nada es de fiar. Lo único que le aseguro es que la mayoría de esos borrachos no volverá con vida a España.

—Eso ya lo sé, pero yo sí volveré —dijo mientras se ponía en pie y se alejaba de la mesa.

Salió de nuevo a la calle y observó a la División Azul. Encendió un cigarrillo e intentó entender por qué la gente se dejaba matar por tan poco. Después caminó por la calle abarrotada de españoles que cantaban alegres, algunos con muchas copas encima, mientras el invierno del mundo parecía cernirse sobre todos ellos. Respiró hondo y comenzó a tararear una canción.

Algunas aclaraciones históricas

La historia del asesinato del diplomático alemán asesinado en Tánger es ficticia, pero no la situación de la ciudad en ese momento, los lugares reflejados y el ambiente político en 1940. La situación del sultán de Marruecos y su política hacia España y Francia son reales.

Los planes de Franco para conquistar Gibraltar, el Marruecos francés, el sur de Francia y Portugal son ciertos. El Alto Mando diseñó estos planes, pero la situación económica y la reticencia de Adolf Hitler a dar más recursos a España los hicieron inviables.

La compra de generales españoles por parte del gobierno británico es cierta. Los británicos pagaron casi 20 millones de dólares a generales españoles y se cree que el propio Franco también recibió dinero por mediación de su hermano Nicolás.

La descripción del viaje de Serrano Suñer a Alemania es veraz, aunque parte de las conversaciones que allí tuvieron lugar han sido reconstruidas.

El encuentro de Franco y Hitler es real, también las conversaciones entre los dos dictadores. Lo único añadido es el intento de atentado en el tren y más tarde en la estación.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.